



FERNANDO
E ISABEL



SUCESOS DE
NUEVA ESPAÑA

V. 1745

F1231

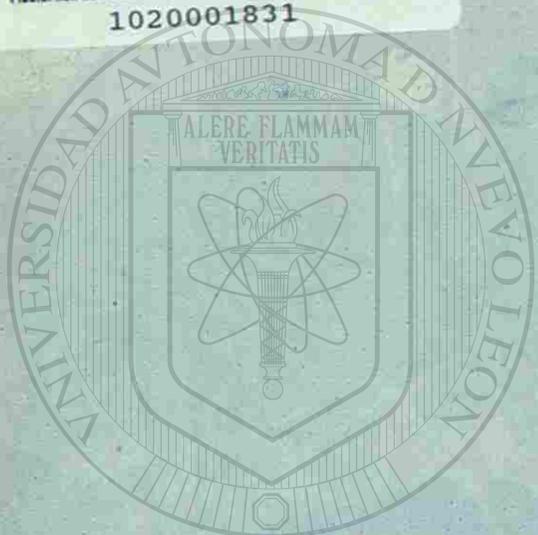
I93

ERAL DE

107147



1020001831

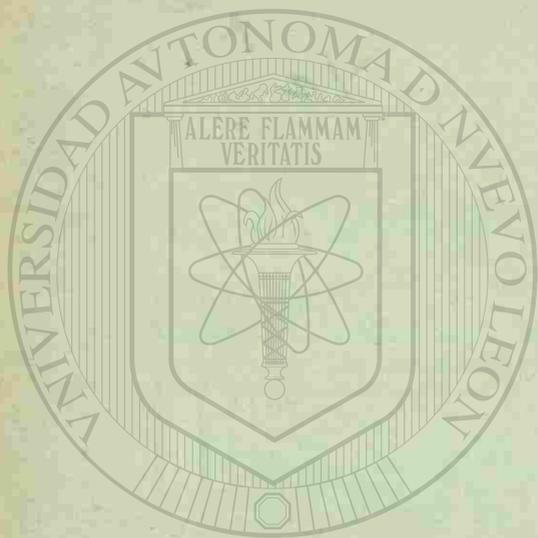


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





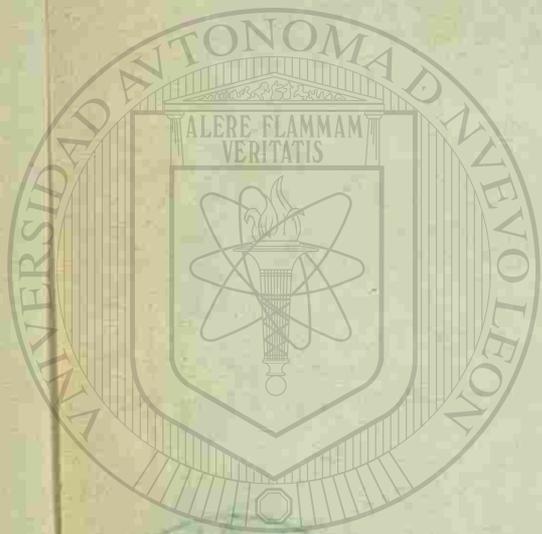
UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



107147

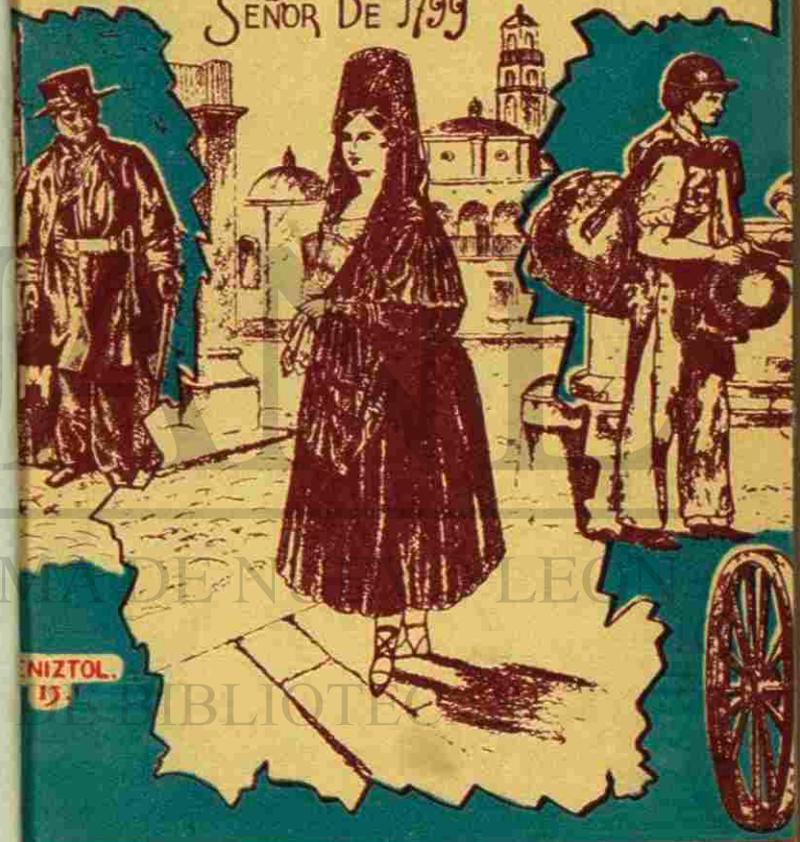


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

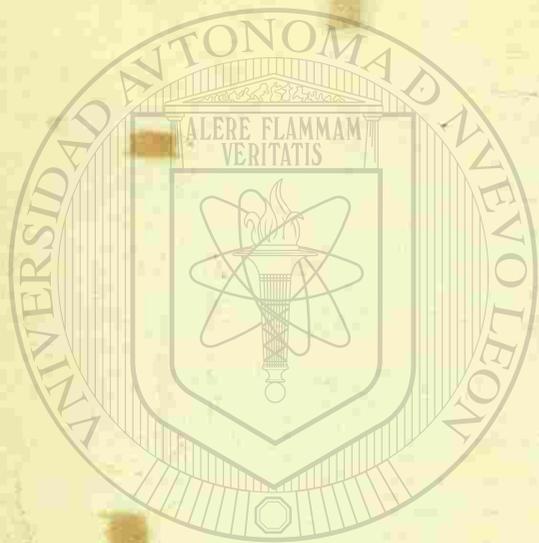
FERNANDO E ISABEL

NARRACIONES HISTORICAS DE SUCEOS OCURRIDOS EN LA CAPITAL DE LA NUEVA ESPAÑA DESDE EL AÑO DEL SEÑOR DE 1799



ENIZTOL. 19.

POR ENRIQUE IZAGVIRRE TOLSA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Fernando e Isabel

Narraciones Históricas de Sucesos
Ocurridos en la Capital de la
Nueva España desde el Año
del Señor de 1799

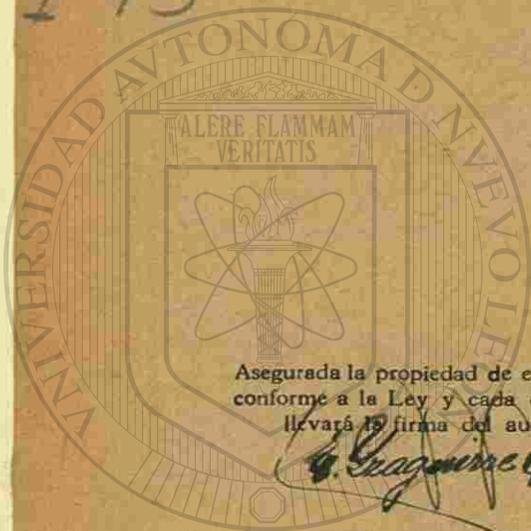
Costumbrista. El Claverín tocado a cuatro manos en el entresuelo de la casa de Asabritta; Tipos de la época, el Obal, Santa Ana y su ahijado Pato, Agostas, Verdugas, Batalla en la Villa del Carbón, el "Coronel" Bastré y su Casa de Fuego en San Ángel y otras cosas ocurridas e interesantes del México Viejo.

3a. Edición corregida y aumentada.

Escritas por el Arquitecto
ENRIQUE IZAGUIRRE TOLSA

Miembro activo de las Sociedades: Mexicana de Geografía y Estadística, Asociación del Colegio Militar y otras; Profesor de Dibujo y Ex-Catedrático de la misma asignatura en la Escuela Normal para Maestros de México.

F1231
I 93



Asegurada la propiedad de esta obra
conforme a la Ley y cada ejemplar
llevará la firma del autor.

Fernando Díaz Ramírez



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

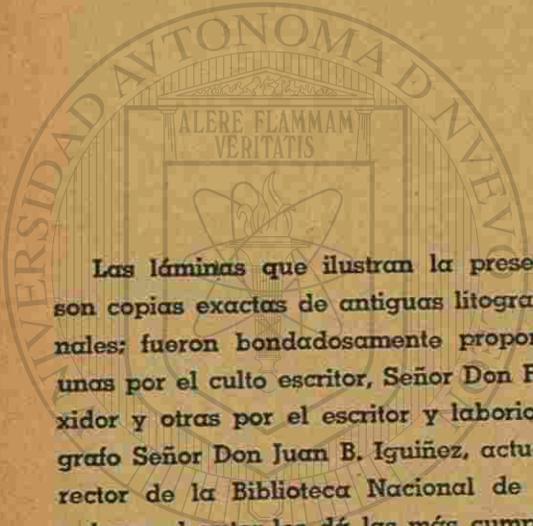
I

LA presente novela histórica de Costumbres del México Viejo, fué dedicada en vida, al distinguido y sapientísimo Historiador, Señor Don LUIS GONZALEZ OBREGON en su primera y segunda ediciones, así como ahora en la tercera a su memoria y como una prueba de sincero agradecimiento a la buena acogida dada al autor de este ensayo romancesco y, a la benevolencia de los numerosos lectores a quienes manifiesta su gratitud por el interés que han demostrado al aceptar las anteriores ediciones, esperando que la actual, corregida y aumentada que acaba de salir de la imprenta, sea también del agrado de mis amables lectores.



®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Las láminas que ilustran la presente obra, son copias exactas de antiguas litografías originales; fueron bondadosamente proporcionadas, unas por el culto escritor, Señor Don Felipe Teixidor y otras por el escritor y laborioso Bibliógrafo Señor Don Juan B. Iguíñez, actual Sub-Director de la Biblioteca Nacional de México a quienes el autor les dá las más cumplidas gracias.

INTRODUCCION

En estas narraciones históricas, no obstante que sus principales protagonistas fueron personas que existieron y bien conocidas por sus nombres y apellidos, anotadas en viejos y amarillentos papeles, se ha estimado conveniente usar de nombres supuestos, no así para aquellos personajes que, por sus actividades y méritos, ligados con la historia, aparecen en documentos y otros libros que ocupan varias páginas en las obras escritas y editadas por diferentes autores de renombre.

En el curso del presente libro se ha procurado como punto principal y relacionado con los protagonistas, el exhibir en detalle y hacer recordación de los nombres antiguos de diversas calles, poblados, ubicación de algunos templos y edificios, unos ya desaparecidos por la piqueta demoledora y otros que, afortunadamente, aún se conservan como tradición del pasado, reliquias de orgullo por el arte que encierran y que están enlazadas con la historia; paseos, sistema de alumbrado tan rudimentario de aquel entonces, costumbres y modo de vivir, relativamente feliz, de aquellas gentes pacíficas,

IV

ingénuas y escasas de malicia que, en su mayoría, impegaban en otros tiempos del México Viejo, tanto en las postrimerías de la época Virreinal de la Colonia como en las primeras décadas del Gobierno Independiente el que empezaba a despertar de su letargo con manifiestas ambiciones de partidos, dividiendo a la familia mexicana con la española que procedía de la Madre Patria la que, a la postre, resultaba una misma desde la Conquista ligada a un sinnúmero de circunstancias, tanto por la sangre de ambas como por la lengua de Cervantes.

Período que abarca la presente narración histórica que sale a luz en su tercera edición. Comparecen también por su conducta, gentes de no recomendado vivir e interesantes en la misma obra y que forman su complemento.

Cuando hayan conocido los amables lectores a todos y cada uno de los actores que representan el papel correspondiente en sus capítulos respectivos de la presente obra, podrán hacer los comentarios que estimen prudentes, los cuales, por la ecuanimidad que les asiste, serán justicieros.

Por tan encomiable atención, muchas gracias.

El Autor.

FERNANDO E ISABEL

EL UNIVERSAL del 3 de junio, dice en su artículo de Jacobo Dalevuelta, lo siguiente:

"La importancia de este volumen, escrito al estilo de los libros de González Obregón, quien marcó el camino a Don Artemio, mi distinguido amigo, no está —a mi juicio— en lo medular de un relato romántico que con más o menos variantes, es igual a todas las historias de amores mexicanos. El libro vale por el interés, cada vez mayor, de sus bellas y emocionantes descripciones. Hace tiempo que no se publicaba un libro de amenidades retrospectivas como éste que nos ofrece ahora el arquitecto Izaguirre Tolsa. Formará en la colección de los narradores, como el propio maestro González Obregón, Don Artemio de Valle Arizpe, García Cubas, Guillermo Prieto, Marroquí, etc., etc. Exento de rebuscamientos literarios modernistas, nos lleva de la mano por sus escenarios, con tanta precisión de detalles, que hay momentos en

que se tiene que pedir al autor un momento para descansar en esas correrías por el México que va desapareciendo y sustituyéndose por las casas "cajones con agujeros", que tanto protege la Administración Municipal. Bello libro, tipo de dulces romanticismos de la época transicional entre la Colonia y el primer ciclo de la vida independiente".

EXCELSIOR del 10 de junio dice, en su artículo de Pedro Gringoire, lo siguiente:

"Refiriendo la historia de una castiza familia mexicana, desde el año de 1799 hasta el primer tercio del siglo pasado, el arquitecto Izaguirre Tolsa hace una admirable y pintoresca evocación del México Viejo, con sus costumbres ya en gran parte en desuso y sus sitios clásicos, ya en mucho desaparecidos. Con gallardo éxito, el autor sigue las pisadas del benemérito don Luis González Obregón, creador del género, a quien está dedicada la obra. Sus páginas revelan un conocimiento minucioso de nuestras cosas viejas y un gran cariño por el México antiguo. Contiene 32 ilustraciones que son, por sí solas, un álbum de interesantes reminiscencias".

EL UNIVERSAL GRAFICO del 12 de junio, dice en su artículo lo siguiente:

"El nombre completo del libro del arquitecto Izaguirre Tolsa es: "Fernando e Isabel". El subtítulo dice: "Narraciones Históricas de sucesos ocurridos en la capital de la Nueva España desde el año del Señor de 1799".

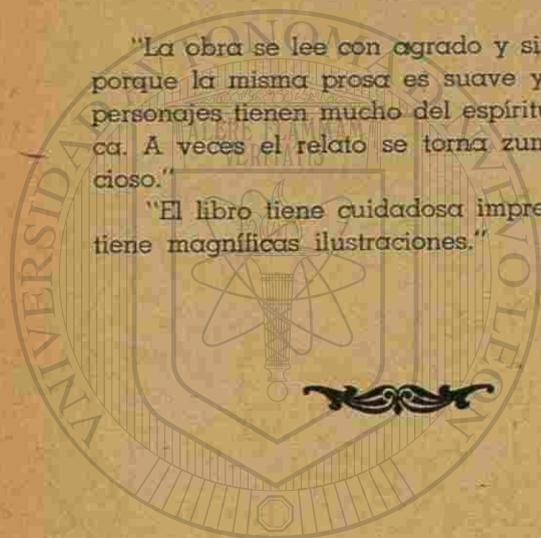
"Se trata de una obra costumbrista, del tipo de las de Don Luis González Obregón, a quien está dedicada."

"Las narraciones comienzan en los últimos años del siglo XVIII, y terminan en los tiempos inmediatos a la caída de Santa Anna. Pero no es un personaje sólo el héroe de la obra, sino varias generaciones y sujetos de las mismas, ligadas por la trama."

"Los actos de los personajes son interesantes, y éstos mismos merecen especial atención pues destilan militares, sacerdotes, médicos, boticarios, tahures, etc. Sin embargo lo esencial de la obra es el ambiente, las costumbres, la época. A todas luces el autor es persona perita en historia de México, pues a cada momento nos introduce en intimidades históricas, explicándonos lo cierto y lo falso de los recuerdos de aquellos tiempos."

"La obra se lee con agrado y sin cansancio, porque la misma prosa es suave y fácil, y los personajes tienen mucho del espíritu de la época. A veces el relato se torna zumbón y gracioso."

"El libro tiene cuidadosa impresión, y contiene magníficas ilustraciones."



FERNANDO E ISABEL

Narraciones Históricas de Sucesos Ocurridos en
la Capital de la Nueva España Desde el Año
del Señor de 1799.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

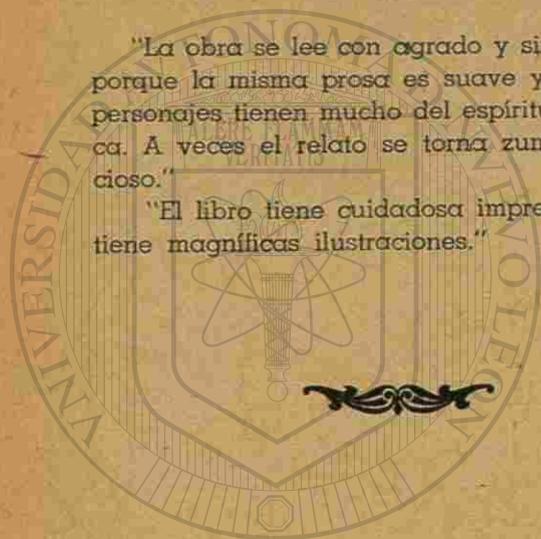
VIAJE Y LLEGADA DE FERNANDO A
MEXICO



mediados del mes de septiembre del año de gracia de 17... , arribó a la Capital, después de haber efectuado el viaje en el Coche de Camino "Bombés" de la Ruta ordinaria y procedente de una de las Intendencias del interior, (parece que Guanajuato) un joven apuesto que apenas le sombreaba el bozo de sus nacientes bigotuelos, hijo de una honorable

"La obra se lee con agrado y sin cansancio, porque la misma prosa es suave y fácil, y los personajes tienen mucho del espíritu de la época. A veces el relato se torna zumbón y gracioso."

"El libro tiene cuidadosa impresión, y contiene magníficas ilustraciones."



FERNANDO E ISABEL

Narraciones Históricas de Sucesos Ocurridos en
la Capital de la Nueva España Desde el Año
del Señor de 1799.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

VIAJE Y LLEGADA DE FERNANDO A
MEXICO



mediados del mes de septiembre del año de gracia de 17... , arribó a la Capital, después de haber efectuado el viaje en el Coche de Camino "Bombés" de la Ruta ordinaria y procedente de una de las Intendencias del interior, (parece que Guanajuato) un joven apuesto que apenas le sombreaba el bozo de sus nacientes bigotuelos, hijo de una honorable

familia y nieto por línea paterna de los Condes de Vergara, Hurtado de Espinosa y Pimentel; familiares de abolengo que sin excepción habían respetado el apellido ya que se manejaron con la nobleza de sentimientos y de buen corazón, virtudes y cualidades que los caracterizaban. Otros nobles, por sus rancios y viejos títulos que ostentan, se han corrompido algunos de sus miembros, arraigándose en los vicios y por tal motivo, manchan así a sus antecesores; por eso se dice y con fundamental razón, que son nobles aquellas personas que aún cuando de humilde cuna se han elevado a la categoría de verdaderos Caballeros, (1) por su recta conducta sin tacha, sobresalientes en el valor, altruismo, caridad para sus semejantes y, en resumen, adunan en sentimientos leales y justos, no importa el origen que pende de sus abuelos o padres de alta o baja condición económica en general.

Este joven, de nombre Fernando, al venir a la Capital realizó sus vehementes propósitos para continuar sus empezados estudios y encauzar la profesión de la medicina, poco extendida en aquella época y sí, predominando por tener

(1) Caballero: Educado, noble, generoso, delicado y de finas maneras; categoría superior a la de hidalgo. Tiene otros significados y aplicaciones.

Lámina I.—IGLESIA Y CONVENTO DE STO. DOMINGO, LA INQUISICIÓN, LA ADVANA Y LA FUENTE DEL AGUILITA.

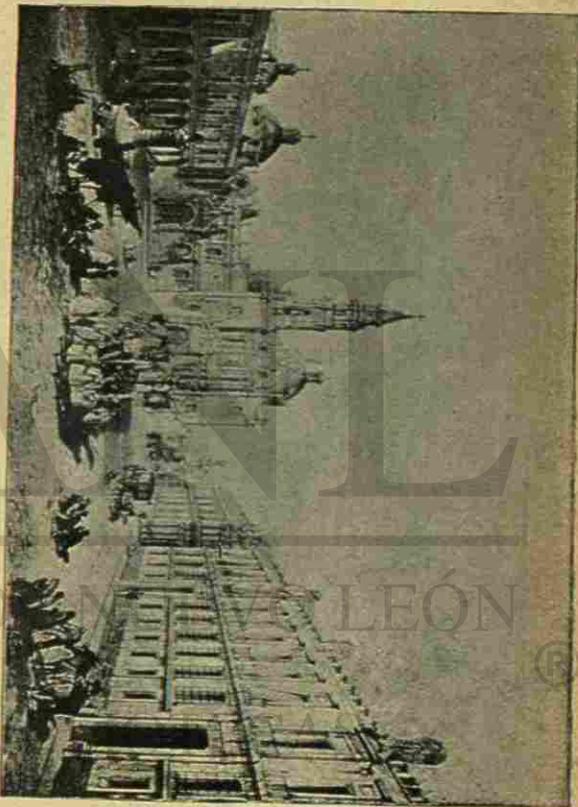




Lámina II.—EL SERENO O GUARDA-FAROLAS.

muchos adeptos, las del Sacerdocio y la de la Milicia. Después de vivir una corta temporada por el rumbo sur de la Virreinal Ciudad, cerca del Convento de Religiosas de Regina, (1) optó nuestro joven, por cambiarse a una casa marcada con el número nueve de las calles que van en su carrera del Convento de Concepcionistas (2) hacia el de Religiosos Dominicos, (éste último) calle de por medio a la "Casa Chata", asiento de la Santa Inquisición o Tribunal de la Fé y de las Tenebrosas Cárcelas Secretas; como repito, se cambió para estar más inmediato al Templo de Minerva.

Era Fernando de estatura regular, cara medianamente afilada, ojos cafés, tez opionada más bien blanca, nariz convexa, frente despejada, cejas algo pobladas, pelo castaño oscuro, de andar arrogante con pecho saliente, atractivo en su conversación al tratarlo, aún cuando escaso y de pocas palabras, pero sugestionadoras y amenas; de temperamento juicioso, reposado y de reflexión tardía; metódico en sus cos-

- (1) La Iglesia de Regina se estrenó el 13 de Septiembre de 1731 y el Convento data de 1570.
 (2) Iglesia y Convento de la Concepción, edificado en 1585 que estuvo al servicio durante 103 años y por haberse derrumbado, se construyó uno nuevo, desde sus cimientos.—A la fecha únicamente existe la Iglesia.

tumbres de buen vivir por ser de posibles ya que disfrutaba de una halagadora renta; vestía a la moda que imperaba pero sin ostentación, ajeno a trasnochar en tertulias, fandangos con los amigos que contados eran; se recogía a temprana hora; estudioso; de un carácter poco comunicativo y reservado, así pasaba su vida tranquila, a su manera, en los tres primeros años más o menos de permanencia que habían transcurrido. Pero es el caso, que contrario a las costumbres apuntadas y por primera vez de su juventud, Fernando faltó a su casa por la noche, (tenía libertad de hacerlo dándose así mismo cuenta de sus actos, ya que sus familiares radicaban en el interior.)

Voy a referir a mis amables lectores, con sus puntos y sus comas, la aventura del recatado estudiante:

Los acontecimientos, como es de suponer, se desarrollaban en la Muy Noble y Leal Ciudad de México, precisamente al filo de las ocho cuando las campanas tañían lastimosamente el toque de "la plegaria de Animas", seña veneranda desde principios del Siglo XVII; hacía una noche apacible y serena disfrutándose del ce-
leje de un cielo límpido cuya bóveda cubierta estaba de relucientes estrellas fulgurantes y, era

por decirlo así un nocturno ideal; la fecha: los primeros días del mes de marzo de 18...

Se pasaba por el tosco y pésimo empedrado con caño central descubierto de aguas sucias en la céntrica Calle del Reloj, con rumbo al norte, a la siguiente de la del Seminario, calles poco iluminadas por la escasa luz que proyectaba el farol suspendido de una cuerda y al cruce de las cuatro esquinas, (1) siendo éste de armazón de hojalata con vidrios y su mechero; las lámparas con cristales prismáticos colocadas en el interior y en lugares convenientes de la pared o de los techos de las tiendas establecidas en ambas aceras; la luz que proporcionaban las farolas exteriores sujetas de unas ménsulas de fierro empotradas a la pared llamadas de "pié de gallo", del suntuoso y señorial edificio construido por el genial Tolsa, levantado con sillería de piedra gris, propiedad de los Marqueses del Apartado, (2) situado en la primera de las calles mencionadas, esquina con la de los Cordobanes, también en forma raquíti-

(1) El primer alumbrado público de México empezó en 1792 por unos faroles de aceite que debían de ponerse en los balcones y que tenían que durar hasta las once de la noche.

(2) Hoy propiedad del Gobierno Federal y ocupado por las Oficinas de Economía.

ca y miserable aumentaba accidentalmente este alumbrado, el farolillo del Sereno (3) tipo especial de la época, encasquetado con sombrero de fieltro de ala ancha, copa muy baja y preservándolo en la temporada de lluvias con un forro negro de tela ahulada de un olor penetrante, de viejo y remendado capote de paño azul oscuro, cinturón de cuero y sujeto a este, su acerado sable de hoja corriente y cubierto en su vaina de metal medianamente bruñida, su bastón de encino, de calzoneras, botas de campana algo destruidas o zapatos de gamuza, su pito de cuerno o en sustitución de éste por otro de barro y pendiente al cuello por un delgado cordón o cinta; le hacía compañía al Sereno su inseparable perro fiel y que, con su escalera de tijera al hombro pasada en esos momentos; allá la Lamparita de aceite de intermitente luz dedicada a la Virgen del Retablo callejero, adosado a la vetusta y pesada pared; al unir todos estos factores, no era intenso el

(3) Los primeros "policías" que hubo en México empezaron a funcionar el año de 1790, en tiempo de Revillagigedo.—Se les llamaba entonces "guardias de pito" o "padres del agua fría", luego "serenos" "diurnos", "genzaros", "cuicos", "aguilitas", "tecolotes", "gendarmes" y finalmente "técnicos"; "Noticias de México" por Don F. Sedano.

alumbrado artificial de aquellos tiempos pero, sin embargo, no dejaba de distinguirse la escena en la calle que nos ocupa.

Discurrían a tropel los coches dotados de faroles alimentados con aceite, sopandas de resaca de cuero curtido y los de punto, llamados de "Providencia", conducidos los primeros por cocheros de flamante librea que la lucían con gallardía y los segundos con la indumentaria acostumbrada: sombrero de panza de burro, su ancho cuero sujeto abajo de la rodilla derecha y suelto sobre el pie, chaqueta de lienzo blanco, la camisa sin corbata, ceñidor de estambre de colores que sujetaba al pantalón (algunos comprados en el baratillo) de paño de Querétaro, confeccionadas esas prendas en los obrajes de San Angel, (antes San Jacinto Tenanilla), población distante aproximadamente dos leguas y media de la Capital donde se hacían trabajos de esta clase inclusive el vestuario del ejército; estos cocheros desde entonces mal intencionados e insolentes en su mayoría, que viene a colación aquello de... [Vocabulario de Coche-rol]; fustigaban a intervalos con sus largos chicotes a los troncos de caballos o de las aparejadas mulas, produciendo unos y otras, un ruido infernal con el chocar de las ruedas zincha-

das de los carruajes y de los cascos herrados de los cuadrúpedos sobre las piedras del arroyo. ¿Qué dirían ahora si vivieran nuestros antepasados con tanto ruido callejero producido, principalmente por los claxon de los automóviles?

A pesar de la escasa luz, se distinguían transitar por las banquetas mal enlosadas, ya al Alabardero del Virrey con sus arreos y tizona al canto, al vendedor de periódicos que pregonaba "La Gaceta de México" u otro de la época, al viejo hijodalgo respetable, de barba blanca, aliñado a pesar de sus entrados años y cubierto, con su capa española de fina tela con vueltas de terciopelo gualda y su chambergo bien puesto; a la vieja beata de negro vestir, encubierta con su manto y que regresaba a su casa después del rezo en la próxima iglesia; a un grupo de estudiantes bulliciosos llevando sus libros bajo el brazo; al fraile humilde y virtuoso, carbizbajo, de pantalón negro, zapatos descuidados, con sotana roída por los años de uso y de un color oscuro indefinido, tal vez... y es de suponer, regresaba de una confesión recibida con dificultad de un agonizante y se dirigía en derechura a la iglesia del Convento de Santa

Catalina de Sena (1) a orar por los difuntos de ese día; sólo él lo sabía.

En la Catedral, (2) próxima a concluirse sus obras de construcción, emprendidas antes de dos centurias, las que hicieron de ella fuese la primera Iglesia del Continente Americano así como la suntuosidad en las de su género, se oía de sus torres gemelas el eco producido por sus sonoros broncees afinados marcando las ocho, toque de reglamento que repetían a compás las campanas de los otros Templos.

Frente al edificio mencionado en el párrafo anterior, se paró el estudiante Fernando a contemplar la estatua de Carlos IV, colocada sobre un pedestal de piedra labrada, con enrejado bien acabado, luciendo cuatro puertas de hierro con escudos artísticamente hechos de fundición en bronce, cincelados y dorados a fuego.

- (1) El edificio fué costado en 1619 por Don Juan Márquez de Orozco y se inauguró el 7 de marzo de 1623.
- (2) El Ilustrísimo Arzobispo, Dr. Don Ildelfonso de Nuñez de Haro y Peralta, Virrey y Capitán Gral. de la Nueva España, Caballero Gran Cruz de Carlos III, nació en el Valle de Domingo García de Cuenca (España), el 30 de octubre de 1729 y después de haber durado 29 años consecutivos en su ministerio, murió el lunes 26 de mayo de 1800, a las ocho de la mañana y sus restos mortales fueron depositados en la Catedral Metropolitana.

Este monumento estaba circundado por un espacioso zócalo de forma semicircular, balaustradas y pasamanos de piedra de cantería, también con sus cuatro escalinatas que servían de entradas al referido zócalo.

La Estatua Ecuestre en bronce fué fundida en una sola operación, personalmente, por Don Manuel Tolsa, e igualmente, hizo el lance de los hornos para el escurrimiento del metal; y, a consecuencia del intenso calor como de los fuertes gases que recibió, perdió la dentadura.

Fuó inaugurada y descubierta la estatua, el día nueve de diciembre de mil ochocientos tres, fecha conmemorativa por el natalicio de la Reina Doña María Luisa, esposa del Rey de España e Indias, Don Carlos IV.

La estatua en cuestión es reputada, tanto en su valor artístico como en lo monumental, ya que ocupa el tercer lugar en el mundo y su peso es de veinte mil setecientos kilogramos; mide cuatro metros, ochenta y ocho centímetros de altura, un metro setenta y ocho en su mayor ancho y cinco metros cuatro centímetros de longitud. Esta se encuentra al empezar la Calzada del Emperador (ahora Paseo de la Reforma) y la Avenida Bucsréli, desde el año de 1852, descansa sobre un pedestal de piedra, distinto al

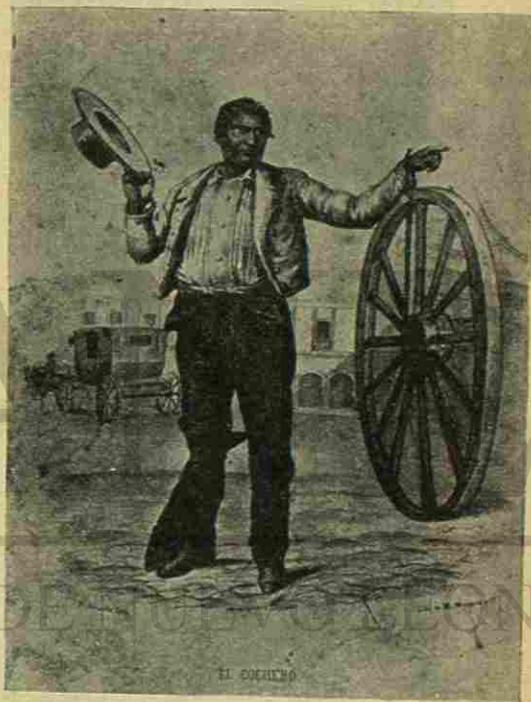


Lámina III.—EL COCHERO DE "PROVIDENCIA"

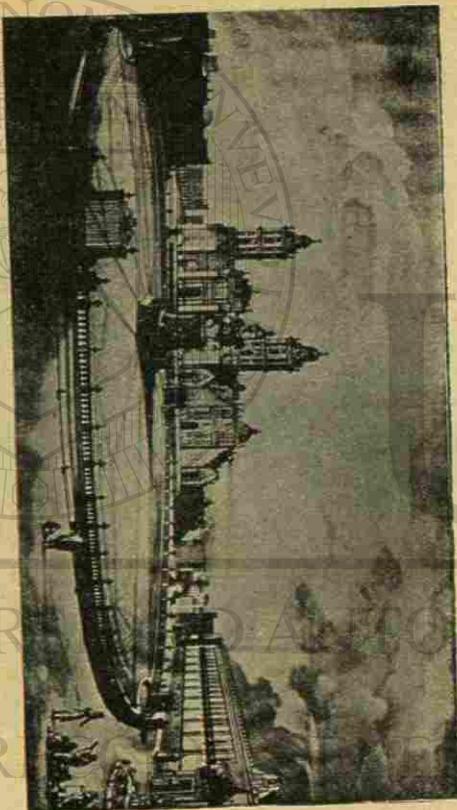
primitivo y se admira como una verdadera obra de arte.

Así pues, Fernando abandonó ese lugar de esparcimiento y prosiguió su camino.

Nuestro estudiante casualmente pasaba por la calle del Reloj, de regreso del "Café de la Lechuza", (años después se abrió al público cerca del lugar, el "Café del Cazador") establecimiento de importancia con dos entradas, una por el Portal y la otra por la calle de los Plateros, (1) en donde se reunían a discutir y comentar sobre tópicos del día, relacionándolos con el Excelentísimo Señor Virrey, el Oidor, el Inquisidor, (sobre este personaje tan terrible, ¡Chitón!) o con las últimas noticias recibidas por el Correo de la Península Ibérica y otras de palpitante interés. Este lugar, como otros de la misma índole ubicadas en el centro de la entonces capital de la Nueva España, eran los escogidos para chimosear y sostener polémicas entre estudiantes, poetas, médicos, clérigos, militares, horteras y otros parroquianos. Dicho Café se encontraba como antes se dijo, situado en la esquina de los Plateros con el Portal de Merca-

(1) Actualmente, en el mismo sitio que ocupó el Café, se levantó un edificio de varios pisos estilo colonial y lo ocupa el Hotel con título yanqui "Magestic".

LAMBA IV.—LA CATEDRAL Y LA ESTATUA DE CARLOS IV A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.

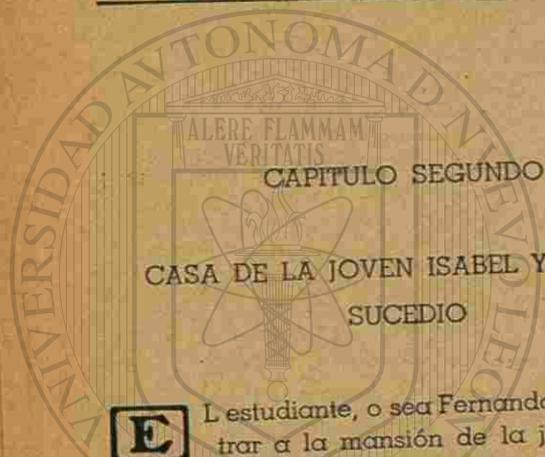


deres, frente a las tiendas de ropa y otros artículos del desaparecido edificio el "Parián"; se servían buenos cafés, chocolates, natillas de exquisita leche, postres, inclusive el de arroz de leche con canela, nieves y dulces; ahí había asistido Fernando, como todos los días a su cotidiana colación y, terminada, tomó la dirección de su casa escogiendo en esa vez, las calles que antes se mencionan principio de la escena de los acontecimientos que en seguida se desarrollan.

Transitaba, pues, con pasos lentos, distraído o haciéndose cálculos para el porvenir, ya a su edad lleno de ilusiones en su emprendida carrera de la medicina y despierto en los primeros años de la pubertad; de pronto, y como si fuera un relámpago, salió de su meditación al ver pasar cerca de él, en unión de su aya, a una joven de modales distinguidos, muy atractiva y de formas seductoras; hubo de parecerle, con seguridad, al estudiante y buen conocedor, una Venus envuelta en el ropaje que por atavío ostentaba esa noche. Entusiasmado por ese hallazgo linajudo, la sigue; y sin más ni menos, le habla en el lenguaje florido y suggestionador que usó Romeo con Julieta. Viendo la dama la finura en sus maneras que adunaban

la educación y arrogancia del bien puesto galán, le corresponde con la misma simpatía nacida, invitándolo a pasar a su casa, situada a la vuelta de la calle siguiente, cerca de la Capillita, muy concurrida y venerada, del Señor del Rebozo e inmediata a la residencia de la joven y marcada con el número 1...., se encuentra el espacioso y gran edificio Colonial (1) construido exprofeso para el Colegio llamado de San Ildefonso (hoy Escuela Preparatoria), que aún existe al mismo objeto.

(1) Edificio fundado por los Jesuitas el 17 de enero de 1618.



CASA DE LA JOVEN ISABEL Y LO QUE
SUCEDIO

El estudiante, o sea Fernando, antes de entrar a la mansión de la joven, procuró darse cuenta, aunque fuera ligeramente, del lugar y características de la finca, pero por la obscuridad de la noche y debido a que en aquel entonces aún carecía de alumbrado esa calle, no pudo conseguir su objeto, sino medianamente. (La ilustración ostenta una ménsula o pié de gallo con un farol, pero su instalación fué ejecutada algún tiempo después de la fecha de los acontecimientos.)

Pasados algunos días y al amparo de la luz solar, Fernando realiza sus propósitos tal y como lo deseaba su espíritu observador:

Comprobó, de acuerdo con sus ya avanzados conocimientos, que la fachada de la mansión

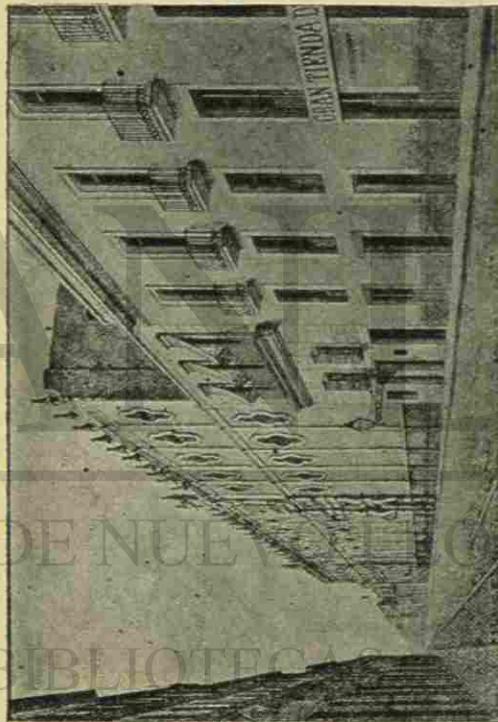


Lámina V.—COLEGIO DE SAN ILDEFONSO FUNDADO POR LOS JESUITAS
EL 17 DE ENERO DE 1618 Y CERCA, LA CASA DONDE
VIVIO ISABELITA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.

referida no era de un estilo determinado, pero sí muy sencilla; las mochetas, repisiones y corniza, de pobres molduras de piedra lisa labrada; los balcones del entresuelo, un poco bajos y de regulares proporciones en el piso principal; los entrepaños, chapeados con tezontle rojo oscuro; se distinguían dos canales sobresalientes del pretil de idéntico material y el resto de ellas con tubos de hojalata algo oxidados por la inclemencia del tiempo e inclinados para su fácil escurrimiento de las aguas pluviales recogidas durante la estación de lluvias. Esas aguas caían a la orilla de la mal construída banqueta ya que sus losas, de tamaño desigual, estaban colocadas con lamentable carencia de simetría, exponiendo a los tranquilos y confiados transeuntes a recibir un molestísimo e inesperado baño.

Así, pues, en aquella noche, durante los escasos segundos que Fernando estuvo parado en la calle, desde la puerta de entrada dominó el interior de la casa porque la misma estaba bien alumbrada, apreciando que frente al zaguán, con piso de losas de media vara en cuadro de color de rosa, estaban las grandes puertas que giran sobre quicialeras de bronce, de gruesa madera de oloroso cedro, formando és-

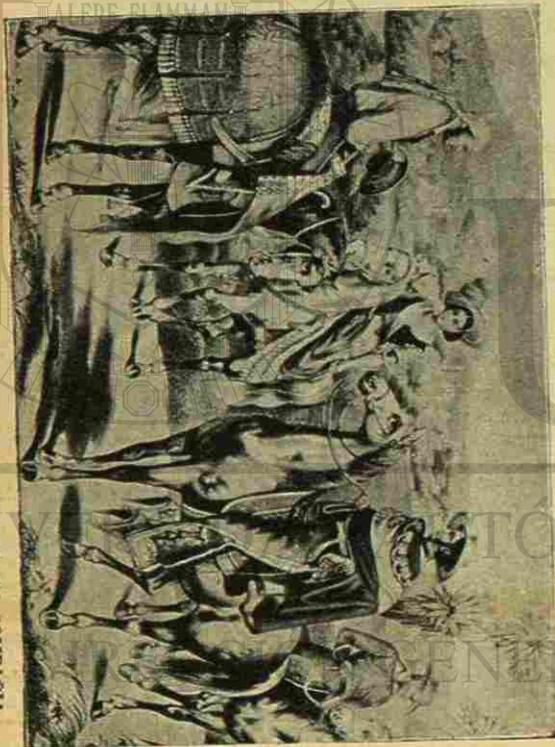


Lámina VI.—ISABELITA Y SU HERMANO RODRIGO EN COMPANÍA DE OTRAS PERSONAS.

tas pequeños tableros abultados y claveteados a distancia con chapetones de metal; dos arruajes que están a la expectativa, supone que sean de lujo por lo cubiertos que se encuentran en sus blancas vestiduras de lona con franjas de color encarnado, luciendo sus grandes cifras heráldicas de sus dueños; más allá, a la vista exterior, se distinguen los movimientos de los frizones retintos y alzanes, amarrados en sus jáquimas de cuero pendientes de sus cadenas, cubiertos unos y otros con sus correspondientes camisas de balleta, bordadas en éstas las mismas cifras con orlas del color ya indicado; los pesebres muy limpios por estar atendidos bajo la dirección del mulato cochero de nombre Petronilo, del caballerizo Sulpicio y los esclavos; y, contigua a la cochera, una pieza que sirve de habitación a Petronilo y su familia, así como para que, desde ahí cuidar la entrada; el resto de la citada servidumbre, ocupaba otras habitaciones del segundo patio anexas a la planta baja de la misma casa.

Nuestros jóvenes, bien cogidos del brazo y a la luz que proyectaba la gran farola colocada en el centro del patio principal, suben por la escalera enlosada que conduce a un entresuelo y se dirigen a una habitación sencilla, arregla-

da y de refinada limpieza; ese aposento, cuadrado, de grandes dimensiones como se construían las casas coloniales con todas sus dependencias muy amplias; el acomodo y pormenor de los muebles era el siguiente: ocupada la mitad por la asistencia y el resto en recámara pero sin división o mampara alguna que la seccionara; el joven, al penetrar, ingenuo y dado su carácter ya conocido en el capítulo anterior, experimentó agradable sensación con el conjunto aquel que hacía honor de lo arreglada de su propietaria, pero se abstuvo de revelar sus impresiones.—El autor de estas narraciones históricas describe el entresuelo que se ha conservado exteriormente en su presentación antigua con insignificantes variantes y sin que la piqueta demoledora haya tendido los brazos que la impulsa para derribar la susodicha casa, como sigue:

De techo bajo como todos los entresuelos que casi se puede tocar el artesonado con los dedos; a la entrada, a su derecha, y adosado al centro del lienzo de pared, hacia la parte media de la misma pieza y única que Fernando conoció, estaba colocado un Clavecín (antecesor del piano) de manufactura alemana luciendo en la cubierta un rico mantón de seda negra,

floreado de vivos colores, y cuyo instrumento de armonía desempeña especial papel en la escena que a su tiempo se ocupará de él; el piso principal ostenta en el corredor un sinnúmero de macetas con plantas, así como sus magníficas tinajas de barro lustrosas, manufacturadas en Cuautitlán, de un rojo encendido y destinadas a depósito del agua fresca; detalle que involuntariamente apreció al fijar la vista y que no llegó a presentarse la oportunidad de que él pisara esa dependencia de la misma casa, porque los familiares de la joven se encontraban, con raras excepciones, todo el año fuera de México, como se verá después. Cerca del balconcito y al mismo nivel del piso interior formado por soleras cuadrados de arcilla cocida, pintadas de púrpura y hasta el exterior donde termina en una barandilla de barrotes de hierro toscamente forjados y un bastidor de dos hojas de madera de ocote mal entintadas y barnizadas, ha mucho tiempo, con sus vidrios cuadrados, existía un claro, único en esa pieza, por donde recibía luz de la calle durante el día y daba vista al frente con el Cuartel Provisional de una Fuerza de Granaderos a Caballo; inmediato al claro referido, se encontraba colocado un sofá de respaldo oval, un aguama-

nil pegado a la misma vidriera, con sus enseres y menesteres correspondientes, a saber: dotación de agua a la temperatura del aposento, depositada en una Jarra o Jofaina, jabón de exquisito aroma, dado el perfume en él mezclado, y los diversos adminículos que en aquella época formaban parte integrante del tocado femenino; menesteres que alguno de ellos usó el estudiante para su aseo personal con la amable anuencia de su dueña quien, además, le facilitó un finísimo peine para arreglarse los bucles de su rizada cabellera.

El nombre completo de la dama que nos ocupa era Isabel Eulalia de Alonso Ruigomez, nacida en Jerez de la Frontera, bella y encantadora población, perteneciente a la Provincia de Cádiz, España; de alta alcurnia é hija de uno de los Duques de Medina y Troncoso. Radicaban sus padres en el Valle de Tlacolula, Oaxaca, en donde poseían una casa solariega con extensas propiedades agrícolas que les producían pingües ganancias y sólo en México, teniendo carruajes y casa puesta que en parte conocemos, pasaban algunas cortas temporadas.

Isabel se encontraba, digamos, de incógnito en la capital por aquel entonces con su aya de compañía y accidentalmente su hermano Ro-

drigo que había llegado días antes para arreglar algunos negocios relacionados con las haciendas de su Señor padre, de quien recibió instrucciones para regresar en cuanto terminara los asuntos que lo obligaron a venir.

Era Isabel de constitución sana, estatura y formas esbeltas bien proporcionadas, cara redonda de tez muy blanca, ojos vivarachos, semidormidos al mirar, negros como el azabache, luceros que han de haber brillado en la oscuridad y vaya que impresionaban, pues eran testigos elocuentes de la nobleza de sentimientos que abrigaba su tierno corazón de mujer varonil; por eso el joven fué sugestionado con la mirada que le sorprendió en la primera vez, calificando a la joven de una dama singular; su nariz griega, boquita de labios sonrosados, cejas y pelo castaño oscuro, barba con huellelo que provocaba a besarlo, y, además, un lunar coqueto en la cara; total: una Duquesita con toda su figura salerosa.

Para terminar la descripción de aquella estancia, a la izquierda de la entrada y pegada a la pared, estaba una cama de estilo cubierta de telas finas y albeantes con encajes aplicados a los cojines y almohadones, cuyos tejidos, tal vez, fueron ejecutados por las manos

delicadas de alguna monja o por los de la misma moradora; ésto no se llegó a saber; una imagen a la cabecera de la referida cama, indicio que Isabel profesaba la religión católica y no era una Judaizante que, de serlo, estaría expuesta a ser llevada en la Caleza Verde derecho a la Inquisición; (1) un baúl o arcón antiguo de madera corriente con sus fornituras de fierro y dibujos calados; una mesa de centro color café que se utilizó para jugar a las cartas y que el estudiante en tan amable compañía de Isabel, pasó las horas plácidamente.

Isabel le habló, con entusiasmo, de toros; refirióle que había figurado como Reina en algunas corridas en Sevilla, Jerez (su tierra natal) y Málaga; en esas ocasiones hizo vistosa gala con su mantón negro que estaba puesto sobre el ya mencionado Clavecín y sus peinetas de carey que guardaba juntamente con los Moños de seda brindados por los matadores en su honor; departieron en asuntos de política y otras cosas entre juegos de naipes, habiéndose dejado ganar Isabel con toda intención en la pri-

(1) La Inquisición fué fundada en México, el 4 de noviembre de 1571 y clausurada el 31 de mayo de 1820.—Datos de la obra "México Viejo" por Don Luis González Obregón.

mera noche de velada con Fernando, quien era torpe en el juego, tres peluconas, (moneda que circulaba en esos tiempos,) pero éste, por delicadeza, antes de marcharse en la mañana, disimuladamente y en forma discreta colocó las monedas en un juguete de los destinados al adorno de la indicada mesa y con la intención de que más tarde las recogiera Isabel.

Además, existía un estante o librero de regulares proporciones de estilo colonial y de madera fina, conteniendo varias obras de literatura y diversos libros de algunos autores; encima de este mueble o sea la cubierta, un Tibor antiguo de bonitos dibujos, como de media vara de alto, manufacturado quizá en Talavera de la Reina o en la Puebla de los Angeles y, colocados a ambos lados, dos candeleros de bronce bien bruñidos; en el centro de esa pared pendía un cuadro pintado al óleo con su marco y que representaba una escena religiosa; con esto y otras cosas de menor importancia, completaban el confort del entresuelo aquel de acuerdo con una ligera vista de ojos.

El estudiante Fernando pudo apreciar desde luego, por su penetración, a pesar de sus juveniles años y corto de experiencia, que de la conversación sostenida con Isabelita (así la llama-

remos en adelante, con cariño y vaya que se lo merece), hizo atinada justicia de la inteligencia natural poco cultivada por los años de la joven y simpática Jerezana, así como de su ingenuidad suma demostrada al aceptarlo en su casa a esa velada; no se equivocó, ya que éste se condujo con refinada pulcritud dentro de las circunstancias que se presentaron en esa ocasión para con la que conociera horas antes; ambos con buen tacto, conquistaron un mutuo afecto al grado de que en la misma noche se hablaban de tú, como colegiales que anteriormente ya se habían tratado. Así de ingenuos y francos eran los dos.

Escasa fué la conversación de esta naturaleza departida en el sofá que ya conocemos y de la misma surgió que Fernando, con la vista al instrumento musical ya descrito, rogara a Isabelita pasase a él; ella, solícita y con muy buena voluntad para complacerlo, le preguntó que pieza le agradaba, a lo que contestó, con la atención debida, se le honrara con el Himno; la joven pidió al galán se sentara en el banquillo para hacer sonar el instrumento con la pieza elegida, la que se ejecutó de tal manera, que tomando los dedos de Fernando, éstos los apoyaba en las teclas y los finos y blancos dedos de Isabe-

lita servían para guiar los de aquél; el sonido de la primera estrofa ocasionó una agradable sorpresa para los dos llena de contento; pues la dama, accidentalmente, hizo el papel de maestra de música.

En las noches subsecuentes, a guisa de remedo de la primera velada, se volvió a tocar a dúo.

A Fernando le agradaba la armonía de la música que no llegó a dominar sino años más tarde, el arte dulcísimo de los afamados compositores y músicos, como Mozart, Beethoven, Haydn, Cimarosa y otros que supo interpretar con maestría y fácil ejecución; sin embargo, con el obsequio recibido de Isabelita en esos momentos, nuestro Médico en ciernes quedó prendado de las cualidades que adornaban a la amantísima joven, quedándole para siempre una grata impresión unida a los lisonjeros recuerdos de la primera como de la última velada verificada en la flor de su edad y de soltero, en compañía tan amable de la bella y simpática Isabelita.

En la noche de tan feliz acontecimiento entre los dos jóvenes enamorados, él, Fernando, con toda discreción y en ausencia de su hermano Rodrigo, quien había bajado antes del piso prin-

cipal al entresuelo para jugar a las cartas en consorcio con ellos, le hizo a solas una pregunta intempestiva y de acuerdo con sus sentimientos, (Fernando ya presumía ser conocedor, además de Anatomía, algo de la ciencia de Esculapio) consistente en que le dijera, Isabelita, si tenía hijos; ella, con toda sinceridad y sin ruborizarse por la pregunta, contestó que poseía un niño de pocos años; no entró en detalles ni dijo el motivo de su aislamiento.

¡¡Qué!... ¿A aquella criatura al nacer, su progenitor viviría en Oaxaca o en la misma Capital?

¿Fueron estas reflexiones de Fernando, efecto producido por desconfianza o de prematuros celos?

Es de suponer con respecto a las preinsertas preguntas, que Fernando ya empezaba a enamorarse de Isabelita pero no quiso descubrir la incógnita, ya que no era prudente intentarlo.

No dejó de preocupar a Fernando la declaración de labios de Isabelita; pues quedaba realmente en un predicamento demasiado difícil y se exponía a afrontar una situación embarazosa al seguir frecuentando su casa. Con sobrada razón suponía en la revelación y, al verificarse ésta, confirmó por sí y con los por-

menores que observó, que ella no era casada ni viuda; además, por su discreción, no se atrevió a hacerle otras preguntas sobre ese particular, porque comprendió desde ese momento, que estaba jugando un mal papel lleno de incertidumbre y de compromisos desagradables que inesperadamente se le presentaban, ya que Isabelita le brindó, en principio un afecto salido de su corazón.

En vista de todas las consideraciones que en sí se hizo Fernando, resolvió, en su fuero interno, por no volver; pero, por cortesía, ofrece hacerlo.

Procuró no seguir adelante en sus contrastadas ilusiones y sacrificó el cariño que ya abrigaba desde la primera velada tan animada y que le sumó la satisfacción, de conservar el agradecimiento y gratitud imperecedera en honor de Isabelita por lo que, resignado con su suerte, elevó sus votos muy fervientes al Ser Supremo por el bienestar de ella.

Transcurrieron algunas horas de esta última velada como otras anteriores, entre amena conversación y juegos de naipes, acompañado de su hermano Rodrigo quién deseaba además, divertirse en la "Malilla", pero como en este juego intervienen cuatro personas, fué necesario

completarlas en esta vez con Aldegunda, o sea la aya de compañía, suplente al jugador faltante.

Terminó el juego indicado y encontrándose Rodrigo muy desvelado a consecuencia de no haber dormido en noches anteriores, resolvió retirarse a su recámara confiando en que Aldegunda (la aya) acompañaría a su hermana, pero no sucedió así porque la venció el sueño; circunstancia que los dos enamorados aprovecharon para, ya sin testigos, cambiarse mutuamente apasionadas muestras de amor...

Lo que mutuamente se dijeron Isabelita y Fernando, es de suponerse; y lo que pensaba el estudiante era de que sus ilusiones se remontaron al pináculo del tálamo nupcial, pero en esta ocasión como en otras varias anteriores, fué un sueño de despierto y que únicamente su mente bordaba en el vacío, cuyo resultado hicieron aumentar su contrariedad.

La aurora anunciaba un nuevo día esplendoroso con sus primeros rayos tibios del Astro Rey y Fernando, después de una despedida cariñosa para Isabelita con ofrecimientos de retornar muy pronto, baja la escalera por la que había subido la primera vez del brazo de la joven; ya en la calle, se detiene bajo el pequeño

balcón y suspira por aquella dama... Julieta no se presentó a decir "adiós" a su Romeo; quedaron, en consecuencia, suspendidas las veladas para Fernando, (ésto muy a su pesar porque estaba enamorado).

Se encaminó a su casa que se encontraba muy cerca de ese lugar de truncados ensueños, triste o pensativo, pero el caso fué, quizá, que no se dió cuenta del Sereno, buen observador y perpicáz, que estaba apostado en la próxima esquina, que lo vió salir por última vez de aquella mansión en la fresca mañana del día 10 de marzo de 18...

El joven estudiante, por su involuntaria distracción, no nomás dejó de fijarse en que estaba el referido Sereno, sino que tampoco del trajín que a temprana hora ya había en las calles; como por ejemplo: los gritos de los vendedores ambulantes que proponían sus mercancías; la presencia de algunas maritornes del barrio que llevaban sus canastas aprovisionadas y que regresaban del mandado para preparar el desayuno de sus amos, así como del típico aguador, de paso acompasado y silencioso, con su camisa de manta y encima de esta, un especie de capelo parecido a la figura de una armadura antigua de material de cuero; cinturón también de

cuero con una bolsa en la que guardaba el dinero y las navajas bien afiladas (llámense instrumentos de cirugía o de talabartería) que, para el caso, igualmente se empleaban para uno u otro servicio; por detrás, un rodete que servía para tener en equilibrio el bentrudo y lustroso "Chochocol" de barro, dentro del cual él llevaba su capital preciado: el agua; cubría su cabeza con un casquete de cuero que por medio de una cuerda se hacía pasar por la frente y sostenía, por las azas, la voluminosa vasija y, sujeto por delante a manera de contrapeso, su cántaro amarrado de otra correa que salía del amarre que llevaba en la cabeza.

De ese líquido se abastecía el aguador en la fuente cercana (la tradicional de la plaza de Santo Domingo, llamada de la "Aguilita") y lo entregaba en las casas vecinas en las que, las maritornes, le llevaban las cuentas muy cabales y sin equivocarse, de los viajes de agua, valiéndose para dichas cuentas, de los colorines o patolas que se acostumbraban entonces para este servicio doméstico tan indispensable.

A dicho sujeto se le dispensaba la confianza en las casas por ser hombre honrado y tenía franca la entrada; servía, a maravilla, como cirujano gatuno; recibía gratificaciones por sus

mandados; en las mudanzas de muebles, con motivo del cambio a otras casas, él se ocupaba en dirigir las maniobras; y, por último, también era alcaide. chofa intermediario de la correspondencia amorosa introducida después por la maritones para entregarla a la dulceina de la casa.

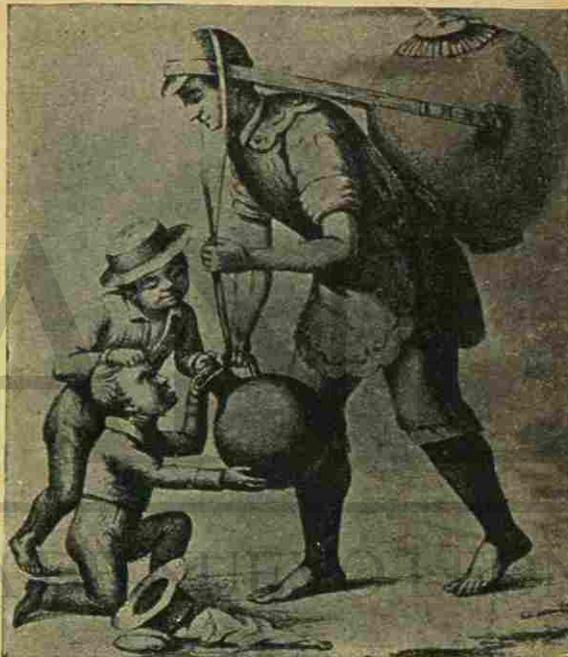


Lámina VII.—EL AGUADOR O CIRUJANO GATUNO.

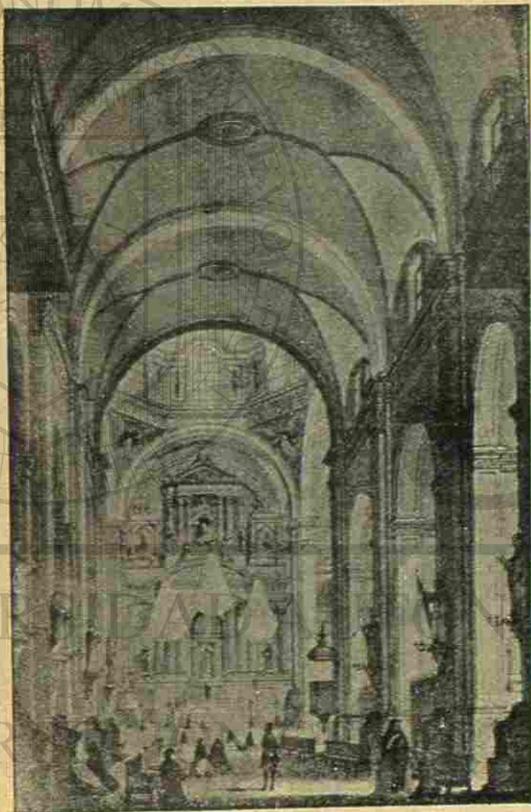


Lámina VIII.—ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA
DE STO. DOMINGO, OBRA DE TOLSA.

CAPITULO TERCERO

CASAMIENTO DEL MEDICO CON DOÑA LORENZA

ANTES de la proclamación de la Independencia encabezada por el Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla en el Pueblo de Dolores, de la Intendencia de Guanajuato, nuestro estudiante Fernando, había terminado en la Capital su carrera de Médico; se marchó a su tierra de nacimiento para estar en familia con los suyos y atender a sus paisanos enfermos, ejerciendo también la medicina en el Hospital de aquella localidad.

Después de persistir un corto tiempo, resolvió regresar a dónde había hecho sus complementarios estudios para establecerse definitivamente, pues contaba con un ambiente favorable de acción y de porvenir ya que había conquistado conocimiento con personas de estima-

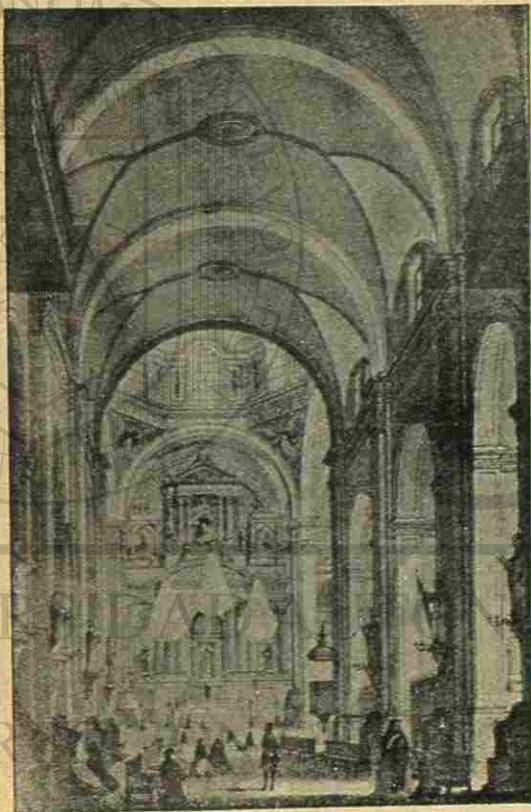


Lámina VIII.—ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA
DE STO. DOMINGO, OBRA DE TOLSA.

CAPITULO TERCERO

CASAMIENTO DEL MEDICO CON DOÑA LORENZA

ANTES de la proclamación de la Independencia encabezada por el Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla en el Pueblo de Dolores, de la Intendencia de Guanajuato, nuestro estudiante Fernando, había terminado en la Capital su carrera de Médico; se marchó a su tierra de nacimiento para estar en familia con los suyos y atender a sus paisanos enfermos, ejerciendo también la medicina en el Hospital de aquella localidad.

Después de persistir un corto tiempo, resolvió regresar a dónde había hecho sus complementarios estudios para establecerse definitivamente, pues contaba con un ambiente favorable de acción y de porvenir ya que había conquistado conocimiento con personas de estima-

ción, contacto que le sirvió para sostener estrecha amistad con una distinguida familia, se trataba de los de Ballesteros y Lanzagorta que habitaban en aquella época en la casa de su propiedad, suntuosa y bien arreglado interior, con fachada colonial revestida de tezontle y de molduras de piedra de cantería, casa situada con vista al poniente de la Calle de Alfaro a unos pasos de la esquina con la primera de los Mesones; (hoy Avenida de Isabel la Católica y, la segunda, Tercera de Mesones) el médico al frecuentar esa familia, entabló el noviazgo con una de las simpáticas hijas de los esposos Ballesteros y de nombre Lorenza.

Se formalizaron éstas con el matrimonio que se efectuó en la espaciosa Iglesia de los Padres Dominicos, (Santo Domingo)(1) Templo que en el capítulo primero se menciona, así como en la ilustración correspondiente. —Ceremonia que se llevó a cabo y armonizada con el conjunto de una escogida orquesta instrumental que ejecutó, trozos selectos de música Sacra, acompañándolos con el canto, uno de los Padres de dicho Templo y que se distinguía por su gallarda y limpia voz.— Con anticipación se arregló

(1) Se dedicó el 4 de agosto de 1736 y su consagración fué el 24 enero 1754.

el interior de la mencionada Iglesia engalanándola con colgaduras, cortinajes de tela de color que bajaban desde sus bóvedas; el Altar Mayor destinado para la misa de esponsales lucía en sus sitios, candeleros de plata y condelabros de bronce que parecían nuevos unos y otros por lo brillante que los habían dejado, adornos florales, columnas con macetas y plantas naturales, lujosos sitaliales que ocuparían el Excmo. Señor Virrey y su respetabilísima esposa la Señora Virreina, reclinatorios especiales y que únicamente se destinaban para las grandes ceremonias; el atrio estaba adornado con festones formados de ramas de cedro, con blancas y perfumadas flores recién cortadas, musgo colgante de festones a distancias proporcionales así como de los árboles suspendida la ancha Vela restirada por sus respectivas cuerdas; igualmente colocada en el piso y desde el pórtico principal, una alfombra que terminaba hasta los reclinatorios.

Desde la víspera quedó terminado todo preparativo y para el día señalado de tan regia unión, antes que los contrayentes se presentaran en el referido templo, ya en el interior ardían cirios y gran número de velas de blanca cera, dando un aspecto maravilloso con el conjunto

armónioso ya mencionado, destacándose, para mayor abundamiento el brillo del oro aplicado a fuego de los adornos lijos en el grandioso Altar Mayor, que dicho sea de paso, fué una de las muchas obras ejecutadas por el insigne Escultor y Arquitecto Don Manuel Tolsa.

El médico y su distinguida novia acompañados de sus parientes, se presentaron a la hora convenida; la novia ataviada con irreprochable vestido de tela fina de seda de la China y adornado con encajes delicados de Bruselas, alhajada con deslumbrante collar de perlas y finísimos brillantes; el novio con su peinado de la época, casaca, collar y Cruz de Caballero de Santiago, chupa de terciopelo, calzón corto muy fino, tizona al cinto, medias de seda y zapatillas negras de piel con sus hebillas de oro y piedras.

Parados a la puerta principal del templo y después de breve estancia fueron introducidos por el séquito formado a ambos lados de la iglesia, dió principio el acto con la toma de manos, las arras, trece pelucas de oro y los anillos del mismo preciado metal y depositadas momentáneamente sobre una charola de plata, en seguida recibieron la bendición nupcial de manos del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo

de México quién llevaba a la vez, la representación del Excelentísimo Señor Virrey, invitado especialmente a esta ceremonia, por no poder asistir a ella debido a que en esos días estaba recluido en cama; fueron padrinos de tan feliz pareja, el respetable Señor ex-Primer Secretario del anterior Excmo. Señor Virrey, Conde Don Roberto de Alaristete de San Ramón, pariente muy cercano de la novia y su dignísima esposa la virtuosa Condesa Doña Lucía de Cisneros, Ríos y Zavaleta de Alaristete.

Al terminar el brillante enlace, los novios fueron objeto de la admiración y de las más cariñosas felicitaciones; ya en su nueva casa recibieron como recuerdo, magníficos y soberbios regalos de sus distinguidos padrinos, obsequios que vinieron en la "Nao de Manila" procedentes del Imperio de la China, que había atracado meses antes en el Puerto de Acapulco y que con toda anticipación habían salido correos para el pedido a tan lejanas tierras, objetos que llegaron afortunadamente a su debido tiempo. Otros y también numerosos presentes adquirieron los recién casados de los parientes y amistades de ambas familias, pues las del médico hicieron viaje exprofeso a la Capital para asistir a los esponsales.

Concluida la ceremonia eclesiástica, los concurrentes, ya invitados de antemano, se les reiteró para que asistieran al banquete que por tan beneplácito acontecimiento sería servido en honor y por la ventura de Fernando y Lorenza.

Los novios en unión de los ya mencionados padrinos, parientes, familiares y demás personas, fueron agazajados con excelente comida ofrecida por los padres de la desposada, servida en una casa de soláz con frondosos árboles, situada en la población de Tacubaya a inmediaciones del casco de la hacienda de la Condesa; todos se dirigieron a ese sitio amenizándose ésta con la misma orquesta que había ejecutado en la Iglesia, horas antes, el casamiento; en esa reunión se desbordó el entusiasmo y la alegría en los novios así como en los invitados, terminando esta fiesta a las once de la noche, después de un baile que empezó desde la tarde en el que tomaron parte el dichoso matrimonio, bellas damas y caballeros, bailándose danzones y cuadrillas; dejaron como es natural, entre los que asistieron, muy gratos recuerdos y regresaron por el camino a México repartidos en un sin número y ordenada fila de carruajes alumbrados

con hachones (1) coches que fueron ocupados por la mayoría de los invitados que gozaron en aquella reunión.

El médico y su ilustre consorte salieron al día siguiente en un coche de camino escoltados por varios mozos a caballo bien armados y con remudas de animales; tomaron rumbo al poniente de la ciudad para dirigirse a una propiedad, casa solariega, llamada de San Agustín de Calimaya, sita a extramuros de la población de Tenango del Valle y a dos leguas escasamente de este punto a la ciudad de Toluca; la primera jornada de ese día la hicieron hasta Lerma y al siguiente, prosiguieron para Metepec, pasaron por pequeños pueblos y rancherías de poca o ninguna significación.

En aquella casa gozaron una parte de la luna de miel y al cabo de dos semanas, determinaron regresar con su escolta ya reforzada, pues no era muy conveniente aventurarse así como así en los caminos, por si había que hacerles frente a los foragidos que en aquel entonces abundaban; de entre ellos, a pesar de ser malhechores, algunos tenían rasgos de nobleza de no

(1) Hachones, hechos de sogas viejas de ixtle empuñadas de breá y que servían para alumbrarse por las noches en los caminos, o en otros lugares.

maltratar cuando asaltaban a los confiados viajeros, respetando las vidas y personas, se conformaban únicamente con las ropas, dinero y objetos de valor que llevaban consigo sus víctimas, pero otros bandoleros no conformes con el botín recogido, golpeaban a los referidos viajeros quienes no tenían, ya desarmados, manera de defenderse de las garras de los rufianes y del consiguiente asesinato.

Así pues, retornaron nuestros estimados viajeros sin ningún contratiempo de los citados en el párrafo anterior; la permanencia en San Agustín de Calimaya, fué relativamente corta en virtud de que el haberla prolongado por mayor número de días, era en perjuicio de los enfermos que estaban al cuidado del médico y, como durante su ausencia quedaron los pacientes en manos del sustituto accidental que les habían recomendado mientras duraba el alejamiento de Fernando, había que, suponer, como en efecto así sucedía que los mencionados enfermos no tenían confianza en dicho facultativo sino en aquel que los atendió desde un principio.

En el capítulo séptimo veremos, pasados algunos años de este matrimonio, los sinsabores del médico con su esposa Doña Lorenza.

CAPITULO CUARTO

ENCUENTRO DEL MEDICO CON ISABELITA

POR casualidad, si puede decirse inesperada, ya que después de once años (más o menos) de no cruzar palabra, ni encuentro accidental entre el médico e Isabelita, ésta fué visitada por aquél en su casa habitación, ubicada en el número diecisiete y medio de la Calle de Siete Príncipes, (después se llamó 6a. Calle de la Moneda) cerca de un tendajón "La Miniatura" y por el rumbo oriente de la ciudad, siguiendo por el costado norte del Palacio; visita, como se denomina a un llamado relacionado con la medicina por encontrarse uno de sus hijos en la cama.

El médico recetó y desde que llegó, fué objeto de un buen recibimiento por parte de los de esa casa; se le ofreció casualmente y tomó asiento en el mismo sofá que fué testigo mudo

de los acontecimientos desarrollados años atrás, pero sin revelar para nada el pasado, ni dar a conocer en ambos algún detalle, pues el médico se guardó todo, ya que era siempre reservado y observaba una línea de conducta discreta en esa clase de asuntos familiares.

El, diariamente hacía sus visitas y recetaba, si era necesario, hasta levantar al niño enfermo quién, gracias a lo eficiente de las medicinas y cuidados prodigados, quedó completamente sano; se trataba de Rodrigo, uno de los hijos de Isabelita y del que antes no se había hecho mención por que desde aquí en adelante nos ocuparemos del propio Rodrigo.

Isabelita estaba guapa, en la plenitud de sus primaveras y no en balde el médico apreció con anterioridad las cualidades y la inteligencia de ésta; referencia hecha en capítulo anterior y que se le presentaba transformada, sirviéndole no sólo de ejemplo al médico, sino de satisfacción por los votos fervientes salidos del corazón del entonces estudiante y que habían sido fructíferos en beneficio de la dama, quien con justicia merecía toda clase de dones por su perseverancia y resignación en su anterior aislamiento y que ahora aún estaba, con motivo del fallecimiento de sus padres acaecido en el Valle de

Oaxaca, no obstante que sus finados padres le dejaron un buen legado y la compañía de muy estimables personas las que, para ella, podrían considerarse sus familiares.

Con motivo del referido legado, el hermano de Isabelita tuvo fuertes disgustos personales y de intereses, pues llegaron a intervenir jueces y escribanos en el asunto, pero la audacia de la segunda, superior al del primero, hizo que la mayor parte de la herencia quedara a su favor como en efecto sucedió.

En esas entrevistas y, desde la primera, el médico aprovechó la oportunidad al conocer al niño aquel de nombre Laurencio, así como a ocho hijos más, entre niños y niñas a cual más simpáticos y rollizos; éste pudo calificar, desde luego, la despierta inteligencia natural en varios de ellos, como idéntica a la de la cariñosa madre.

Con esas visitas del médico a la casa de Isabelita, se formó el eslabón para unir y soldar la amistad de las dos familias y en el trascurso de los años, crecieron los hijos de ambos entregados, al principio, a los juegos infantiles, después a sus estudios correspondientes en los diversos colegios a donde acudían y, cuando jóvenes, como concurrentes a las tertulias, paseos

campestres inclusive las excursiones en Omnibus tirados por troncos de mulas a San Agustín de las Cuevas (Tlalpam), al Cabrío, a San Joaquín, a los Remedios en carabana montados en pacientes burros y a otros lugares pintorescos del Valle de México; pues Isabelita, con su talento y fina educación, representó siempre un buen papel, el cual lo comprendió el médico y no tuvo empacho en aceptar, sin reserva, la buena amistad que se le brindaba por ser muy humano y aquilatador de las prendas personales que poseía y justamente adornaban a ella.

Hay seres en la vida predestinados a fundirse a altas temperaturas en el crisol de grafito en donde se afinan los metales de apreciable valor y purificados después de haber sido sujetos a desechar las arcillas que los cubrían, borran el pasado de burdas formas e impurezas, brillan por la transformación sufrida en los procedimientos y normas empleados; así le pasó a Isabelita por sus anteriores infortunios con desagradables sinsabores, cuya suerte le cambió, pues fué enteramente distinta en todos los años que le restaron de vida, la que por cierto, fué tranquila y llena de felicidad quizá en premio o compensación a los anteriores años transcurridos.

Al principio del presente capítulo tenemos conocimiento que Isabelita había cambiado de domicilio; hacemos la explicación:

La casa que fué de sus padres (ya fallecidos) y en donde debe recordarse lo sucedido en el entresuelo, según expresado en el capítulo segundo, pasó a ser propiedad de su hermano Rodrigo, conocido de mis amables lectores y quién a los cuatro meses escasos de haber tomado posesión de la casa indicada, la vendió a una familia acomodada del interior, el motivo que tuvo para deshacerse de ella, fué el quedar expedito para atender debidamente la hacienda que heredó en el Valle de Tlacolula, Oaxaca, la que le producía anualmente, en ganado y siembras, muy buenas utilidades.

Por lo consiguiente, Rodrigo se marchó a trabajar con ahinco y constancia ya que era un buen agricultor y, más aún, conocedor del campo en aquella apartada región del país.



CAPITULO QUINTO

EL MEDICO Y LA LAVANDERA
DE ISABELITA

EN una ocasión y pasados algunos años, Isabelita que era muy caritativa, solicitó al médico sus servicios para que en su nombre pasase a una vecindad del Barrio de la Palma a atender una paciente que recibía favores de Isabelita.

Se trataba de la antigua lavandera de su casa que años atrás se había separado del destino; mujer de raza india de nombre Angela; vivía en ese barrio cerca de una Capillita y Cementerio nombrado de San Dieguito, en el referido barrio no escaseaban vagos y ladrones, lugar carente de nombres en algunas de sus tortuosas calles, ni números o letras fijados en las puertas de las casas o accesorias que las distinguieran; laberinto difícil de descifrar en

cuartos y jacales, callejones y encrucijadas con salidas misteriosas; ésta pasaba su vida en compañía de un tal Mario di Madrijeira, viejo portugués, inútil y reumático, nacido en el pequeño Puerto de Albuleira, Algarbes, Portugal y que decía cuando lo interrogaban, haber desempeñado allá, en su tierra, el oficio de pescador; en la Capital no se le conoció ocupación y se ignoraba como vino al país; rudo, rasgado en hablar y que pronunciaba detestablemente el español, insolente y gruñón como la mayoría de la gente baja de mar y de trajín en los puertos.

Desde las once de la mañana y casi diariamente, se encontraba beodo y le exigía a la pobre mujer, le proporcionara aguardiente de caña para beber, líquido que se abastecía en el próximo y único tendajón mixto y humilde, mitad carbonería con venta de leña vieja y lo demás con escasos menesteres de consumo diario; mostrador de madera sin pintar; mugroso como sus marchantes y el que lo atendía, ahí le fiaban a Angela, dejando en prendas, algunos objetos de escaso valor o piezas de ropa en pignoración, por algunas mercancías y sobre todo, por el aguardiente que Mario el portugués, ingería.

La lavandera lo mantenía con su trabajo ya

que éste se había entregado al vicio de la embriaguez y no proporcionaba gasto diario alguno para su subsistencia.

Estaban atrasados en el alquiler, (antes vivían por el Barrio del Campo Florido, adelante del mercado de San Juan y en mejoritas condiciones) cuarto que le servía de habitación y en el lugar hacía el planchado, labor que entregaba en una casa de medianos recursos; la ropa permanecía uno o dos días de la semana, en las mañanas, al sol recibido en la plazuela y a la desatendida vigilancia de la hija de Angela de nombre María, la "Mulata", de pelo muy negro como sus entrañas de hiena, requemada por los rayos solares; de mal corazón por golpear cruelmente, con frecuencia, a los muchachos y animales de aquel barrio; enredadora y embustera, se había refinado y le sobrepasaba al "portugués" su padre, (no había dos.)

Pasaba las mañanas y resto de las tardes en la referida plazuela, entonces de reunión y en consorcio con los cerdos flacos, de los macilentos perros que eran numerosos por tener libertad de ambular y no estar sujetos a la persecución de los Serenos que por ahí no se presentaban mucho menos los timoratos Alguaciles, gallos de pelea, gallinas con sus crías, patos dentro de los

charcos de aguas estancadas; peleonera la mulata y urdiendo chismes con los numerosos muchachos sucios y semi-desnudos de diferentes edades que ya tenían éstos, aprendido el vocabulario que les enseñaba la María, sin contar las calumnias forjadas por ésta en contra de los vecinos mayores; los muchachos se solazaban al rayo del sol canicular dándose mutuamente de pedradas con tepalcates y lodo, (siempre tomaba parte María,) quienes los arrojaban en todas direcciones; escenas que se repetían a menudo cuyos resultados fueron que se registrarán heridos de mayor o menor consideración y las consiguientes represalias de las gentes mayores familiares de los lastimados, ya que degeneraban en riñas. La mulata era la instigadora y responsable directa de todo.

La muchacha crecía en ese ambiente de depravación poco edificante, por el mal ejemplo de los padres y de los peores vecinos del barrio; tuvo la oportunidad de conocer a un tal Manolete, portugués, paisano de Mario quién lo llevó por ese lugar y, en las tardes, dió en exhibirse en la plazuela como maromero, hacía varias piruetas para divertir a los muchachos. Después, en obra separada, nos ocuparemos más extensamente de este sujeto.

Era peligroso transitar por esos sitios de la Palma que carecían de caños de desagüe pues en todo tiempo había pequeñas lagunas de aguas pútridas que permanecían estancadas en el transcurso del año, dificultándose la entrada a los diseminados cuartos y jacales de dónde salían, a las oraciones de la noche, individuos sospechosos que durante el día se pasaban las horas encerrados para esquivar las miradas inquisidoras de los Corchetes.

A fin de no cansar a mis amables lectores y tener la necesidad de proseguir los acontecimientos desarrollados por nuestros principales actores, aparte se está escribiendo como continuación una interesante novela "La Hija Ingrata" en la que éstos sujetos desempeñarán su papel, Mario y Manolete, (los dos portugueses) Angela, María la mulata y la nieta del primero de nombre Cleofas y relacionándolos con un adinerado español comerciante en semillas, con buenas propiedades, calavera empedernido como su contrincante, un militar que hacía pocos meses vino del interior y que se disputó la supremacía; intervienen otros personajes, todos de la época colonial y en los primeros años del México Independiente.

Continuemos nuestra narración y pasemos

adelante del lugar descrito en el principio del presente capítulo.

El médico acudió luego a desempeñar su cometido en ese barrio fuera de la antigua Trazas de la ciudad, sitio para él desconocido y que jamás había pisado encontrándose algunas dificultades para localizar la casa que buscaba, no le fué posible al momento entenderse con las mujeres ahí reunidas a quienes les pidió informes, en vista que la jauría de perros estaba alborotada por su presencia, ésta impidió hacerse oír desde luego de sus interlocutoras, pero lo consiguió al fin. Ese barrio a extramuros, no era merecedor de ser visitado por personas bien vestidas y sobretodo decentes.

A pesar de todos los inconvenientes apuntados, el médico cumplía con su deber que le acompañó su profesión humanitaria; con mayor razón por tratarse de un mandato de Isabelita. — Así lo consideraba y por lo tanto acudió solícito.

Zanjadas las dificultades antes dichas, realizó su propósito; consiguió llegar al lugar que le designaron, pero se sorprendió con la cuitada Angela, que más bien era una bruja salida de la cárcel por el hecho que el médico fué recibido con sapos y culebras en contra de su protectora; éste como pudo en medio de esas inespere-

radas circunstancias, terminó su misión y, siempre discreto, no dijo nada a Isabelita de lo acontecido; ella le pagó con larguesa su trabajo por el examen practicado a la arpa de lengua suelta y que hacía honor a la plazuela aquella, llamada de la Palma, habitada por una caterva de malhechores como la mujer del portugués, quien pagaba así a su benefactora los favores que recibía.

Hay que tener presente aquella frase: "Cria Cuervos y te sacarán los ojos".



CAPITULO SEXTO

BOTICA, PULQUERIA, CASA DEL MEDICO Y SUS TERTULIAS

VIVIA el médico con su familia en la casa número tres y medio a unas cuantas varas de la Plazuela de Tarasquillo y su habitación daba frente a los callejones de "Sal-si-puedes" (1) y de las Damas, cerca a ese lugar y hacía el sur, se encontraba la Plaza del Puente del Santísimo e inmediato a la casa apuntada, la Capilla de los Dolores la que desapareció años después así como la plazuela y plaza respectivamente, pues en sus terrenos se abrieron calles y se fabricaron casas con fachadas que correspondían: unas al callejón llamado de

(1) El Callejón de "Sal-si-puedes" tiene interesante tradición, pues en una obra antigua, escrita sobre las calles de México, aparece su leyenda la que reproduzco literalmente aquí:

1020001931

radas circunstancias, terminó su misión y, siempre discreto, no dijo nada a Isabelita de lo acontecido; ella le pagó con larguesa su trabajo por el examen practicado a la arpa de lengua suelta y que hacía honor a la plazuela aquella, llamada de la Palma, habitada por una caterva de malhechores como la mujer del portugués, quien pagaba así a su benefactora los favores que recibía.

Hay que tener presente aquella frase: "Cria Cuervos y te sacarán los ojos".



CAPITULO SEXTO

BOTICA, PULQUERIA, CASA DEL MEDICO Y SUS TERTULIAS

VIVIA el médico con su familia en la casa número tres y medio a unas cuantas varas de la Plazuela de Tarasquillo y su habitación daba frente a los callejones de "Sal-si-puedes" (1) y de las Damas, cerca a ese lugar y hacía el sur, se encontraba la Plaza del Puente del Santísimo e inmediato a la casa apuntada, la Capilla de los Dolores la que desapareció años después así como la plazuela y plaza respectivamente, pues en sus terrenos se abrieron calles y se fabricaron casas con fachadas que correspondían: unas al callejón llamado de

(1) El Callejón de "Sal-si-puedes" tiene interesante tradición, pues en una obra antigua, escrita sobre las calles de México, aparece su leyenda la que reproduzco literalmente aquí:

1020001931

Dolores y otras a la calle que se llamó de los Rebeldes a la siguiente de la de Nuevo México; (véase el plano) cerca del sitio primeramente indicado, se formó un jardín que llevó el

—“Te he dicho, Inés, que debes prescindir de las relaciones que mantienes con Gaspar de Astorga.”

—“Padre mío, no puedo obedéceros, porque no está en mi mano el dejar de amarle.”

—“Ese hombre no te conviene.” “Su carácter es violento y duro y yo como padre busco tu felicidad.”

—“Señor, —replicó Inés con cierta impaciencia, —es inútil que me mandéis lo que no puedo hacer.”

—“Pues yo te haré poder, —replicó el padre encolerizado.”

“El diálogo que acabamos de transcribir tenía lugar en una calle de la señorial Toledo y en una casa a que daba sombra la hermosa catedral iluminada fantásticamente por la luna que en carro de plata recorría los silenciosos campos de la noche.”

“Pasaba una hora de la media noche, el Señor Olivares, padre de Inés, hizo traer una litera, introdujo en ella, no sin algún maltrato a su hija, que comprendía la querían separar de su amante y tomó camino fuera de la población. A los pocos días se hacía a la vela para México un barco que conducía a la hija rebelde y al padre indignado.”

“Inés lloraba de un hilo. Parecía que a la amargura del mar iba a agregar la suya y a duplicar su caudal.”

“Pero no dijo mal aquél que dijo. “En lágrimas de mujer y en cojera de perro, no hay que creer.”

“Y si no, que lo diga el verídico desenlace de esta historia.”

“Inés cuando desembarcó en Veracruz fué a parar en la casa de un pariente, donde en la misma noche conoció a un capitán, de nombre D. Melchor Lazo. Este Lazo prendió en el lazo a la llorosa Inés.”

“Era Lazo uno de esos hombres frívolos, que siem-

nombre de “Tarasquillo”. (Ahora tiene el de “Plaza Santos Degollado”).

En los bajos de la casa citada, existió la “Boticaria de los Dolores” y hace algunos años que

pre tienen de qué hablar y que cautivan a los estrados con picantes murmuraciones, chistes, anécdotas y la relación de hazañas fabulosas.”

“Inés, que era vulgar, quedó encantada de la conversación del capitán. Este al platicar, accionaba con vehemencia; cuando se ofrecía imitaba perfectamente la voz de todos los animales; se hacía de confianza inmediatamente con cuántos trataba; era uno de esos hombres que se hacen lugar en el mundo, por lo mismo que son de mucho brillo y poca substancia.”

“Inés en la noche de su llegada se desternillaba de risa cuando el capitán imitaba la pelea de gallos, saltaba de un lado a otro y cantaba sin la menor vergüenza.”

Qui-qui-ri qui...

“No se necesitó más para que Inés quedase prendadísima del capitán y olvidase al de Toledo. He aquí una muestra de lo que hacen frecuentemente los hijos con los padres. No ceden a sus buenos consejos cuando los quieren apartar de un mal matrimonio; se imaginan eterno ese amor, pero por un nuevo capricho todo lo olvidan.”

“Inútil es decir que el capitán e Inés se entendieron en breve tiempo.”

“Pero lo malo del cuento fué que Gaspar de Astorga tuvo que venir a estas tierras a arreglar algunos negocios particulares de su ilustre tío Su Eminencia el Sr. Cardenal D. Diego de Astorga, Arzobispo de Toledo.”

“El joven viajero fué recibido perfectamente en la corte del Virrey, pues venía bien amparado por cartas de recomendación para los personajes más ilustres, entre ellas una de Felipe V para el Virrey D. Francisco de Alencastre, Duque de Linares y Marqués de Valde fuerte.”

seguida con el nombre de "Botica de Nuevo México" precisamente en el mismo sitio de la antigua, a la presente sigue establecida en la planta baja del nuevo edificio; en la época de la

"Una mañana, al pasar por la puerta de una iglesia vió salir una dama joven en la que reconoció a la hermosa Inés de Olivares. Acercósele y le manifestó su alegría por tan inesperado encuentro; pero cuando él esperaba igual correspondencia de júbilo y afecto en Inés, ésta le expresó que había cambiado de parecer."

"Gaspar de Astorga, después de echar a Inés en cara su infidelidad, con breves, pero enérgicas y sentidas palabras, se retiró decidido a tomar ejemplar venganza."

"Supo que su pretendida se hallaba citada con el capitán a las seis de la mañana en la parroquia de San José y se apostó en la esquina del estrechísimo callejón donde Inés vivía."

"Apareció ésta estentosamente vestida y quiso, sin ni siquiera saludar a Gaspar, que éste la dejase franco el paso."

"No pasarás, Inés, —dijo Astorga, —sin que me vuelvas tu amor que he perdido."

"Gaspar, eso ya es imposible. Déjame pasar."

"Inés de mi corazón, tu infidelidad parte mi alma de dolor. Vuélveme la paz y felicidad que me has quitado."

"No seas importuno, dijo Inés y agregó con absoluta indiscreción: mira, voy a ver a mi nuevo amante y es tarde. Déjame salir."

"A estas palabras, desenvainó el estoque y exclamó el ciego y furioso Astorga:

"Sal si puedes" —al mismo tiempo que lo hundió hasta el pomo en el pecho de Inés."

"Desde entonces el callejón estrechísimo en que aconteció tan triste tragedia tomó el nombre de "Sal si puedes".

EXPLICACION DE LA PORCION DEL PLANO DE LA CIUDAD COLONIAL CON INDICACION DE TARASQUILLO, CALLEJON DE DOLORES Y DE SAL-SI-PUEDES.

A—Iglesia y Hospital de San Hipólito (el segundo desaparecido).

1—Calle de San Juan de Dios.

B—Iglesia de San Juan de Dios.

C—Parroquia de la Santa Veracruz.

2—Punto de la Mariscala y casas de Don Manuel Tolsa con las del Callejón de la Sta. Veracruz y Puente de los Gallos.

D—Iglesia y Hospital de San Andrés (desaparecidos).

3—Calle del Factor (hoy Allende).

E—Capilla del Santo Ecce Homo (desaparecida).

4—Alameda.

5—Hospital de Terceros (hoy Palacio de Correos).

F—Colegio de Minería (hoy Escuela de Ingenieros).

6—Jardín de Tolsa (que fué propiedad de Don Manuel Tolsa).

G—Iglesia y Convento de San Diego (clausurados).

H—Capillitas del Via-Cruces que existían en la hoy Avenida Juárez.

I—Iglesia y Convento de Santa Isabel (derrribados).

7—Calle de la Alameda, después del Mirador y hoy de Angela Peralta.

8—Punto de San Francisco (hoy Av. Juárez).

9—Calle de Santa Isabel (hoy Calle del Teatro Nacional).

10—Callejón de la Condesa.

11—Calle de Betlemitas (hoy de F. Mata).

12—Calle de Vergara (hoy de Bolívar).

13—1a. Calle de San Francisco (hoy de Madero).

14—La Acordada (desaparecida).

15—Calle del Calvario (hoy Av. Juárez).

16—Hospicio de Pobres (desaparecido).

17—Callejón de Cuajomulco (hoy de Marroquí).

J—Iglesia y Convento de "indias caciques" Corpus Christi (retirado del culto).

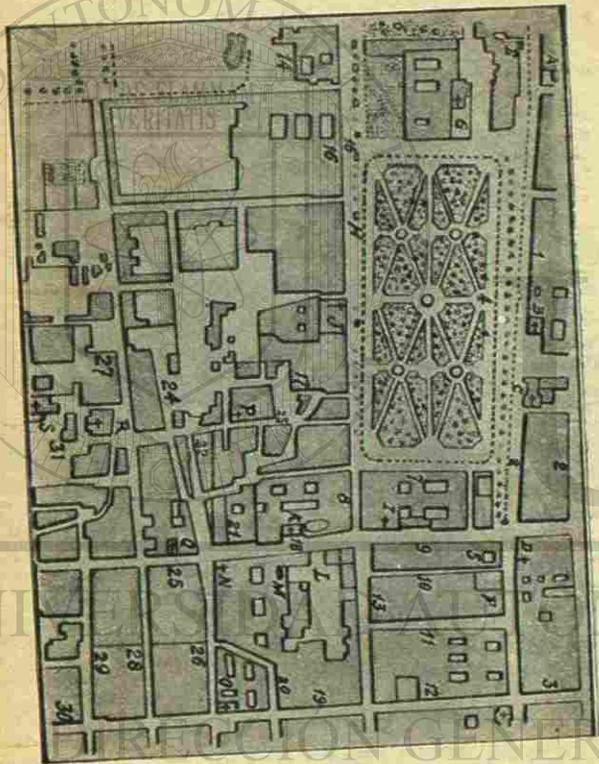


Lámina IX.—PLANO DE UNA PORCION DE LA CIUDAD CON TARASQUILLO, DOLORES Y SAL-SI PUEDES.



Lámina X.—FANDANGO EN UNA VECINDAD EN DONDE APARECE EL TIPICO AGUADOR.

- K—Iglesia y Convento de Santa Brígida (derrribados por ampliación de la calle).
- L—Monasterio de San Francisco (casi en su totalidad, derribado).
- M—Capilla del Señor de Burgos (desaparecida).
- 18—Calle de San Juan de Letrán. (Importante ampliación de la misma).
- N—Capilla de San Antonio (destinada a otros usos).
- 19—Calle del Coliseo (hoy de Bolívar).
- 20—Callejón de Dolores (desaparecido).
- O—Iglesia del Colegio de Niñas (existe al culto).
- 21—Colegio de San Juan de Letrán (ya no existe).
- P—Capilla de los Dolores (ya no existe).
- 22—Callejón de Dolores, de Salsipuedes y de las Damas (existen).
- 23—Tarasquillo (después de transformado en Jardín de Santos Degollado).
- Q—Iglesia del Divino Salvador, católica y muchos años después protestante (ya desapareció).
- 24—Plaza del Puente del Santísimo (transformado el lugar por casas).
- 25—Calle del Hospital Real (hoy de San Juan de Letrán).
- 26—Calle de Zuleta (después de Capuchinas).
- 27—Plaza del Sapo (hoy casas construidas en el lugar).
- R—Parroquia de San José (existe al culto).
- 28—Calle de Ortega (hoy de la Rep. del Uruguay).
- 29—Calle del Puente Quebrado (hoy de la Rep. del Salvador).
- 30—Calle de las Ratas (hoy de Bolívar).
- S—Iglesia y Convento de San Juan de la Penitencia (en el mismo sitio, ahora la Iglesia de Ntra. Sra. de Guadalupe).
- 31—Mercado de San Juan (después de Iturbide y ahora de San Juan).



primera no formaba esquina sino hasta que se abrió la calle de los Rebeldes; no se llegó a saber si el título primitivo obedecía a una alusión relacionada con los enfermos en sus dolores o por estar inmediata a la capilla en cuestión, pues en el interior y en lugar preferente no tenía imagen de ese nombre pero sí podía verse una Guadalupeana con dos velas de cera encendidas a los lados de una lamparita de aceite colgada de una delgada cadena sujeta del techo, es de confirmarse con ésto, que el boticario era devoto a la última de las imágenes indicadas.

En la botica se podían ver sus armazones que estaban abarrotadas con frascos de vidrio, tarros de barro y colocados debajo del mostrador, recipientes de forma cilíndrica de hojalata que contenían varias substancias medicinales para el despacho.

La susodicha botica era propiedad de Don Miguel Angel Ballesteros y Mondoñedo, cuñado del médico; hay que advertir que a pesar de llevar el mismo nombre de pila del gran pintor, escultor y poeta italiano del Siglo XVI, no hizo honor a éste, pues ni por intención manejó un pincel embarrado de color para aplicarlo al lienzo, aún sin embargo, lo imitó en lo último y

cuando las muzas lo visitaban en la botica; llegó a escribir endechas así como un sinnúmero de versos picantes y cuentos verdes, los cuales fueron motivo de carcajadas y acalorados comentarios de sus amigos que lo escucharon al leérselos el ya dicho boticario.

El referido Don Miguel Angel fué un solterón por toda su vida, pues en esas condiciones se le consideró por muchos años, salvo que haya estado algún tiempo, matrimoniado atrás de la iglesia.—Representaba unos cuarenta y tantos años de edad, aún cuando ya había cumplido y sobrepasado los cincuenta sin llevar la cuenta; se le podía ver en la botica, desde por la mañana, siempre, con su saco largo de lienzo color paja y que no se lo quitaba ni a la hora de comer; tomaba su chocolate antes de dormir la siesta, más de media hora empleaba de intranquilo reposo sin dejar que las moscas hicieran de las suyas picándole la calva con insistencia y, dormitaba pues, sentado en un amplio sillón de madera de cedro con asiento y respaldo de baqueta y que estaba colocado atrás del mostrador junto a una mesa; barrigón; de cansada vista o miope, lucía unas antiparras con arillos de oro y cristales de color azul claro, narigón, de cutis blanco, bigotes y pa-

tillas, un poco de pelo en la cerviz, único que conservaba por ser muy calvo y, su figura la del tipo raro de la época; de buen carácter, chancista con su numerosa clientela de la que obtenía regulares ventas, contábales ocurrencias oportunistas que les causaba hilaridad consiguiendo atraérselos, quienes olvidaban momentáneamente las penas que los afligía con sus enfermos que los obligaban a presentarse a ese establecimiento; naturalmente que esto lo hacía Ballesteros únicamente con los familiares de pacientes que no se encontraran de gravedad; a los otros les levantaba el ánimo decaído consolándolos y, a los criados, los trataba con seriedad dándose a respetar sin dejar de ser atento y preguntaba con interés por la salud de los amos a quienes enviaba recados con sus mejores deseos para que pronto se levantaran de la cama.

Se citaban para concurrir en las tardes, varios amigos que se retiraban en la noche, quienes reunidos platicaban de diferentes asuntos, charlas amenas que sostenía Ballesteros y Mondonedo pues no le paraba la lengua ya que tenía sal para contar chascarrillos y ser un comentarista formidable. Con ello hacía reír a sus contertulios a más y mejor, calificado por sus

amistades de buen humor, sano de cuerpo y espíritu, a nadie hacía mal ni por intención dándose a querer de todas las personas que lo trataban; la vida risueña del obeso boticario era para él, un sueño halagador como se lo contaban algunos de sus numerosos amigos, (en esos años felices probablemente no lo visitaban las aflicciones); no faltaba a la misa los domingos y días de precepto en la Catedral, la Profesa o San Francisco; alegre con su traje dominguero y en agradable compañía de uno, dos o tres de sus queridos sobrinos, hijos del médico, a quienes les obsequiaba juguetes que compraba en el Portal de Mercaderes, dándoles a su vez en la botica azúcar Cande cristalizada que guardaba en uno de los frascos de vidrio.—Por de contado el médico y cuñado de Don Miguel Angel, asistía a esos paliques a la hora de las oraciones y se retiraba al último; ahí mismo le despachaban las recetas de sus enfermos, ya que pertenecía al protomedicato y por lo tanto con numerosa clientela.

En la esquina opuesta a la casa del médico, se encontraba desde hacía muchos años, la famosa pulquería de "Los Patitos", nombre que correspondía por tener en sus dos fachadas y pintados en la pared al aceite, unos animales de

esa especie en actitud natatoria de un canal en cuyas orillas aparecían unos sauces llorones y una canoa llena de flores con un remero de calzón blanco y sombrero de palma; trabajo ejecutado por un mal pintor anónimo de brocha gorda y que tuvo la intención de interpretar el canal de las Vigas en esas condiciones; estos viejos paisajes juntamente con la pulquería desaparecieron años más tarde por la muerte de su propietario Don Pioquinto, abriéndose nuevamente con una tienda de víveres regentada por un español montañés quien la cerró a los pocos años.

Después, en el mismo local, fué abierta otra pulquería, última que existió con el nombre de "La Paloma Azul" y que estaba situada en la misma esquina de la antigua calle de los Rebeldes con el Callejón de Dolores; además, la referida finca ha sufrido reformas periódicas y hace algunos años ostentaba una fachada de dudosa imitación colonial con aplicaciones de azulejos, ésta fué derribada ampliando la calle por Dolores y se levantó un edificio moderno de varios pisos donde los bajos son ocupados actualmente por una Cristalería.

La pulquería de antaño, muy concurrida y que atendía un regordete de cachetes colora-

dos cuyo nombre ya conocemos al final del párrafo anterior; lo secundaban dos jicareros que permanecían en mangas de camisa, listados mandiles de jerga, gruesos huaraches, atentos, listos en despachar y evitar que algunos parroquianos no se marcharan sin pagar, los había tramposos e insolentes, necios borrachines que se tomaban el pulque servido en las medidas y las pagaban como los "limosneros de garrote" suscitándose pleitos acompañados de golpes y de soeces palabrotas.

Las puertas de la pulquería abiertas desde las seis de la mañana, adornadas con papel de china de colores, tiras de penoas de maguey o de tule verde; la Micaela, enchiladera de oficio, provista de una mesita de madera blanca pegada a una de las puertas, con anaife, verduras, cazuela de barro chirriando la grasa de las fritangas y enchiladas apetitosas, inclusive (en su tiempo) los gusanos de maguey tan exquisitos y codiciados para hacer "boca" y empinarse en seguida una senda medida de blanco Neutli que apuraban los asiduos parroquianos; cocheros, charros de a caballo, soldados, carretoneros, aguadores que no faltaban para intervenir en el bautizo del pulque con el agua de la fuente cercana, seberos que vendían se-

bo, mecapaleros otras gentes y hasta algunos huizacheros (1) de humilde condición.

Ahi servían en vasos de vidrio y tinas de madera, los traídos del tinacal, así como los compuestos de Apio, de Piña y de "Sangre de Conejo", color que tomaba de las tunas coloradas; los finos y ricos pulques de los Llanos de Apam, como rezaba en los letreros pintados en la esquina, era licor envasado en sucios y pestilentes cueros de cochino y transportados a lomo de burro; vayan a saber si aquellas gentes amantes de tomar pulque les darían buena bebida traída desde los ya dichos tinacales y bautizada después. También de la pulquería surtían de este blanco néctar de la Reina Xóchil, a las casas que lo pedían, despachándolo antes de la hora de comer.

La casa que ocupaba el médico era la habitación situada en los altos de la botica; con un corredor ancho dónde estaban a la vista tras una reja y al terminar la escalera, dos grandes tinajas de barro que contenían el agua del gasto y dos bancas de madera pintadas de azul; la asistencia de forma cuadrada, sus medidas eran aproximadamente de seis varas por lado;

(1) Huizacheros, se llamaban así a los licenciados de baja categoría y por el hecho de usar tinta fabricada con la corteza del huizache.

ahí estaba instalada su biblioteca llena de libros colocados medianamente en orden en unos estantes de madera pintadas al aceite, su papelería que le servía para recetar o escribir, varias sillas, inmediato a ésta y colgado, un esqueleto humano de huesos muy limpios y unidos entre sí por goznes de metal, una estera poblana de palma tejida con caprichosos dibujos de colores y un estante con frascos de vidrio.

La sala comunicada por una puerta a la anterior o sea la asistencia y de diez varas de larga aproximadamente, con tres balcones para la calle poco transitada pero tranquila, correspondía uno al zaguán de la entrada y los restantes a las dos puertas de la botica; techos altos con viguetería y tablas de cedro barnizadas; sus paredes también pintadas al aceite, todos los pisos de las habitaciones habían sido arreglados y eran de soleras cuadradas de barro y pintadas de rojo como se acostumbraba en aquella época; muebles en la asistencia como en la sala que nos ocupa, de estilo que imperaba, de madera fina forrados los primeros con tela lisa carmesí y los segundos con la misma clase de tela y color pero con dibujos; dos Tibores de Talavera de la Reina como de vara y media de altos, antiguos, con bonitos dibu-

jos realzados predominando en sus adornos, el arabesco de vivos colores y el dorado a fuego, mesa de centro de las llamadas de "tortuga" colocada en la referida sala, Clavecín en un estado de abandono que muy poco tocaba Doña Lorenza esposa del médico, desafinado instrumento por el descuido manifiesto de su poseedora como lo explicaremos en el capítulo precedente; un gran reloj colocado en la pared con su pajarito que aparecía al marcar las horas, estera igual a la que estaba en la asistencia, una imagen de bulto colocada en un altar de madera de cedro que consistía en mesa, gradas, columnas, capiteles dorados, corniza y copete, candeleros de bronce, floreros de porcelana, mantel recamado de encajes limpios y bien planchado colocado en el mismo altar, sala que también servía de oratorio; cuadros suspendidos de alcayatas clavadas en las paredes de los aposentos mencionados, de pinceles de autores no conocidos, pinturas profanas, religiosas y de retratos familiares, algunos de parientes cercanos ya fallecidos, así como candeleros con cristales y dotados de sus candeleros y que al estar encendidas las velas que producían luz, ésta se proyectaba en los espejos venecianos.

Las recámaras arregladas convenientemente, con sus camas bien puestas las que lucían ropajes de buena clase, muebles de estilo, de maderas finas y arcones de oloroso cearo de la habana, con fornituras delicadamente forjadas de hierro y calados de bonitos dibujos.

Comedor espacioso situado arriba de la cochera con dos ventanas de vidrios de colores, su vista al oriente del primer patio y dos puertas de comunicación, torno como era de rigor entonces, para dar paso a las viandas procedentes de la cocina; una mesa de madera con patas torneadas colocada en el centro del comedor referido, estantes, un cuadro que representaba el Cenáculo, otro con una imagen y varios alegóricos adecuados al lugar, todos pintados al aceite; platos, soperas, pocillos, platos, copas de cristal, vasos y floreros; esta vajilla colocada en sus respectivos muebles; fruitero en una ventana del pasillo con su mosquitero, (dentro) guardadas, frutas de la estación y unas jaleas de Tejocote y de Membrillo, (estas últimas regalo de las monjas de Santa Isabel) (1).

Para terminar medianamente la descripción

(1) La iglesia de Santa Isabel se encontraba situada en la calle de su nombre, (hoy Calle del Teatro Nacional) se dedicó el 26 de Julio de 1683.

del piso principal de la mencionada casa, nos falta agregar un pasillo como de dos varas de ancho con trastos nuevos de barro procedentes de Metepec y Cuautitlán, suspendidos por unos clavos sujetos en un lienzo de pared; cocina amplia y muy limpia con sus menesteres correspondientes.

En la parte baja: ancho zaguán, escalera construída de piedra color de rosa con aplicaciones de azulejos amarillos y azules, barandal formado de barrotes cuadrados de hierro forjado con adornos de estilo colonial y pintado al óleo de rojo oscuro hasta el cancel de arriba; fuente semicircular pegada a uno de los muros del patio, llena de agua, su fondo y paredes interiores con azulejos de la misma clase y colores de los empleados en la escalera; cochera, caballeriza en el segundo patio con tres caballos, utilizaba uno de éstos, el boticario, que lo montaba de cuando en cuando; pajar para las pasturas y otros cuartos, de los que uno ocupaba el cochero.

La fachada de la indicada casa, tan sencilla que no obedecía a ningún estilo arquitectónico, pues, como se dijo antes, la casa carecía de entresuelo tan común en las de su género, la finca expresada fué comprada por el médico

a una Achicofradia, habiendo sido intermediaria para la adquisición, su esposa; dicha adquisición fué de todo su agrado por estar la casa aludida a tres calles de distancia del Colegio de San Juan de Letrán, del cual era Profesor de algunas materias. Como la propiedad tantas veces descrita estuvo mucho tiempo desalquilada y por haberse desatendido en reparar oportunamente sus desperfectos, presentaba un estado ruinoso, pero con las obras de adaptación introducidas inmediatamente después de haber sido adquirida, quedó en buenas y aceptables condiciones para el objeto que se perseguía.

Dada la buena amistad que se profesaban ambas familias, Isabelita en unión de su prole, con frecuencia visitaba dicha casa; estas familias se correspondían mutuamente con verdaderas pruebas de cariño, procurando reciprocar-se con estas cualidades.

Nueve hijos eran de Isabelita: Laurencio, (el primero) Rodrigo, (mismo nombre que su tío) Pascual, María del Rosario, Francisco Javier, (Paco) José Damián, Eustaquio, Venancia y Beatriz; los del médico eran seis hijos: Luis Fernando, Juan Gualberto, Lorencita (chica) María Ana de Jesús, Pedro Regalado (Perico) y Joaquina,

(ésta última, años después y aludida en el epílogo de la presente obra, convertida en monja) la esposa del médico de nombre ya conocido anteriormente y el medio hermano de ésta, Miguel Ángel exhibido en este capítulo; sumaban las dos familias diez y nueve personas y con otras amistades que las había numerosas, formaban tertulias, días de campo, paseos agradables y atractivos; todas esas diversiones llenas de alegría por encontrarse en éstas, muchos jóvenes bulliciosos.

En el año de mil ochocientos treinta y dos, once años después de la Consumación de la Independencia por Don Agustín de Iturbide, o sea el veintisiete de septiembre de mil ochocientos veintiuno, cuando el país ya había pasado la dura prueba a que las más naciones del universo están sujetas por las guerras tanto internacionales como civiles, las cuales diezman a las ciudades igual en su orden económico como el principal o sea el de disminución de sus habitantes porque las propias luchas y aún intestinas dejan tristes recuerdos que sólo llevan a los hogares la desolación, tristezas y tantas penalidades para los vástagos de las familias dejadas al infortunio y el olvido; como al principio se indica, pasaron algunos años de

esa época álgida y ya medianamente tranquilo el país, nuestros protagonistas aparecen tal y como se encontraban sus estimables personas: en la casa del médico, con mucha frecuencia hacían fiestas o tertulias de carácter netamente íntimo; en una de éstas, no obstante que Isabelita concurría a casi todas ellas, la vimos muy fogosa en sus aparentes treinta primaverales años llenos de vigor y cual sería nuestra sorpresa que el dios Cupido, con sus dardos tan punzantes inflamó el corazón de Isabelita así como también inflamó el del médico y por tal motivo se repitió lo de nuestros bisabuelos, que dicho sea la verdad, es una herencia incabable desde nuestro padre Adán hasta la consumación de los siglos, ya que el amor ataca directamente a el alma por que el dios Cupido no anda con preámbulos ni audiencias sino que se posesiona directamente del corazón; huelga decir las oportunidades que se presentan y en caso negativo se inventan cuando se trate de amor; por eso no es de llamarnos la atención que nuestros antepasados, en tratándose de desempeñar el papel de enamorados, en su árdua labor se entiendieran no nomás con la palabra sino que hasta con la mirada, las manos y también los pies. Ter-

minó la tertulia. . . nuestros protagonistas al turno que les tocó al azar bajaron la escalera cogidos del brazo y con parsimonia (oportunidades que brinda a la decencia la estimación); Isabelita quizá involuntariamente, hace apoyar la mano del médico, o sea su acompañante, en su turgente pecho, produciéndose con ello que palparan los corazones de ambos por ese choque imprevisto; igual cosa, a guisa de fenómeno se repitió en otras noches precisamente al bajar la escalera cuando terminaban diversas tertulias de las que, como se dijo antes, celebraban en dicho lugar; en la casa de Isabelita, como acontecía en todas las de buen gusto y de educación preferente, también tenían noches alegres de tertulias que dejaban a los invitados gratos recuerdos, pues, para no repetir los por menores de ella, la fiesta, diremos que eran análogas a las de la casa del médico. Con los pasatiempos antes narrados, el pasado del médico y de Isabelita, quedaron simplemente como un recuerdo quizá dulce pero enteramente dormido o aletargado para quien sabe cuando volvería. ¿Qué se interpretarían al momento de latir sus corazones en forma tan desusada? . . . Dos largos años pasaron sin que se hubiera descifrado este enigma y se acercaron otros

dos más y no llegaron a entenderse; ¿por qué?... El médico con toda dignidad de caballero estuvo renuente a buscar y encontrar una oportunidad peligrosa y de consecuencias al romper el lazo que vivieron dentro de los buenos principios y ajustados a la más estricta moral; conducta inachable del referido médico y de quien al comienzo del primer capítulo conocemos en detalle la forma de proceder desde estudiante, comportándose con rectitud ya que con ojo clínico sabía medir y evitar los trastornos que acarrear los deleznales sinsabores.

Habían pasado muchos años desde la última velada del entresuelo, ya mencionado en el capítulo segundo, sin que el médico se atreviera a manifestar algo de lo que le atormentaba en su fuero interno; pues hacía más de cuatro años que, en las altas horas de la noche tenía en su mente a Isabelita y la veía, entre sueños algunas veces, representada como una voluptuosa Madona de la edad media.

Intenciones y oportunidades varias tuvo que no se atrevió a aprovechar para hablar a Isabelita sobre ese particular tan discreto y encastrado en la mente del indicado médico, pero éste flaqueó después de treinta y tres años más o menos trascurridos, ya que el aguijón cada

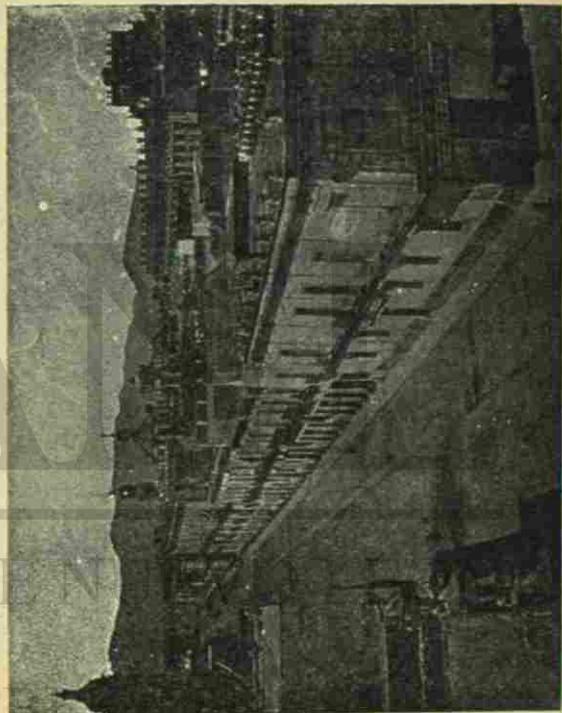
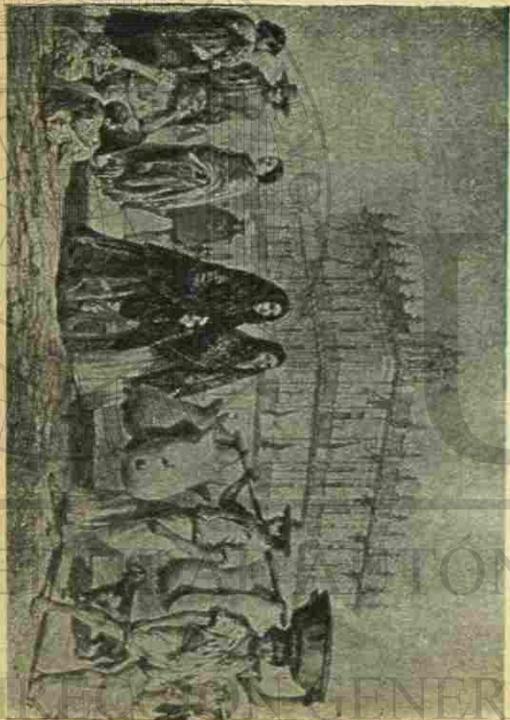


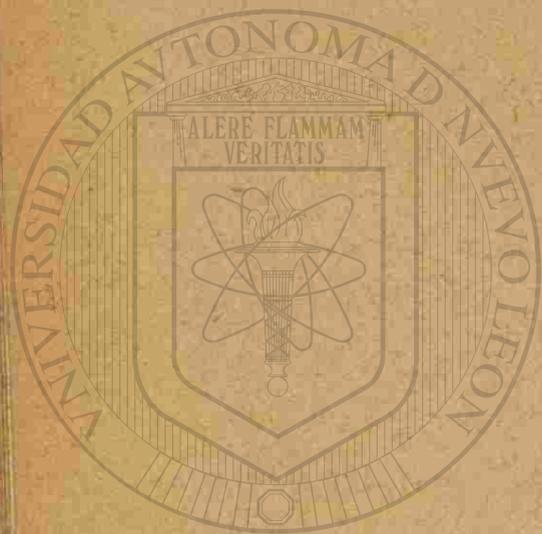
Lámina XI.—CALLE DE SANTA ISABEL Y CONVENTO DEL MISMO NOMBRE.

dia consumía su cerebro y, por fin, se desahogó al revelar a Isabelita el pasado que ya conocemos.

No sabemos cual sería la impresión que experimentó la dama aludida con respecto a la susodicha revelación, lo más probable es que se desbordaron las pasiones en ambos y refinadas principalmente en la simpática Jerezana.



Plancha XII.—DOÑA LORENZA EN COMPANÍA DE OTRA BEATA EN LA ESQUINA DEL ANGEL Y CADENA (hoy Isabel la Católica y Capuchinas).



CAPITULO SEPTIMO

LA FANATICA DOÑA LORENZA Y SUS VISITAS
A LAS IGLESIAS



A esposa del médico cuyo nombre encabezaba este capítulo contaba entre sus hijas, una del mismo nombre, se había desatendido completamente de las obligaciones del hogar y ésta se entregó en cuerpo y alma a las prácticas religiosas las que rayaban como es natural, hasta el fanatismo tan perjudicial al par que otros vicios que se toman radicalmente y con exageración.

Pues todas las mañanas iba temprano a misa (bien si lo hubiera hecho tomándose el tiempo indispensable), unas veces sola, otras con tres de sus hijas y algunos de sus hijos varones; misas que para Doña Lorenza eran de júbilo si había que escuchar sermones, amonestaciones, misas cantadas con acompañamiento de

una orquesta; ella había de salir con la suya según sus necios deseos manifestados y contrarios al buen sentir de las personas sensatas; no le importaba que su familia no recibiera las atenciones que requería aquella casa con numerosa prole; permanecía horas enteras en las iglesias entre rezos y comentarios en las sacristías en concurso animado con las beatas socias, unas de los Clavos del Señor, otras de la Cofradía fulana, de la Archicofradía zutana, etc.; el anciano Capellán de la iglesia de los Dolores estaba cansado y aburrido de tanta música prieta e impertinente, (así las llamaba el sacerdote aquel) igual les pasaba a otros Curas de las parroquias cercanas.

El médico con estos contratiempos apuntables se había vuelto de un carácter bilioso y por lo consiguiente muy violento, era un basilisco; por lo expuesto, es de suponer que en parte era culpable Doña Lorenza debido a que se presentaban anomalías en su casa, pues era despreocupada que con frecuencia se le olvidaban las llaves sin reparar en qué lugar las había depositado o perdido y cuando esto no sucedía, se las llevaba consigo a la iglesia, lugar preferido en que permanecía varias horas corridas, como se dijo en el párrafo anterior, en perjui-

cio de la vigilancia y atenciones de su hogar, pues resultaba que por la falta de las dichas llaves no se podía abrir el Reposte en donde se encontraba el chocolate para el servicio de las comidas del día; a propósito del chocolate diremos que era además de exquisito, muy rico ya que estaba elaborado con buen cacao y por las manos de las monjas de Santa Isabel, quienes ocupaban el Convento que se encontraba en aquel entonces en la calle de su nombre, siendo Doña Lorenza su benefactora. Las madres del Convento aludido, en gratitud a la esposa del médico, con mucha frecuencia le hacían presentes consistentes en confituras ya fueren chocolates, dulces inclusive frutas cubiertas, jaleas, rodeos, panecillos y otras curiosidades manufacturadas por las propias Madres, pero no obstante que los presentes ya mencionados, abundaban en cantidad como en lo rico por su elaboración, el médico no podía disfrutar de esos manjares con regularidad; pues sufría desarreglos estomacales por las horas tan cambiadas en la ministración de los alimentos; pues llegó vez que se marchara para dar sus clases en el Colegio de San Juan de Letrán sin tomar su desayuno; a la hora de la siesta también faltaba el chocolatito como era costumbre to-

marlo en aquella época a esa hora, y como estos trastornos se repetían con frecuencia resolvió tomarlo en la botica con su cuñado Don Miguel Angel quien se lo confeccionaba en una lámpara de alcohol. El médico hacía muy buenas migas con el boticario ya que su cuñado, como antes se le dió a conocer, era de buen humor y distinto por completo, bajo todos conceptos a su media hermana que se cargaba un genio muy imperativo.

Doña Lorenza no era capaz de olvidar el rosario descomunal que se ponía al cuello, de vara y terciá de largo con cuentas negras, crucifijo de ébano con una medalla agregada y de un tamaño más grande que un peso de plata de Castilla; acostumbraba llevar devocionario de forro negro para disimular la mugre, (en éste) intercalado de estampas, novenas, papeles diversos así como en la mano y colgados para que fueran más visibles, listones de varias asociaciones, de colores diferentes según éstas, verdes, rojos, azules, blancos o combinados, etc. y sus correspondientes medallas e insignias apotólicas de aquellos tiempos; atrasados si se quiere, conforme a la crítica, pero medianamente felices sus habitantes menos Doña Lorenza y principalmente a los suyos que los hacía rabiar y

por principio de cuentas al médico de su marido que lo tenía tostado.

Además de las iglesias mencionadas, la esposa del médico asistía con frecuencia a la del Convento de Religiosas de Santa Brígida (1) en la calle de San Juan de Letrán, (ahora iglesia derruida con motivo de la ampliación, en su latitud, de la referida calle) cuya iglesia estaba casi al frente de la Capilla del Señor de Burgos (2) ha muchos años desaparecida en la época de la Reforma), también visitada por Doña Lorenza; la del Divino Salvador en la esquina de los Rebeldes y Hospital Real; a la Capilla de San Antonio (que aún existe para usos distintos al culto) a la contra-esquina de la anterior y con la calle de Zuleta donde existía una fuente; la del Convento de Religiosos de San Diego (3) a espaldas del "Jardín de Tolsa" de la propiedad de Don Manuel del mismo apellido; la iglesia y Hospital de San Hipólito situados en la calle de su nombre; ésta y las dos que se mencionan, en la calle de San Juan de Dios, iglesia de San Juan de Dios y Parroquia de la

(1) La iglesia de Santa Brígida se fundó en 1743.

(2) La Capilla del Señor de Burgos fué su renovación y estreno el 16 de Febrero de 1780.

(3) La iglesia de San Diego se dedicó en Septiembre de 1621.

Santa Veracruz. (1) Estos templos se encuentran a la fecha al servicio católico y la nombrada en último término, era frecuentada por la familia del Escultor y Arquitecto Tolsa, ya que su domicilio sólo distaba algunas varas; pues la morada estaba marcada en aquellas fechas con el número cuatro, (con vista al sur), del Puente de la Mariscala, hoy número veintiuno de la Avenida Hidalgo, casa en la que falleció Don Manuel Tolsa, que lo fué: a las doce de la noche del martes veinticuatro de diciembre de mil, ochocientos diez y seis.

Con excepción de la casa del Mariscal de Castilla, toda la cuadra era propiedad del mencionado Don Manuel Tolsa, (según Protocolo del Archivo de Notarías de México) así como las casas ubicadas en la cuadra que, tocante a la manzana de las primeras propiedades aludidas, eran también del mismo Señor Tolsa y estas correspondían al Callejón de la Santa Veracruz; entre otras propiedades, para no cansar al lector, se indican tres casas más, en la misma man-

(1) En la iglesia de la Santa Veracruz se fundó la Archicofradía de la Cruz por el Conquistador Don Hernán Cortés.—En el siglo XVIII dicha iglesia se reedificó y se dedicó el 14 de Octubre de 1730. Datos recogidos de la obra "Noticias de México" por Don F. Sedano.

zana pero estas tenían su entrada por el Puente de los Gallos, ahora primera de la Santa Veracruz y el callejón expresado, actualmente se denomina calle del Dos de Abril.

De las siete propiedades ubicadas en el Puente de la Mariscala, cinco estaban alquiladas a diversos particulares, quienes las destinaban para habitación y, las restantes, el mismo propietario, Don Manuel, las ocupaba para el cinco un "Baño de las Animas", también llamada "Casa del Caracol" y la última o sea el cuatro, para su morada y, como ésta era bastante amplia, fundó aprovechando la mayor parte de ella, un Asilo para huérfanos, todo naturalmente a expensas del filántropo Don Manuel Tolsa (las constancias relacionadas con el asilo mencionado, existen en un legajo empastado, titulado: "Instrucción Pública y Justicia", en el Archivo General de la Nación de México).

A la susodicha iglesia de la Santa Veracruz también asistía Doña Lorenza Ballesteros y Lanzagorta, esposa del médico, y no es de extrañar que haya tratado muy de cerca a la familia de Tolsa, quienes como se dijo antes, también concurrían a la mencionada iglesia, pues la hija de la Duquesa de Osuna o sea Doña María Luisa Sáenz Téllez Girón de Tolsa, era feli-

gresa y socia de la Archicofradía de la ya repetida iglesia parroquial de la Santa Veracruz.

Del lugar antes indicado, siguiendo su carrera rumbo a Tacuba (antes Tlacopan), se encontraban los arcos del acueducto llamado de la Tlaxpana y que terminaban en una fuente al final del Puente de la Mariscala y cerca de los Hospitales de San Andrés (1) y de Terceros; el primero desaparecido y en su lugar ostenta un jardín de pequeñas dimensiones y el Palacio de Comunicaciones y de Obras Públicas, inaugurado a principios del año de mil, noventa y once, edificio que dá frente al del Colegio de Minería, (hoy llamado Escuela de Ingenieros) terminado en mil ochocientos trece y cuya ejecución fué encomendada al ya mencionado insigne Escultor y Arquitecto Don Manuel Tolsa, (Valenciano); el segundo, igualmente derruido; ocupado su terreno, por el magnífico Palacio de Correos, bello edificio que tiene a su costado oriente, callejón de por medio, llamado, primera calle de la Condesa y con frente al costado del Palacio de Minería del que se ha hablado anteriormente.

(1) Hospital de San Andrés. Se empezó a recibir enfermos el 15 de Febrero de 1773, su fundación data de 1726 para noviciado de jesuitas.

Nos faltaba mencionar otras iglesias a las que acudía Doña Lorenza y que por la importancia de éstas merece referirlas: a San José (2) donde era feligresa, socia, celadora de una agrupación y Presidenta de otra; parroquia frente al mercado de San Juan y también, este último con vista a la iglesia y Convento de Religiosas de San Juan de la Penitencia, (3) muchos años después derribada para sustituirla por una lujosa de buena construcción moderna de estilo francés; sin confirmar si fué costeadada por el talentoso industrial Don Ernesto Pugibet ya fallecido, persona que figuró varios años como Presidente de la Fábrica de Cigarros de "El Buen Tono", S. A., factoría que existe inmediata al indicado mercado. La iglesia que nos ocupa está abierta para el culto a Nuestra Señora de Guadalupe.

El mercado de aquella época lo formaban unos jacales de madera y zacate con algunos puestos miserables diseminados, con sus sombras de petates, mantas o telas embreadas; hasta ese lugar llegaba antaño, un canal cerca de

(2) La Parroquia de San José fué fundada el 8 de marzo de 1772.

(3) San Juan de la Penitencia fué fundada en 1593 y su iglesia primitiva se dedicó el 30 de enero de 1650.

la calle que después se llamó de Chiquihuiteras, (hoy calle del Buen Tono), por ahí entraban las canoas con víveres, flores, verduras, gallinas y otros menesteres domésticos de consumo diario para la barriada; mercado que nunca pudo preponderar con el de la Merced, situado en otro rumbo de la ciudad y llamado así por estar desde entonces inmediato al Convento de ese nombre aún cuando este último desapareció pero, se conserva el magnífico patio con sus artísticos corredores de columnas y arcos dentados con adornos hechos a cincel, el estilo que predomina es el corintio.

Volvamos nuestros pasos por otras iglesias. Acostumbraba Doña Lorenza ir a rezar el Vía-Crucis con su rosario descomunal ya conocido y recorría cada una y todas las estaciones (capillitas ya desaparecidas) en la carrera de Corpus Christi (1) (hoy Avenida Juárez); empezaba sus rezos en la iglesia de ese nombre, que existe retirada del culto, hasta la capilla del Calvario, derribada años después de la presente narración y que se encontraba situada a unas cien varas de la esquina poniente-sur de la Ala-

(1) El Convento de "indias caciques", Corpus Christi, se abrió el 15 de julio de 1724. Datos tomados de la obra de M. Arroniz.

meda, dando casi al frente con el edificio del Hospicio de Pobres y adelante de éste, el de la antigua Acordada, los cuales desaparecieron con las reformas introducidas años más tarde y que se ejecutaron a las casas de esa calle así como las últimas que imperan en la actualidad con elevados edificios modernos de varios pisos, siendo de admirar la comodidad en sus interiores, menos el estilo arquitectónico si así puede llamarse de lo insípido en sus exteriores.

Llegó a reunirse en la casa del médico tal número de socias de esas agrupaciones religiosas regenteadas por Doña Lorenza, que sobrepasaban a los enfermos pobres que acudían en demanda de los auxilios prestados por el médico y como es de suponer, empezó a escasear la clientela y por ende la prosperidad del negocio, dando por resultado que el referido médico se aburrió con tanto movimiento de Señoras negras, (digo Señoras de vestidos negros) optó por hacerle compañía al barrigón de su cuñado con quien pasaba el resto de las mañanas en ayudarle a despachar las cataplasmas, ungüentos, yerbas, píldoras, cucharadas y demás recetas que se presentaban para su abastecimiento; las ventas comenzaron a bajar según cálculos hechos por el boticario quien se

compugna porque ya se sentía cansado, tanto por su obesidad como por los calendarios que llevaba encima; el negocio se ponía color castaño oscuro y se presentaba el ambiente en condiciones de cerrar el establecimiento, ya que, para remate de sus cuentas el médico recetaba poco o casi nada; estaba, según se le observó, desmoralizado o fastidiado.

Una mañana Don Miguel al abrir la botica como de costumbre, fijó la vista hacia la acera de enfrente y observó con atención que en la fachada habían fijado arriba de la puerta, un letrero con marco de madera pintado al aceite y que correspondía a la accesoría que estaba por alquilarse, el rótulo decía: "Barbería del Rizo de Oro" y abajo de éste, otro de hojalata pintado por los dos lados: "Música para Bailes"; ahí se había plantado en esa accesoría, un Flebotomiano con su barbería en donde se podían ver en su interior, dos sillones de madera con forro de hule y barnizados, al frente de cada uno de éstos, un espejo con marco dorado descansando en una repisa pintada y sobre la cubierta: navajas, tijeras para cortar el pelo, peines, bacía, brochas, perfumes, pomadas de limón y toronjil, frasco conteniendo alcohol, pelucas, una buena guitarra suspendida

de la pared, algunas sillas, Mollejón a la entrada, sanguijuelas que nadaban en una vasija de barro expuesta a los rayos solares; no le faltaba como complemento al Flebotomiano de marras, el inseparable gallo de pelea de fino plumaje con sus recortados espolones, animal que tenía amarrado a la puerta de la calle; cuidado de que no le faltara su correspondiente dotación de maíz y agua servida en un limpio trasto de barro; ¡pues si tal cosa no estaba en orden, el muchacho aprendiz ya podía componérselas con un jalón de orejas por esa omisión! Líquido que era aprovechado también por los perros callejeros que la tomaban para apagar la sed, animales para quienes no había compasión por parte de los Serenos porque los apaleaban por las noches y se encargaban de sacrificarlos sin considerar que eran, como ahora y siempre los amigos fieles del hombre.

Apuntamos aquí un detalle curioso escrito en una obra cuyo nombre y autor no se recuerda; se trata de que las "Tapadas de Gallos", eran la predilección de su Excelencia, primero y después con el título agregado de "Alteza Serenísima" o sea el General de División Don Antonio López de Santa-Anna; pues llegó vez que suspendiera su acuerdo habitual con las Minis-

tros de Estado, que para el efecto se reunían en el Palacio Nacional, para atender a su compadre el "Gallero" que le llevaba a enseñar y para tomarle parecer, un giro quien, para que no se escapara, lo amarró a la pata del sillón presidencial.

El médico, decepcionado, vendió su casa y se cambió a Coyoacán. Adquirió, en alquiler otra cerca a la que fué propiedad del Conquistador y Capitán General Don Hernando Cortés. No dejaron de ir, pero en menor escala, a buscar a Doña Lorenza, la caterva de beatas que parecían mariposas negras quienes, por cariño o por adulación, le llamaban a ésta, la "Dama Católica", se ignoró a ciencia cierta de que dependía este antepuesto nombre; ¿sería para referirse por las prácticas religiosas a la Reina de España Doña Isabel la Católica, o a Doña Juana de Asbaje, la "Musa Mexicana"?; más tarde a ésta última al profesar de diez y siete años, tres meses y doce días, cambió el nombre por el de Sor Juana Inés de la Cruz del Convento de Religiosas de San Jerónimo de la Ciudad de México. Esta inteligente y culta poetisa nació en Nepantla, Estado de México a los once de la noche del doce de noviembre de mil, seis-

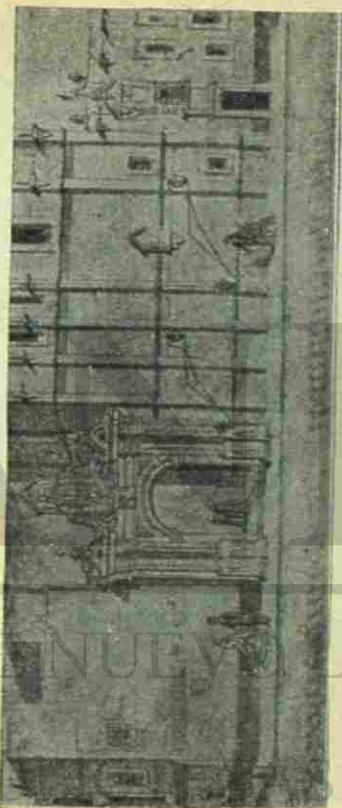


Lámina XIII.—DESAPARECIDA CAPILLA DEL SEÑOR DE BURGOS, EN LA CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN.

Lámina XIV.—Frente de la Tlaxpána que existió en el sitio
conocido por ese nombre

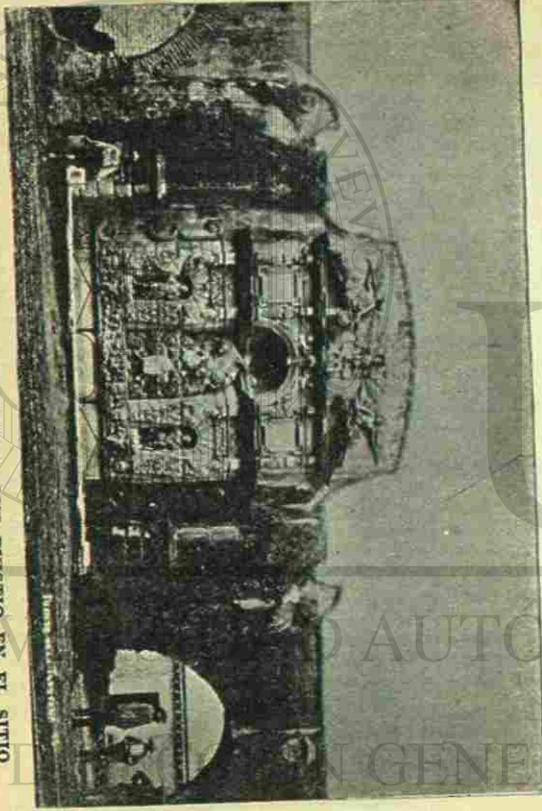
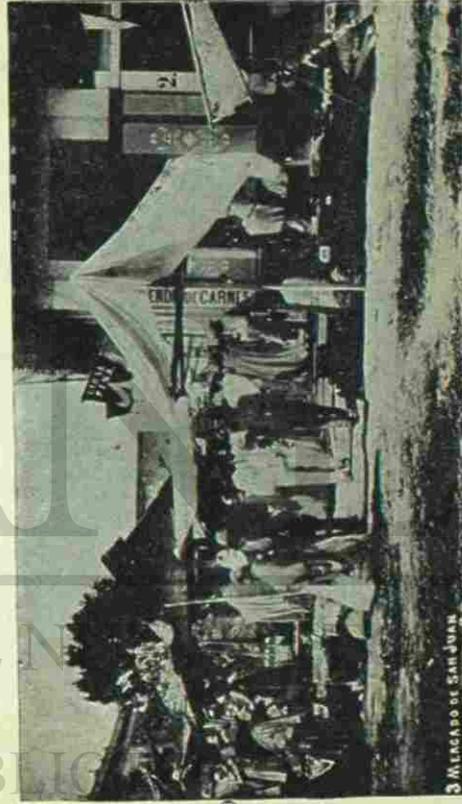
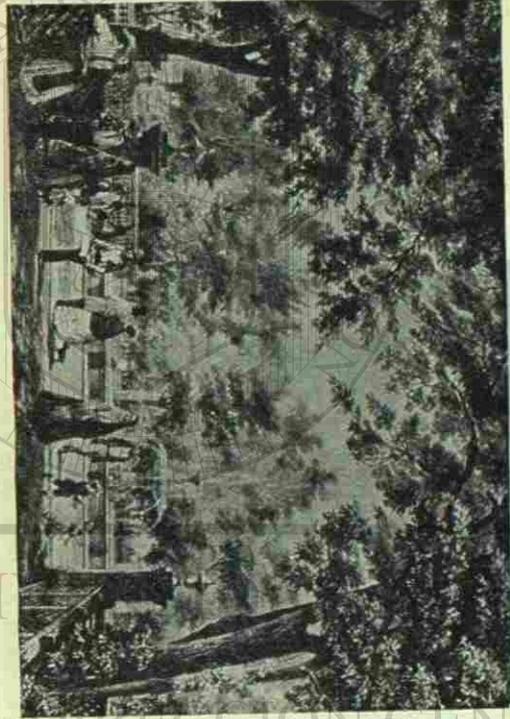


Lámina XV.—Colegio de Minería construido en 1813 por
el arq. y esc. Tolsa.

Lámina XVI.—ALAMEDA DE MEXICO, (de una estampa antigua).



3 MALACAO DE SAN JUAN
Iturbide

Lámina XVII.—MERCADO DE SAN JUAN Y QUE TAMBIEN SE LLAMO DE ITURBIDE.



Lámina XVIII.—EL MEDICO FERNANDO
CON SU ESPOSA DOÑA LORENZA.

cientos cincuenta y uno (1) y murió el diez y siete de abril de mil, seiscientos noventa y cinco a las cuatro de la mañana. Estas eran las verdaderas, distinguidas y respetables católicas. Solamente Doña Lorenza, por su manifiesta ignorancia, se arraigó tanto al catolicismo que llegó a sobrepasarlo convirtiéndose en fanática exaltada y furibunda.

Ella se volvió de mal genio y sobre todo imperativa; quería mandar al primero que se le presentara enfrente y discutía acaloradamente con él, sobre el Santo fulano, de su historia, milagros y otras cosas insustanciales, de la religión, de las misas y templos, imponiéndose a que sus cansadas interlocutoras se convirtieran en socias de tal o cual agrupación religiosa.

Eran tan extravagantes e impertinentes las ocurrencias de Doña Lorenza qué; como ya se dijo en párrafos anteriores, no le importaba nada que el médico, su marido, hiciera las pocas visitas que le quedaban, en el coche que tenía destinado exclusivamente para dichas visitas; pues ella lo ocupaba en cualquier día y a la hora que más se le venía a la mente para visitar, no a enfermos, sino las parroquias que ya,

(1) Datos recogidos de la obra: "México a Través de los Siglos."

como tenemos dicho, estaban cerca de su domicilio y a las que nos referimos son las que se encontraban muy distantes a su casa; el coche desaparecía con nuestra dama sin saber el médico a que hora podía estar disponible su carruaje; pues las más ocasiones duraba toda la mañana y resto de la tarde, ausente la muy estimable esposa quien, como es natural, servida de el vehículo aludido.

Mientras tanto, el médico se veía en la necesidad de alquilar uno de "Providencia" para acudir a sus contadas visitas. Con ese motivo y por lo que se dijo al tratar el cambio de casa, tuvo que efectuar mayores gastos innecesarios porque se proporcionaba la comodidad de hacer sus visitas en coche propio, le reportaba un gasto extra el pagar su traslado al domicilio de los pacientes cuando su consorte les iba a saludar a sus celestiales abogados consultores, con sombrero casi ajeno. Aquí cabe decir que ni para Dios ni para el Diablo.

El pobre médico ya no encontraba la puerta; pues Doña Lorenza no le ayudaba en nada para hacerle más llevadera la azarosa vida, que en esas épocas embriagaba su espíritu. El, no obstante, procuraba distraerse ya no tan sólo en las noches jugando en la botica con su cu-

ñado Don Miguel Angel los diversos juegos de estrado tan favoritos para ellos, que decidió divertirse con las cacerías que efectuaba todos los domingos y días considerados como festivos; pues, como era católico, oía su reglamentada misa a hora matutina y terminado este acto, como el de su desayuno, emprendía la marcha acompañado de su inseparable perdiguero y, de cuando en cuando, con alguno de sus hijos que solían acompañarlo. Los lugares que visitaba, eran las lagunas y sembradíos, ya que de las primeras recogía bastantes patos y en los últimos, regular botín, consistente en liebres, conejos, tórtolas y otros animales. Era muy buen tirador y se especializó en el tiro de Escopeta; pues no se le escapaba la presa con vida y su perro no había viaje que regresara azorado de haber encontrado algo después de oír la repercusión del tiro.

Los paseos campestres del médico no fueron suficientes para mitigar su aburrimiento y desesperación por todo lo que le pasaba, sino que empezó a frecuentar los cafés, entre ellos "La Lechuza", ya conocido de nuestros lectores por haberse detallado al principio de la presente obra; el de "Manrique" situado en la calle de este nombre (hoy calle de la Rep. de Chi-

le) y el del "Infiernillo" en la calle del Coliseo Viejo (hoy calle del 16 de Septiembre).

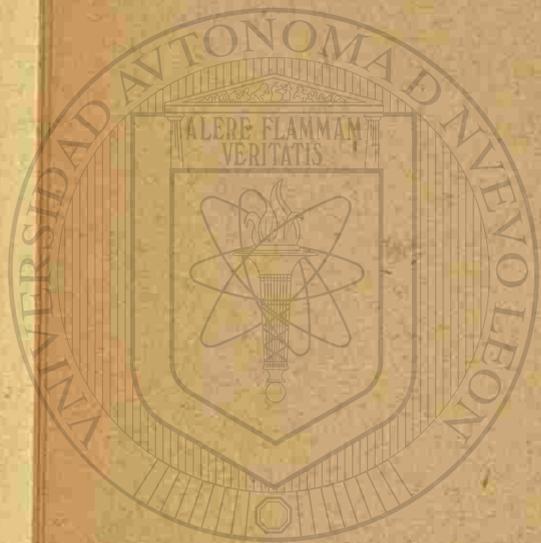
Había otros cafés que eran numerosos, pero a éstos no concurría el médico, ya que en los primeros, tomaba con especialidad sus "Fosforitos" a sorbos pausados y alternados con fumadas del purito. Esos fosforitos llevaban su nombre porque sus ingredientes eran: café negro que servía el mozo a discreción, una o dos copitas de magnífico aguardiente "Catalán Fon" y sus correspondientes trocitos de azúcar (dós o tres) en caso que así lo deseara el parroquiano.

Cierto que con estos ratos de esparcimiento, olvidaba un tanto sus congojas, pero las copitas forzosamente hacían su efecto en el cerebro abrumado del médico y salía de los establecimientos visitados dando traspies o cargado en peso por algunos de sus amigos quienes lo acompañaban hasta dejarlo, unas veces en el ómnibus que lo conduciría a su casa de Coyoacán y las más de ellas a su propio domicilio.

Cuando el médico hacía el viaje de retorno a su casa en las condiciones antes señaladas, en el trayecto, si no estaba muy pasado de aguardiente, se ponía a fumar sus puritos del Estanco o los que le habían obsequiado sus

amistades, de buen tabaco habanero y que también, según él, hacían disipar sus penas; pero si el viaje tenía que efectuarlo acompañado de sus amigos, por el estado inconveniente ya expresado, entonces era viaje de velorio, ya que no se iba a dejar al médico a su domicilio sino a un cadáver porque no se contaba para nada con él.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

EL ORIGEN DE LOS BRIBOS DEL MILITAR PACO

ENTRE los hijos de Isabelita que medianamente conocemos, sobresalía por sus diabluras, el ahijado del General Santa-Anna y de su primera esposa Doña Inés García de Santa-Anna quienes lo llevaron a bautizar poniéndole por nombre Francisco Javier (Paquito o Paco desde el Colegio) y que nació el tres de diciembre de 18...; cuando niño, se distinguió tanto por el sinnúmero de travesuras de su ingenio e inventiva como por sus ímpetus de valiente a pesar de su edad; en el Colegio continuamente disputaba con sus compañeros, ya fueran chicos o grandes, a quienes siempre tenía a raya y por el temor que infundió, le pusie-

ron (Paco el Gallo) para no confundirlo con otros alumnos del mismo nombre. Era sagáz y atrevido no obstante sus pocos años.

En una mañana de asistencia al Colegio, y sin que se diera cuenta el Maestro, Paco escondió debajo del piso del salón de clases, las palmetas que servían para castigar a los educandos; nueve días permanecieron en ese sótano y en la superficie del agua con beneplácito de los inquietos muchachos que hacían rabiar, cuando menos dos veces por semana, al anciano mentor.

Le escondía a sus compañeros los silabarios y los catecismos, pues llegaba al colmo con sus travesuras. Una tarde de esas de primavera, al salir Paco del Colegio, amarró una cuerda a la rueda trasera del carruaje parado ahí mismo y sujetó la otra extremidad de la misma cuerda a la pata de una mesita de madera, llena de dulces y golosinas, perteneciente a la vendedora estacionada a la puerta del referido plantel; escusado es decir que al empezar a rodar el coche aquel, sacó a la mesita de su sitio, la que, dando volteretas, tiró al suelo su contenido, quebrándose los platitos de porcelana que estaban servidos con arroz de leche, así como otros manjares, mercancía que en la confusión se aprovecharon varios escolares y además de la al-

garabía que se formó por el estruendo, los perros cooperaron con sus ladridos y fueron también participantes del botín. Excuso decir que la anciana dulcera se echó a llorar por la pérdida de su negocio del cual vivía humildemente.

En seguida se supo que Paquito, había sido el autor de esa hazaña, por lo que el Maestro le impuso un fuerte castigo sin perjuicio de avisar a sus familiares de la avería hecha a la dulcera por el inquieto mozalbete, quien esa incapaz e insufrible. La mamá de este diablito que tan niño prometía bastante para el provenir, se abochornó por las frecuentes travesuras infernales de su vástago a quien, con todo el cariño de su alma le dió una soberana paliza para ver si con ella se corregía, pues no le preocupó tanto lo que tuvo que pagar por daños materiales causados por su hijo, como lo inquieto que era éste.

Antes que cumpliera Paco ocho años de edad, ya empezaba a manifestar una vocación entusiasta por la carrera de las armas a tal grado que todas las tardes, a la salida de sus clases, se hacía llevar al Cuartel de Palacio, parándose enfrente a observar atentamente los movimientos militares, cuyo resultado fué, que los toques

de ordenanza los conociera muy pronto a pesar de su corta edad.

Llegó vez repetida que Paco burlando la guardia apostada en los garitones, se pasara al interior, con el objeto deliberado de estar más inmediato de las maniobras y ejercicios de éstos. No dejaba de vestirse de pequeño militar en Corpus y había de montar, no el caballo figurado de carrizo sino el suyo de carne y hueso, destinado para él, y que le había regalado su abuelito; el caballo de cartón o de carrizo que comprados para Paco en el Portal de Mercaderes, no eran de su ilusión ni cuando era más pequeño.

Bastante le agradaba montar a caballo desde chico y lo hacía acompañándose, unas veces del Caballerizo Sulpicio o del cochero Petronilo; los dos, al servicio de la casa del abuelo, el Duque de Medina y Troncoso, quien poseía en sus haciendas, como en la Capital, buenos y finos ejemplares de raza caballar, de los que era afecto y sabía montarlos a la perfección.

Una mañana, como aquello de las seis y media, salió de su casa acompañado de su hermano Rodrigo y del Caballerizo Sulpicio, bien montados en sus respectivas cabalgaduras, seguidos por su escogida jauría de perros finos,

muy indispensables para estos casos, con rumbo a Santa Anita.

La población referida, bien pequeña, se encuentra a extramuros de la ciudad, como a legua y fracción del corazón de la Capital.

A ese lugar otras veces había asistido, ya que era afecto al ajetreo, porque le llamaba mucho la atención su movimiento; pues era, como ahora, lugar atractivo tanto por lo alegre del propio lugar como por su vegetación en general y particularmente por las diversas clases de flores.

Se daban cita, informal, todas las personas a quienes les gustaba el bullicio de la risueña como entusiasta "Santa Anita" o "Paseo de las Vigas", paraje donde tenía verificativo la gran fiesta anual del Viernes de Dolores porque esa fecha no pasaba desapercibida de los habitantes de la metrópoli.

Había canoas adornadas con todo los estilos que sus diversos propietarios se les ocurría imponer para sobrepasar, ya sea en capricho o gusto, a sus desinteresados competidores. Estas canoas estaban bautizadas con nombres de Santos y entre ellas se veía, ostentando caracteres interesantes, los nombres de sus dueños; unos

y otros, siempre a los costados de dichas embarcaciones. (1)

El público, o sea los visitantes, era atraído por la limpieza y adorno de los barcos en ciernes, para dar un paseo en el canal a que nos referimos. Canoas de las cuales nos hemos ocupado y que se encontraban muy llamativas por sus colores, siendo estos, además de ser pintadas de aceite, en rojo, verde, blanco, negro y hasta dorado.

En esos días se aumentaba la gala del lugar, como en otros de lucimiento, con artísticos adornos florales, los cuales se ponían en lugares preferentes de la pequeña población, imperando aquellos en los comercios provisionales como en los lados del propio desembarcadero.

Los remeros, jóvenes arrogantes y de envidiable fuerza, atraviados con camisa y calzón de manita, muy anchos éstos últimos; el algodón limpio, en general, todas sus prendas de vestir muy relujadas; pues se trataba nada menos de días de fiesta especial, en los cuales todos querían presumir y sobrepasar a todos los demás que tomaban parte en ello.

(1) En el presente año de 1946, ya no existe el Canal de la Viga, típico y tradicional Paseo, ahora en su antiguo cauce lo ocupa un colector y sobre éste, una Calzada en realización.

Con todo este atavío de fiestas profanas, el expectador quedaba encantado con el bello paisaje formado por el conjunto.

Accidentalmente transitaba por ese paraje de esparcimiento, Paco, quien por su diario ejercicio de equitación, manejaba a su antojo uno de sus caballos favoritos que lo hacía pasar soberbias fatigas; ya al galope o brincando zanjas y varios obstáculos que no eran adecuados para la corta edad de nuestro aludido Paco, quien salía siempre avante en su atrevimiento ya que jamás tuvo percance alguno. Esa mañana fué adversa para nuestro héroe porque se le espantó el animal con unas ramas que, estando abandonadas en el camino y cerca de la orilla del canal, se le enredaron en las patas, dando por resultado que con el movimiento brusco del caballo, jinete y cuadrúpedo cayeran en el canal inmediato al lugar del accidente, por lo que, muy a su pesar, Paco tuvo que darse un baño desagradable en las aguas cenegosas.

En esto vía fluvial, reflejo del comercio de la Capital, se veía el trajín de canoas; unas copadas de frescas verduras de diversas clases y otras llenas de flores multicolores de aromas delicados. Se admiraban las blancas azucenas y rojas amapalas los que, cultivadas por los indios,

se reproducen en las tierra bañadas por las aguas de los pequeños canales que son alimentados con el líquido del gran Canal de las Vigas.

Las "Chinampas", ubicadas a inmediaciones del largo Canal de Santa Anita, que pasa por Ixtacalco para llegar a la "Venecia Mexicana" o sea Xochimilco, ahí es en donde, con esmerado afán, se cultivan las verduras y plantas florales antes descritas.

A propósito de Xochimilco, diremos que es el lugar en dónde nace el agua cristalina y sin impurezas, la que a la fecha constituye el líquido máspreciado de los habitantes de la Capital.

Las canoas mencionadas siempre llegaban al "Embarcadero" que se encontraba ubicado, en aquel entonces, en el sitio hoy conocido por calles de Roldán y Puente de la Leña; siendo de advertir que, a la fecha aún existe el nombre dado a las calles de "Roldán". En ese lugar se recibían todos los vegetales destinados al consumo cotidiano de los moradores de la antigua Tenochtitlán.

Otras embarcaciones de mayor capacidad y conocidas en años pasados por "Trajineras" efectuaban largos viajes a fin de sostener un intenso comercio; unas cargadas con leña, pasturas, cereales de las haciendas inmediatas a

Chalco y exquisitas frutas procedentes de tierra caliente, otras con alcohol, azúcar, piloncillo y mieles de los ingenios de Cuernavaca, éstos últimos artículos, consignados a los almacenes establecidos en la Calle de los Meleros (1) tomando dicha calle este nombre porque ahí se realizaban las malezas.

El regreso de estas embarcaciones se aprovechaba para dotar a aquellos pueblos con mantas y otros efectos de diversas clases, necesarios para sus habitantes.

Escuso decir que a la orilla del canal ya mencionado, existían casas de fonda en las que se servían el apetitoso "Mole de Guajolote" estilo poblano; enchiladas, frijoles refritos con buena manteca de puerco, adornados éstos, con tiernas hojas de luchuga y picados rabanitos y, otros diversos platillos especiales que también eran solicitados. Las tortillas de maíz blanco y de color para satisfacción del parroquiano, las que se consumen después de salidas del comal. Estas comidas, por sus ingredientes picosos, que eran de difícil digestión, iban acompañadas con pul-

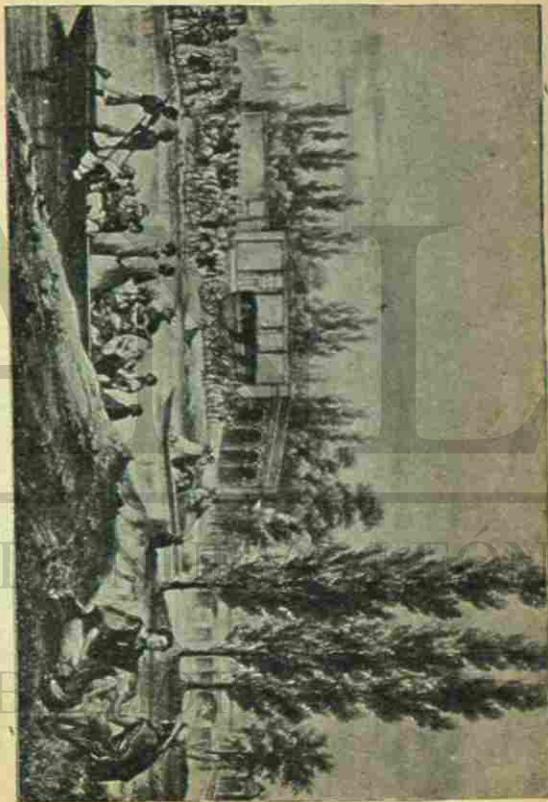
(1) La antigua calle de los Meleros se le designó después y sucesivamente por la de la Acequia, Zaragoza, nuevamente de la Acequia y, últimamente lleva el nombre de la Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez.

que natural, unas veces, y otras con los curados de apio, guayaba, tuna colorada, piña y otros.

Hemos dejado un momento a Paco para exponer a grandes rasgos el interesante y pintoresco Santa Anita que, con lo preinserto, ya mis distinguidos lectores se darán cuenta del tradicional punto.

Ahora pongamos nuestra atención sobre el imberbe Paco quién, como pudo y con ayuda de su hermano Rodrigo y de Sulpicio, salió del turbio canal con las ropas pegadas al cuerpo, llenas de lodo negro y cubiertas de "Chichicastle", planta acuática en forma de lentejuela de color verde y que se propaga en abundancia en la superficie de las aguas casi estancadas, formando este vegetal parte de la alimentación de los patos y otros animales. El inesperado accidente que sufrió, a riesgo de ahogarse, le valió el que sus familiares le dieran una reprimenda de la cual participó su referido hermano Rodrigo y el Caballerizo Sulpicio, este último por su involuntario descuido; pues la indumentaria enlodada hizo que Isabelita se disgustara al extremo de ejecutar a su hijo Paco, quien a pesar de lo ocurrido, como si su constitución y carácter fueran de hierro, no dijo nada por la reprimenda.

Lamina XIX.—EL PASEO DE LAS VIGAS Y EL PUENTE DE JAMAICA



menda recibida ni le pasó mayor contratiempo en enfermarse con el baño obligado.

No por lo chusco de ese percañe dejó de caballear, pues sucedió lo contrario: tomó más bríos; siempre adelante. Aprovechó sus vacaciones las que pasó toda la temporada de éstas, en una de las haciendas del Señor su abuelo a dónde fué para gozarlas entre jaripeos y carreras de caballos que era su predilección.

Al poco tiempo de haber terminado sus estudios elementales, consiguió darse de alta en el Cuerpo de Granaderos de a Caballo, con el carácter de Ayudante del Coronel en Jefe, quién, conociendo con anterioridad al bien recomendado ahijado del General Santa-Anna, le tomó afecto y desde luego le confirió un grado en el ejército. Paco conquistó las confianzas de su Coronel y se abrió paso franco, pues se le brindaron toda clase de facilidades las que le sirvieron de estímulo en su rápida carrera.

Al pasar Paco a otro Cuerpo, aumentó el trato con su amigo y compañero de armas incorporado en aquella Batería; se trataba de uno de los hijos del médico Don Fernando, Pedro Regalado, (Perico) ya conocido de los amables lectores.

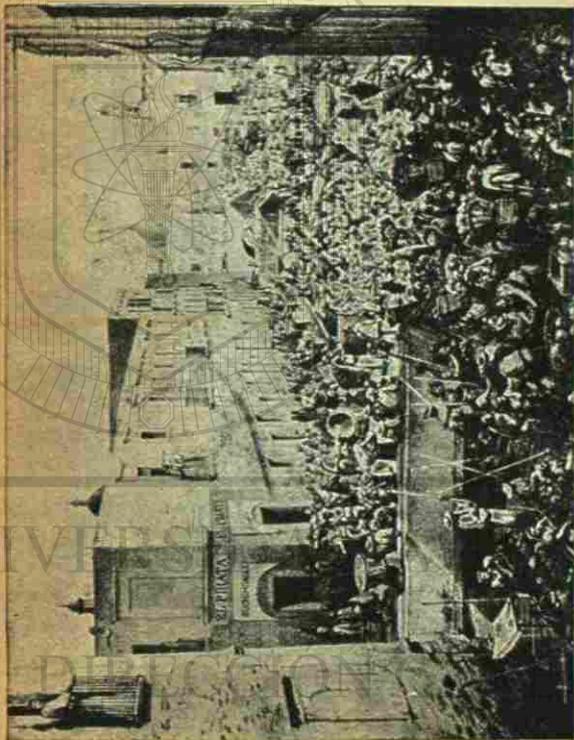
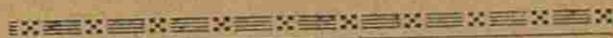


Lámina XX.—CALLE DE ROLDAN Y ANTIGUO CAUCE DEL CANAL YA DESAPARECIDO

Con el repetido contacto que tuvieron los dos militares aludidos, aumentó el aprecio entre ambos, pues eran inseparables y había la circunstancia de que muy a menudo les tocaba hacer sus guardias juntos, tanto en el Cuartel como en las diversas comisiones del servicio que les fueron encomendadas en algunas poblaciones o Capitales de los Estados del interior y hasta en campaña, estas últimas con relativa frecuencia en atención a que con mayor y menor importancia, se registraban sublevaciones encabezadas por militares descontentos y faltos de pundonor.



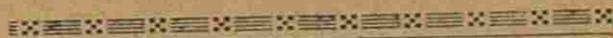
CAPITULO SEGUNDO

CAMPAÑA EN LA VILLA DEL CARBON COMANDADA POR PACO

POR el año de mil ochocientos treinta y cuatro, la mayoría de los habitantes del país, vivían en zozobra con pronunciamientos, golpes de Estado y asaltos a las Diligencias, en los solitarios caminos, por las bandas de forajidos, predominando los estacionados en Río Frío; famosos facinerosos que con sus jefes a la cabeza, salían de sus madrigueras, "Agua del Venerable" y el Rancho de los "Pinares" agazapándose a la orilla del camino a Puebla para cometer fechorías.

Robaban a mano armada y fuera de estos actos reprobables, vivían aparentemente como humildes y honrados comerciantes, pues se exhibían (tomando sus precauciones) en algunos pueblos de regular importancia comercial y en

Con el repetido contacto que tuvieron los dos militares aludidos, aumentó el aprecio entre ambos, pues eran inseparables y había la circunstancia de que muy a menudo les tocaba hacer sus guardias juntos, tanto en el Cuartel como en las diversas comisiones del servicio que les fueron encomendadas en algunas poblaciones o Capitales de los Estados del interior y hasta en campaña, estas últimas con relativa frecuencia en atención a que con mayor y menor importancia, se registraban sublevaciones encabezadas por militares descontentos y faltos de pundonor.



CAPITULO SEGUNDO

CAMPAÑA EN LA VILLA DEL CARBON COMANDADA POR PACO

POR el año de mil ochocientos treinta y cuatro, la mayoría de los habitantes del país, vivían en zozobra con pronunciamientos, golpes de Estado y asaltos a las Diligencias, en los solitarios caminos, por las bandas de forajidos, predominando los estacionados en Río Frío; famosos facinerosos que con sus Jefes a la cabeza, salían de sus madrigueras, "Agua del Venerable" y el Rancho de los "Pinares" agazapándose a la orilla del camino a Puebla para cometer fechorías.

Robaban a mano armada y fuera de estos actos reprobables, vivían aparentemente como humildes y honrados comerciantes, pues se exhibían (tomando sus precauciones) en algunos pueblos de regular importancia comercial y en

los días de feria; éstos vendían o compraban semillas, animales robados y otros artículos; esas visitas periódicas que hacían a los referidos poblados, les servían a los bandoleros, para observar los movimientos de los viajeros con quienes llegaban a tratar en los mesones o casas de posta; se informaban que dinero llevaban consigo éstos, a dónde se dirigían, qué camino iban a tomar, qué clase de armas portaban o si carecían de ellas, si eran dueños de las cabalgaduras que montaban o no, etc.; datos que obtenían sin darse a sospechar y que aprovechaban eficazmente para premeditar sus planes de asalto en toda forma a la vera del camino.

También disponían de entre ellos, de un grupo de individuos destinados al servicio de espionaje y, a la vez los ocupaban en rajar leña y hacer carbón en los montes cercanos al camino; productos que vendían en los lugares más indicados, aparentando ser pacíficos carboneros.

Esas bandas estaban bien montadas y armadas demostrando notoria actividad delictuosa y por lo tanto, con sobrada razón tenían temor los viajeros; pues algunos por precaución antes de emprender un viaje se confesaban de sus culpas y hacían el consabido testamento por si aca-

so salían mal librados durante la caminata, a fin de dejar asegurados a sus familiares.

En otras poblaciones del interior, estaban a merced y voluntad de las partidas de bandidos o saltadores que agobiaban a sus sencillos moradores, los que se encontraban sin garantías para sus personas, como de sus intereses expuestos a perderse. Algunas autoridades de mediana categoría, como Jefes Políticos en unión de individuos venales y corrompidos, sembraban la desconfianza ya que propalaban noticias falsas, las que alarmaban al vecindario y, sus ambiciones, no tenían límite; pues llegaron hasta intentar el derrocamiento del Presidente de aquel entonces.

Gobernada en ese año, ocupando la Presidencia de la República, el General de División y Excelencia, Don Antonio López de Santa-Anna, condecorado con la Medalla de la Orden de Guadalupe y otras más.

Ordenó que su ilustre ahijado, Comandante de la Artillería, (condecorado con la Cruz del Mérito Militar) Don Francisco de Medina Troncoso y Ruigomez, hijo de Isabelita, partiera in-

continente para la Villa del Carbón (1) quién se hace acompañar por el Teniente Coronel, (graduado) Don Pedro Regalado de Vergara Hurtado de Espinosa y Ballesteros, (Perico), diminutivo de Pedro), hijo del médico y, a pesar de las heridas que recibió en anteriores combates de las cuales aún no sanaba completamente, tenía presente que lo ordenaba así su Excelencia, quien no permitía se le desobedeciera; salieron juntos con sus respectivas fuerzas a emprender la batida contra los alzados de la población mencionada.

Así pues, ambas fuerzas a primera hora de la mañana del día siguiente, obedeciendo las órdenes recibidas de marcha, se ponen en camino. Van provistas de buena dotación de parque, cañones, ambulancias, carros con víveres que fueron aumentados estos últimos en el trayecto y forrajes para varios días. El camino fué penoso por las lluvias torrenciales y por la artillería ya que sus carros de municiones eran de un peso exagerado; dificultades, en conjunto, que se pudieron subsanar gracias a los órdenes estrictas dadas por el Comandante Paco a sus in-

(1) Villa del Carbón al noroeste de la Ciudad de México a nueve y media leguas; villa fundada en el siglo XVI, erigida en Municipalidad en 1714.

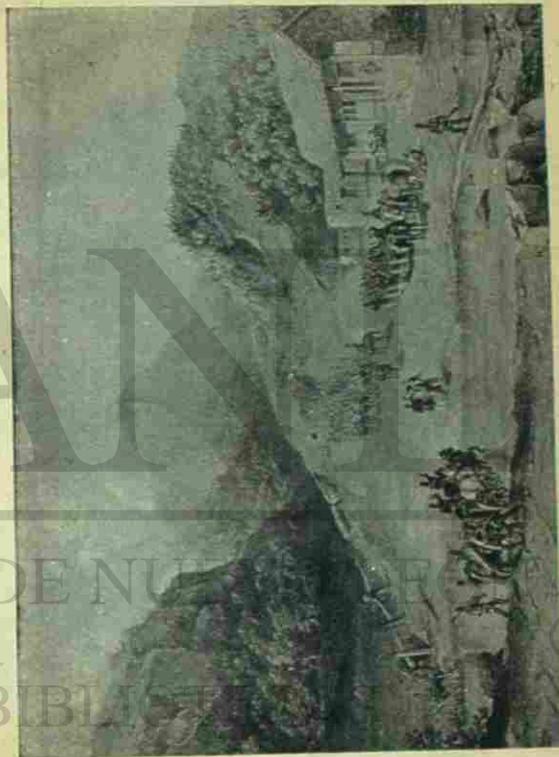
mediatos subalternos, quienes se encargaron de hacerlas cumplir. Las fuerzas siguieron su camino de acuerdo con el itinerario fijado por el obedecido y querido Jefe, el que tenía por costumbre en las expediciones, ir a la descubierta o sea la vanguardia y para alentar a sus muchachos, ¡siempre adelante!

Cinco días escasos ocupó la columna en la caminata y arribaron a eso de las dos de la tarde a inmediaciones de la Villa del Carbón, lugar medianamente fortificado por los alzados, quienes ya estaban sobre aviso de la aproximación de las fuerzas del Gobierno de Santa-Anna. Los informes los obtuvieron por unos arrieros que llegaron con sus mercancías a esa Villa, en compañía de dos soldados que se fugaron del grueso de las fuerzas, las que se dirigían a atacarlos.

Los hombres de Paco, en combinación con los de Pedro Regalado (Perico), inmediatamente que estuvieron a la vista del enemigo, ahí mismo acamparon protegidos por un espaldón que construyeron desde luego; emprendidas las obras de aproche, las que se ejecutaron de día y de noche, porque se tratada de sitiar la plaza cuanto antes, ya que los alzados pretendían hacerse fuertes y sostenerla, empresa difícil por

no tener suficientes elementos, de todas clases, para estos casos.

Paco dió las órdenes necesarias para que luego se estableciera el cerco de contravalación, y que impidieron desde ese momento que salieran o entraran a la plaza, las varones; se permitió únicamente la salida de mujeres, ancianos y niños que podían hacerlo; prácticamente se encontraban los rebeldes sin comunicación alguna con el exterior; no dejaron las columnas volantes de retaguardia que se acercaran individuos en un radio de más de legua y media; así es que, los sitiados, estaban sujetos a su suerte que se les esperaba muy negra, máxime que los víveres almacenados en esa población eran relativamente escasos y se agotarían, indudablemente, muy pronto, a pesar de que los rebeldes hicieron acopio de ellos con mucha anticipación, unos los tomaron a la fuerza de las haciendas, ranchos y pueblos cercanos, y otros se vieron en la necesidad de comprar al contada en Atzacapotzaltongo, Jilotepec y hasta en Aculco, lugar de recuerdos, ya que a inmediciones de esa última población, el siete de noviembre de un mil ochocientos diez, las fuerzas Realistas al mando de Calleja, obtuvieron la victoria de ese punto, derrotando a los



Lamina XXI.—PACO AL FRENTE DE SUS TROPAS CAMINO DE LA VILLA DEL CARBON

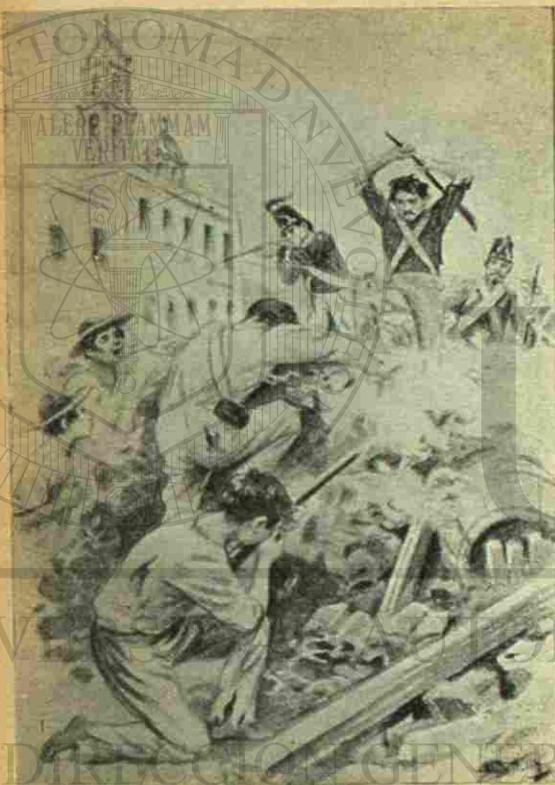


Lámina XXII.—ASALTO A UNA TRINCHERA
EN LA BATALLA DE LA VILLA DEL CARBÓN.

Insurgentes capitaneados por el Cura Hidalgo, Allende, Abasolo y otros jefes.

Diariamente se batían con denuedo las avanzadas de los sitiadores y sitiados; los últimos sostenían la plaza de la Villa del Carbón, quienes desmoralizados cada día más, se les agotaban los viveres al extremo que ya formaba parte de la alimentación, la carne de caballo, mula o burro, después de haberse consumido el ganado vacuno y el lanar.

Por los motivos expuestos en el párrafo anterior, se juzgará de lo que acontecía en el interior de la población próxima a caer en manos del sitiador.

Los rebeldes trataban en los últimos días de sitio, romper éste; intentar salir armados por una cañada muy peligrosa y sin tomar en cuenta que tenían doble barrera que franquear. Había soldados que estaban apostados en lugares estratégicos, sujetos a una tenaz vigilancia por los superiores así como por los rondines. Los sitiados varias veces intentaron sobornar a las avanzadas del enemigo, con el fin de obtener una salida ya que, como se dijo antes, se contraban copados, pero las intenciones fueron inútiles porque los soldados no aceptaron, no obstante que los rebeldes emplearon atrevidos

emisarios, los cuales llegaron hasta el campo enemigo, se aprovechan de las garantías y facilidades que previa solicitud les fueron concedidas para hablar con el jefe de la columna. Recibidos los emisarios antes citados, expusieron éstos al referido jefe cual era la misión que llevaban, o sea lo mismo que el cacabecilla de los rebeldes que tenía la posición de la plaza, le ofrecía enviarle diez mil pesos plata, por abandonar la población que defendían, siempre y cuando salieran las fuerzas con su impedimenta respectiva en sus carros.

Paco, hombre valiente y de reconocida reputación como militar, quien no tenía tacha alguna en su honor, rechazó de plano las indignas pretensiones del jefe rebelde, pero éstas le sirvieron para conocer y palpar, por los mismos emisarios, de las condiciones tan afflictivas de la plaza y, sin embargo, no querían rendirse, pues continuaban los combates con funestos resultados muy especialmente para los sitiados.

Estos consiguieron en una escaramuza, que cayeran prisioneros algunos oficiales subalternos del Comandante Paco, contándose entre ellos, al Capitán Don Gabriel de Garayzábal y Gomar, quien estuvo expuesto a ser pasado por las armas en unión de otros militares captura-

dos con anterioridad, pero gracias al canje de prisioneros acordado por ambas fuerzas combatientes, lograron salvarse providencialmente.

Algunas casas principales de la Villa, fueron tomadas para convertirlas en Hospitales de sangre, pues el constante tiroteo, inclusive el de metralla hicieron destrozos en la población y diezmaron a los rebeldes.

Por un acueducto descubierto corría el agua que surtía a la Villa y que era también de tránsito para otros poblados de corta significación.

Ese líquido fué respetado por las fuerzas sitiadoras para que los pacíficos, ajenos a la contienda, no sufrieron mayores trastornos por la falta de tan preciado elemento de vida.

El material de guerra o sea el parque, estaba agotado en los combatientes de afuera de la plaza y, sin embargo tenían la ventaja sobre los ocupantes de ella, porque de un momento a otro recibirían refuerzos y municiones para dotar a los soldados y no había fuerzas enemigas que los pudieran estorbar por la retaguardia ya que los caminos se encontraban expeditos desde ese lugar hasta México. Apuntadas estas circunstancias y para no prolongar, inútilmente, los días de sitio, que era conve-

niente considerar a los no combatientes de la población, que estaban sujetos a sufrir bastantes penalidades, el Comandante Paco resolvió estrechar el cerco; dispuso que en las primeras horas de la noche y con todo sigilo para no ser sorprendidos los atacantes por los hambrientos y desesperados soldados contrarios, se horadasen algunas casas en la periferia circundada; ésto dió magníficos resultados, llegando al éxito ya que sin grandes pérdidas se tomaron los reductos que perdió el enemigo.

Ordenó el Jefe triunfante que en esa misma madrugada y antes de la salida del sol, se atacara definitivamente la plaza; empleando para ello un plan bien combinado para apoderarse por asalto a sangre y fuego, como último extremo, porque los rebeldes no se rendían. El combate duró aproximadamente una hora en cuyo tiempo fueron derrotados completamente los rebeldes que defendían la plaza posesionándose de ella los mencionados sitiadores.

La victoria obtenida por las fuerzas del orden, llevó gran regocijo a la Villa del Carbón y las campanas de las iglesias fueron echadas a vuelo las que produjeron un ruido ensordecedor y como señal de alegría manifiesta de sus habitantes, los que empezaron nuevamente a disfru-

tar de mediana tranquilidad después de las angustias sufridas en los pasados días de continuos combates.

Con motivo de la posición ganada o los rebeldes se hicieron numerosos prisioneros; muertos regados por las calles, azoteas y dentro de contadas habitaciones abandonadas. Se ordenó que los cadáveres se recogieran por las ambulancias y sepultados en una fosa de extraordinarias dimensiones y, los heridos alojados en las casas que al principio se ocuparon provisionalmente, debía atenderseles con esmero y prodigarles toda clase de atenciones para su pronta curación.

Se recogió bastante armamento pesado de diversos tamaños y calibres, armas de mano llamadas portátiles y poco parque escondido en algunos hogares que fueron cateados por orden superior, dada por escrito, encontrándose, además del armamento dicho, la importante documentación y archivo de los alzados, quienes no tuvieron tiempo de destruir. Caballada, la única que quedó, sufrió hambres y estuvo próxima a morir por la falta de pasturas, animales supervivientes que habían pelado los retoños de los arbustos; cuadrúpedos que se escaparon de haber sido sacrificados como otros para

aprovechar sus carnes en la alimentación de los moradores de la plaza.

En los patios de las casas, se veían las macetas en desorden y sin plantas, indicio de que habían corrido la misma suerte que los anteriores o sean los arbustos, ya que las referidas casas, algunas fueron abandonadas por sus moradores, quienes las dejaron abiertas y al azar de la soldadesca que entraron a saco.

Los víveres destinados para los habitantes tocaron a su fin agotándose como es natural.

Ya empezaba a sentirse los horrores del hambre en la mencionada población inerme y en los vencidos combatientes.

Las puertas y ventanas fueron destruidas por el hacha, pues estaban algunas casas faltas de éstas y, se tiraron varios techos ligeros de tejas con el objeto de rajar la madera que los sostenían, para utilizarla de combustible en las cocinas y vivaques instalados en el centro de la plaza, la que presentaba su destruido jardín ya falto en su mayor parte de arbustos, plantas de ornato, así como del ramaje de sus árboles.

También las habitaciones de varias casas, se encontraban los muebles en desorden, algunos destrozados, y otros, formando barricadas que sirvieron de obstáculos tras de puertas y

ventanas; había paredes con boquetes producidos por los proyectiles lanzados de sus cañones; los pisos llenos de piedras y caliche, vidrios rotos, manchas de sangre coagulada en varios lugares y ropas ensangrentadas; aquel cuadro que se presentaba a la vista, era desolador y producía tristeza.

Se capturaron a los principales cabecillas identificándolos por la misma documentación encontrada y además designados por sus ex-subalternos. Fueron internados en una casa vacía que prestaba seguridades sirviéndoles de prisión y con centinelas de vista al mando de un Teniente de caballería, en atención a que la cárcel se encontraba pletórica de prisioneros y no era prudente alojarlos ahí.

Ya que los reos no quisieron desde un principio rendirse y acogerse a las condiciones que se les habían fijado, y como eran hostiles al Gobierno porque se les cogió con las armas en la mano, debían irremisiblemente ser juzgados por un Consejo de Guerra sumarísimo. Se efectuó aquel con todas las prescripciones legales, sin pasión y serenamente el Fiscal pidió la pena de muerte, y como el Consejo la votó por unanimidad, son condenados a ser pasados por las armas. Los reos fueron notificados de la sen-

tencia pronunciada y, enterados de ella, no se inmutaron ni apelaron en su favor, prefiriendo morir como valientes antes que claudicar o pedir gracia de indulto.

Se hicieron los preparativos en la noche anterior a la ejecución de la sentencia, instalándose la capilla en donde recibieron, como cristianos, los auxilios espirituales del Cura, quien los confortó debidamente (eran cinco individuos los reos); a las cuatro y veintiséis minutos de la mañana fueron sacados los prisioneros, con todas las precauciones del caso, y conducidos en doble valla de soldados atrás del Atrio de la iglesia principal, lugar designado de antemano para segarles la existencia; se formó el pelotón de tiradores al mando del Capitán primero, Don Gabriel de Garayzábal y Gomar para cumplimentar el fallo del Consejo de Guerra antes mencionado y, ya formado el cuadro de rigor, dió la voz ¡Preparen!... inmediatamente después, ¡Apunten!... y por último, bajando simultáneamente, la espada a la palabra... ¡Fuego!...

Una descarga cerrada y uniforme concluyó con las vidas de los cinco aguerridos y valientes jefes de los revoltosos.

Con las ejecuciones dichas quedaron epilo-

gados los sucesos sangrientos de la Villa del Carbón, sólo resta referir los lugares de donde eran nativos y el nombre de los finados: Policarpo Pedroza, de Durango, titulándose en vida, general de brigada; Zenón Hernández, (alias Peptoria) coronel graduado de general, oriundo de Atlixco o Matamoros, pueblos de Chalchicomula, compañeros de armas y compadre que fué de Juan Nepomuceno Rosains quien años atrás o sea el once de septiembre de 1830 (1) fué ejecutado por un pelotón de soldados, en la Ciudad de Puebla; Mathías Tenorio, de Cuautla con el grado de coronel; los restantes, Anastasio Rentería y Praxedis Jiménez, ambos de Chihuahua, uno teniente coronel y el otro comandante que fungió como secretario y ayudante del Jefe rebelde, respectivamente.

En los lugares de nacimiento de los ya aludidos difuntos, residían sus familiares, conocimiento que se tuvo por lo asentado en las generales, (cabeza de proceso) que dieron de sus personas al Juez Instructor. Los deudos probablemente, después de algún tiempo, recibieron tan nefasta noticia.

El acto se verificó a las cinco y ocho minu-

(1) Del Tomo IV "México a Través de los Siglos". una Calzada en realización.

tos de la madrugada del día cuatro de junio del año ya apuntado al principio, en un sitio apartado atrás del Atrio y Cementerio de la iglesia parroquial de aquella población, aplicándoles a cada uno de los ajusticiados el tiro de gracia reglamentario y, previa acta levantada en el mismo lugar referido, dió fé el mayor Médico Militar, Sub-Jefe del Servicio Sanitario, de que estaban bien muertos los sujetos antes nombrados. Los cadáveres fueron sepultados en seguida en atención a que sus cuerpos no hubo persona o deudos que los reclamaran; respetuosos así de todas y cada una de las disposiciones superiores las que giró la Presidencia del Consejo de Guerra y que envió en pliegos cerrados al Comandante Paco, trámites ajustados a la Ordenanza Militar que en aquella época como ahora es muy estricta en ese sentido.

Se remitieron a México pliegos sellados y lacrados, acompañados de una caja de madera también sellada, con la documentación y archivo recogidos a los rebeldes, dando cuenta en forma circunstanciada, sin omitir detalle alguno, de la batalla librada que había terminado felizmente con la toma de la plaza, derrota que sufrieron los sitiados y con la ejecución de los principales cabecillas que la retenían;

acción de armas que dió prestigio y honra al Gobierno. El Comandante Paco al dar sus órdenes respectivas, lo hizo para que un Teniente Ayudante de absoluta confianza, quien escuchó las instrucciones verbales recibidas de no detenerse en el trayecto, sino lo muy estrictamente indispensable y, con su correspondiente escolta de resguardo, se puso inmediatamente en camino a marchas forzadas y con el fin de que esos importantes documentos llegaran cuanto antes a su destino.

El mismo día de los acontecimientos narrados, se nombraron autoridades con el carácter de "provisionales" recayendo en la persona de Don Gabriel de Garayzábal y Gomar, quien asumió el mando Civil y Militar de las tantas veces mencionada Villa. Este se ocupó con rapidéz en sanear y dar comienzo a las reparaciones de los desperfectos sufridos en esa población, introduciendo importantes mejoras al edificio del Ayuntamiento, y se manejó honradamente con beneplácito de sus habitantes.

Meses después ya nombradas las autoridades civiles, le ofrecieron una comida campestre, como despedida, al Comandante de Garayzábal; pues en breve emprendía el camino de retorno a México para presentarse a recibir nue-

vas órdenes, ya que para tal fin lo llamaron las Autoridades Militares.

El triunfo de aquella acción de armas se debió al arrojo, valor, disciplina y orden impuestos por el intrépido Comandante de la Artillería a sus subalternos.

Los cuerpos, en su mayoría, se comportaron a la altura de su deber y su Jefe Paco a la cabeza, como ya se dijo, recorrieron la plaza rendida para levantar el campo, con lo que pudieron comprobar y lamentar la muerte de cuatro oficiales que en los reductos se encontraban, (ya cadáveres) y detallados en el parte que se rindió; cinco artilleros, como sigue: un sargento primero, uno segundo y tres cabos, además quince soldados rasos, aparte de un regular número de heridos a los que se atendió con todo esmero y cuidados, en la misma Villa. Entre los últimos listados, aparece el nombre del Comandante Paco que resultó lesionado de un pié al estallar una granada la que, gracias al caballo que montaba, a quien mató, él hubiera sido llamado a fallecer. Una de las botas compañeras de combate del militar, quedó hecha pedazos.

Igualmente fué de lamentarse el gran número de dispersos registrados en las filas mencio-

nadas, comprobándose ésto a la hora de "Lista".

Ocho días después de la herida que sufrió Paco y por las atenciones que se le prodigaron, sanó completamente.

Ya para regresar a la Capital con sus fuerzas bien reorganizadas, se incorporaron a éstas casi todos los dispersos que anteriormente referimos, pues sabemos ya que además de la estricta disciplina ejercida por el Comandante Paco, éste era muy estimado de todos sus subalternos.

A su partida, dejó un destacamento en aquel lugar para dar garantías a la población y custodiar a los prisioneros los que, después de corto tiempo, fueron, en su mayoría, dados en libertad.

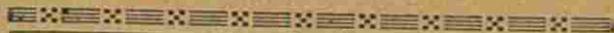
En la noche del veintiséis de junio del mismo año, entró a la ciudad de México a tambor batiente y se alojó con sus respectivas fuerzas en un local cerca de Santiago Tlatelolco; en seguida, y todavía con el polvo en sus ropas de campaña, se dirigió a Palacio para entrevistarse al Presidente (su padrino) a quien le dió parte, personalmente, de las novedades habidas con motivo del hecho de armas. Su Excelencia, enterado de ellas con anticipación por

los pliegos recibidos, ya había dado sus respetadas órdenes para que en la "Orden General de la Plaza", del día, se diese a conocer el ascenso del Comandante Paco al grado de General, haciéndose también los preparativos para imponerle solemnemente una Medalla por su brillante comportamiento en el cumplimiento de su deber y celo por las instituciones establecidas.

Paco estaba contentísimo y su novia aún más; ella de nombre Luz Pernicharo y Soto de Avellaneda, parecía una sonaja por el feliz arribo de su prometido que llegó sano y salvo.

Pedro Regalado (Perico), hijo del médico, fué también ascendido al grado inmediato y se le impuso, personalmente por el Presidente, la Medalla de Honor, acto que se verificó en la Plaza de Armas frente al Palacio de los Poderes, en medio de una animada parada Militar. Fué felicitado por sus compañeros de armas y de sus numerosos amigos de carácter civil.

Además, hay que agregar que entre otros militares ascendidos y condecorados, figuró el Mayor de Artillería Don Gabriel de Garayzábal y Gomar a quien impusieron una medalla por su buen comportamiento y reconocida honradez.



CAPITULO TERCERO

MATRIMONIO DEL GENERAL PACO CON LUZ

PACO y Luz pasaron unas semanas ocupadísimos en arreglar su próximo matrimonio, absorbiendo todo ese espacio de tiempo en los preparativos necesarios para este acontecimiento.

Luz era huérfana de padre por haberlo perdido cuando apenas contaba un año y siete meses de nacida.

Vivía, afortunadamente, su amantísima madre de igual nombre que la joven, y llevaba el apellido de Soto de Avellaneda viuda de Pernicharo.

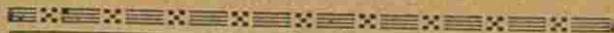
Su madre, dama de muy buen corazón y bellas cualidades, supo educar cristianamente a su cariñosa y buena hija; ésta que era la única que le quedó de su matrimonio, le corres-

los pliegos recibidos, ya había dado sus respetadas órdenes para que en la "Orden General de la Plaza", del día, se diese a conocer el ascenso del Comandante Paco al grado de General, haciéndose también los preparativos para imponerle solemnemente una Medalla por su brillante comportamiento en el cumplimiento de su deber y celo por las instituciones establecidas.

Paco estaba contentísimo y su novia aún más; ella de nombre Luz Pernicharo y Soto de Avellaneda, parecía una sonaja por el feliz arribo de su prometido que llegó sano y salvo.

Pedro Regalado (Perico), hijo del médico, fué también ascendido al grado inmediato y se le impuso, personalmente por el Presidente, la Medalla de Honor, acto que se verificó en la Plaza de Armas frente al Palacio de los Poderes, en medio de una animada parada Militar. Fué felicitado por sus compañeros de armas y de sus numerosos amigos de carácter civil.

Además, hay que agregar que entre otros militares ascendidos y condecorados, figuró el Mayor de Artillería Don Gabriel de Garayzábal y Gomar a quien impusieron una medalla por su buen comportamiento y reconocida honradez.



CAPITULO TERCERO

MATRIMONIO DEL GENERAL PACO CON LUZ

PACO y Luz pasaron unas semanas ocupadísimos en arreglar su próximo matrimonio, absorbiendo todo ese espacio de tiempo en los preparativos necesarios para este acontecimiento.

Luz era huérfana de padre por haberlo perdido cuando apenas contaba un año y siete meses de nacida.

Vivía, afortunadamente, su amantísima madre de igual nombre que la joven, y llevaba el apellido de Soto de Avellaneda viuda de Pernicharo.

Su madre, dama de muy buen corazón y bellas cualidades, supo educar cristianamente a su cariñosa y buena hija; ésta que era la única que le quedó de su matrimonio, le corres-

ponía con creces el afecto de madre y las manifestaciones se fueron multiplicando conforme pasaba el tiempo.

Igualmente, tenía afecto la madre por Panchito, su futuro yerno, por quien se había conquistado un gran cariño, y lo trataba con el diminutivo de su nombre, a la par que por su manera de ser; caballerosidad y valentía; estaba muy contenta por el enlace que se efectuaría a los dos días venideros.

Los presuntos contrayentes, como se adoraban mutuamente, es de advertir que con toda justificación se encontraban llenos de gozo por la boda que en plazo tan perentorio se llevaría a cabo y por el cual, "Lucero" sería su esposa. (Así designaba a su prometida).

La ceremonia del matrimonio tuvo verificativo en la iglesia del Carmen perteneciente al Convento de los Padres Carmelitas, (1) situado en la risueña y fecunda población de San Angel, lugar que los amables lectores, aún cuan-

(1) Convento del Carmen en San Angel. El año de 1613 Don Felipe de Guzmán Cacique de Chimalixtac, pequeño barrio de Coyocacán, cedió a los P.P. Carmelitas una huerta de considerable extensión habiéndose puesto la primera piedra del Convento el 20 de junio de 1615 y en 1687 se dedicó el Templo, bajo la advocación de San Angelo, már-



Lámina XXIII.—ALTAR DE LA IGLESIA DEL CARMEN EN SAN ANGEL DONDE SE CASO PACO.

do someramente, ya conocen. Esa iglesia, fué convenientemente adornada para el matrimonio de que se trata, con mayor razón que los Padres Carmelitas tenían conocimiento que su Excelencia Don Antonio López de Santa-Anna, General de División y Presidente de la República, había sido invitado para ser padrino y por segunda vez de su ahijado Paco.

El templo presentaba un aspecto hermosísimo y deslumbrador; desde la entrada se apreciaba la delicadeza empleada en los adornos naturales, pues la huerta que se encontraba precisamente antes de la puerta de acceso a la iglesia, estaba bien cuidada y magnífica, dado que los árboles copados de exquisitas frutas de la estación y los naranjos, repartidos convenientemente, despedían un aroma delicado de sus blancos azahares que perfumaban la atmósfera, cooperando a recibir dignamente a la distinguida y joven pareja como a sus familiares e invitados; así pues, todo se encontraba en orden y listo conforme al ritual establecido del

titular que conservó hasta 1633 en que Doña Ana Aguirre y Niño viuda de Don Melchor de Cuelar, favorecedora de los Carmelitas ofreciéndoles su hacienda como donación inter vivos a condición de que le cediera el patronato de su iglesia por titular Santa Ana.

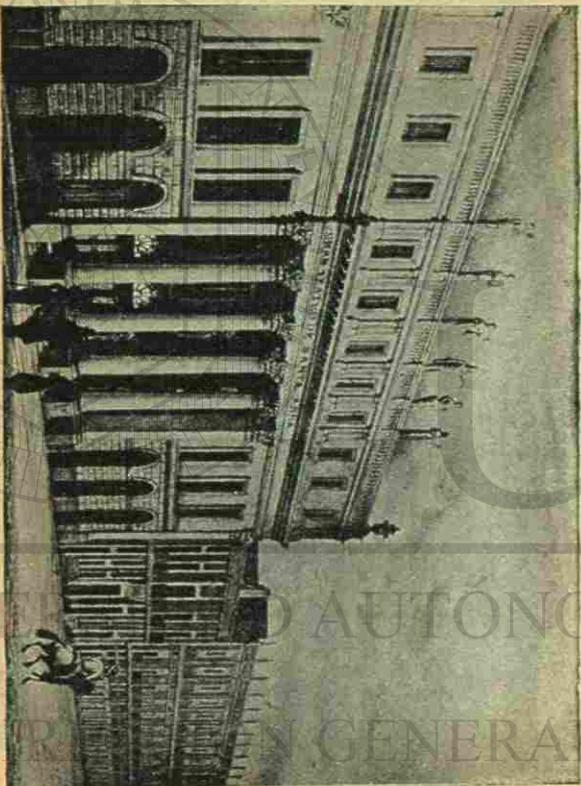


Lámina XXIV.—GRAN TEATRO DE SANTA-ANNA, DESPUES NACIONAL; QUE EXISTIO EN LA HOY BOCA-CALLE DE LA ANTIGUA DE VERGARA Y 5 DE MAYO.

cual no descuidaron los Padres del Convento de ningún detalle por insignificante que fuera.

Por fin, llegó el consabido día. Los novios con sus familias y amistades respectivas, emprendieron la caminata; salieron temprano de México para dirigirse a San Angel, lugar de reunión. El recorrido lo efectuaron por un camino pésimo, pues las piedras estaban sueltas y los charcos abundaban porque quedaban estancadas las del temporal habido en días anteriores.

Pasados estos incidentes, se avistaron dos coches de los primeros de la comitiva, escoltados por granaderos de a caballo. (Ya se acercaba la hora). Llegaron dichos coches y ya estando cerca de ellos, se vió que eran ocupados por los novios y sus respetables padrinos; los demás carruajes, los que pasados algunos momentos llegaron, se pararon frente a la vieja puerta que estaba abierta ese día de par en par, (casi siempre la tenían cerrada y sólo para ceremonias como la presente, la abrían) con sus colgaduras de flores naturales artísticamente colocadas en los festones de hojas frescas y desde ese sitio principiaba la alfombra y Vela respectiva. Los militares, que para el efecto fueron ci-

tados, se encontraban listos en sus puestos y en doble fila, o sea en actitud de guardia.

De los carruajes bajaron los novios, quienes recibieron las aclamaciones de algunas de sus amistades que se habían adelantado y que los esperaban con ansiedad; penetraron los novios a la huerta y a guisa de bienvenida los pajarillos que estaban posados en los árboles, comenzaron a cantar los dulces trinos que de sus pequeñas gargantas salían para armonizar la fiesta de las que pocas veces se presentaban como la que nos ocupa.

A unas cincuenta varas de la primera entrada, se encontraba la tachonada puerta empavesada del legendario templo, guardián y custodio desde muchos años ha, de sus ricas e inapreciables joyas y demás reliquias encerradas en él; éstas, con motivo de ese extraordinario día de fiesta religiosa, se exhibirían llenas de esplendor unidas a los adornos de flores naturales y de las luces producidas por tantas ceras encendidas.

Estamos pues, en San Angel, tradicional lugar acumulado de leyendas y sucesos del pasado, en dónde con los ensueños primaverales habían saboreado, quizá, varios jóvenes enamorados en otros días, aquellas maduras y azuca-

radas peras Vergamotas y demás frutas arrancadas, a hurtadillas, de los árboles de diversas clases que, llevadas a la boca, deleitaban el paladar, idas ilusiones de un atardecer lleno de esperanzas como el verde tierno de los corpulentos árboles de nuevas ramas, así como de los paseos, fiestas religiosas o profanas, unas para aquellos que les eran gratas y para otros tristes; todas con los recuerdos del ayer.

La mañana estaba fresca con un sol estival y sin nubes; no se sentía el calor intenso de otros días. Parece que el astro Rey participaba de aquel regocijo con sus galas, enviándoles sus rayos tenues que recibían con beneplácito los habitantes de ese San Ángel encantador.

Suspendida del arco de la antigua torre-cilla del templo, la esquila de bronce tocaba cual si fuera el centinela de un regimiento, a la hora exacta, las once sonoras campanadas, como si anunciara el militar toque de diana o de fuego, pues el caso uno y otro indicaban su objeto. Así los novios, remedando la ordenanza por su exactitud, asistieron a lista de presentes: él uniformado, todo pundonor y erguido de satisfacción... No iba al cumplimiento de misión especial de su cargo, sino a rendir pleitesía al amor, ya que su matrimonio pronto era de efec-

tuarse y, ella, encantadora y satisfecha por verse en trance de realizarse su ensueño dorado.

La novia parecía un lucero de esplendor, vestía un soberbio y lujosísimo atavío de seda con encajes finos; lucía arriba de su espaciosa y blanca frente, como una azucena, gran diadema de brillantes como cristalinas gotas de rocía miradas a través de los rayos solares. Los invitados, ahí reunidos, tanto damas como caballeros, les causó admiración ver el tocado de la bella Luz quien era merecedora de llevarlo en premio a sus reconocidas cualidades. Ella, como tímida paloma, llegaba del brazo de su tío, (hermano de su difunto padre) y les hacía compañía, muy cerca de la novia, Doña Luz, madre de la que en esos momentos tomaría estado.

El novio, abrazado de su distinguida madre Doña Isabel Eulalia de Alonso Ruigomez de Medina y Troncoso, quien ostentaba un magnífico vestido a la moda de la época, pues estaba confeccionado de fina tela de seda negra y abotonadura corrida ya que había sido designada madrina de su hijo. El padrino, como ya se dijo, era Su Excelencia y Presidente de la República, lucía su uniforme de gala y, colgadas a la altura de su pecho, las medallas y conde-

ceraciones obtenidas como premio a sus aptitudes demostradas durante su carrera de las armas; llevaba sombrero montado adornado con plumas, el que portaba en la mano y se le veía su banda azul y la espada reglamentaria al cinto. En cuanto descendió del carruaje Su Excelencia, los militares presentaron armas y con tambores y clarines se ejecutó la marcha de honor.

Igualmente Paco mostraba su uniforme de gala que había estrenado para ese acto; llevaba además de sus brillantes arreos de metal y sus respectivas condecoraciones, banda verde ceñida a la casaca y a la altura de la cintura colgando los dos extremos con bordados de hilo de oro y su espada con puño de oro, flamante, nuevecita; pues había sido uno de los muchos regalos que su Excelencia el Presidente le hizo a su doblemente ahijado.

Formando valla los militares con sus uniformes de gala y las numerosas personas invitadas, empezó la solemnidad con una Marcha Nupcial magistralmente ejecutada por las dos unidas orquestas instaladas en el fondo de aquel recinto, destacándose, de vez en cuando, durante el ejercicio, las dulces armonías producidas por los violines.

En el curso del acto los novios recibieron la bendición de manos del Reverendísimo Canónigo Doctor Don Vicente de Paul Zubizarreta, quien les hizo las exhortaciones de ritual. Terminada la ceremonia, los contrayentes fueron objeto de las más sinceras felicitaciones y parabienes, tanto por las muchas y bien conquistadas amistades como por sus familiares. Como recuerdo de la boda, los desposados recibieron muchos presentes.

Unas horas más tarde, se agruparon los novios acompañados de los distinguidos padrinos y demás concurrentes, debajo de los árboles de una huerta cercana, la que se recordará estaba colindando con el atrio del templo; en la referida huerta y en los espaciosos cenadores, ya se encontraban colocadas con anticipación las mesas cubiertas de blancos y albeantes manteles para servirse la gran comida que, a las dos de la tarde, principió con los acordes de la música en honor de los ahí presentes.

El banquete resultó espléndido; pues se descorcharon bastantes botellas de vinos y licores de marcas prestigiadas y las viandas muy bien preparadas ya que su sazón gustaría hasta al paladar más delicado.

La comida aquella, después de desbordarse la mayor alegría y contento, tocó a su fin.

En las afueras del Convento se veía conglomerado al pueblo por la novedad del matrimonio tantas veces mencionado, así como grandes filas de carruajes de diferentes formas tirados por troncos de caballos o de mulas, en los cuales llevaron a los invitados y, los cocheros, esperaban el retorno de sus amos.

El lugar referido empezó a ser abandonado por la retirada de su Excelencia el Presidente a quien, como era de costumbre, hicieron los correspondientes honores de ordenanza y las músicas, para despedirlo, ejecutaron las piezas más predilectas de su basto repertorio.

Después de la comitiva presidencial, continuaron el regreso los desposados e invitados con sus respectivas familias. A los dichos desposados, les urgía cambiar de ropas por otras de camino para dirigirse a Oaxaca y pernctaron, como primera jornada, en Ayotla a seis leguas de la capital.

Paco y Luz, (los recién casados) pasaron su luna de miel en Oaxaca y ocuparon la casa solariega de una de las haciendas que fueron propiedad del Duque de Medina y Troncoso abuelo del General Paco. Dos meses escasos per-

manecieron en el lugar de referencia y después de ellos, regresaron a la Capital en atención a que Paco debía tomar posesión de un cargo muy importante y de todas las confianzas de su Excelencia el Presidente de la República, que ya los lectores saben que era el padrino del mencionado Paco.

Los distinguidos esposos se instalaron en una casa que tomaron con anticipación en la calle de Vergara, (hoy calle de Bolívar) cerca del sitio en dónde años más tarde de estos acontecimientos, se levantó el Gran Teatro de Santa-Anna nombrado después Nacional, edificio suntuoso de la época, estableciéndose en su último piso, un hotel llamado de la "Opera". Ese gran coliseo fué inaugurado el diez de febrero de mil, ochocientos cuarenta y cuatro, habiendo ejecutado las obras respectivas de acuerdo con el proyecto aprobado, el Arquitecto Don Lorenzo de la Hidalga. Dicho edificio fué totalmente derribado y su demolición empezó el dos de diciembre de mil novecientos, con motivo del proyecto que se llevó a cabo con la apertura y prolongación de la Avenida del Cinco de Mayo.

Como corolario:

Contaban tres años no cumplidos de matri-

monio Paco y Luz. Era la pareja tan feliz llena de ilusiones y risueñas esperanzas. Recordaban aquellas galas grandiosas en los esponsales verificados en una linda mañana al pié del altar de la iglesia del Convento del Carmen, así como de la simpática población de San Angel en dónde se encuentra el templo indicado, del suntuoso banquete ofrecido en honor de ellos en la huerta inmediata al atrio del Convento y, para mayor abundamiento, la luna de miel que lo fué sin contratiempos, llena de festejos, alegrías y felicidad.

La fatalidad es la sombra inseparable de la dicha, como la muerte es el guardián de acaño de la vida...

Como el humo que asoma de la chimenea, arrojado a impulso del aire en circulación, y formando nubes de caprichosas formas o de espirales en el espacio, las que se disipan en seguida, quedan de ésto solamente las partículas de difícil visualidad. Así aconteció a Paco con la prematura muerte de su queridísima esposa "Lucero" de quien quedó viudo en tan corto tiempo dejándole como imperecedero recuerdo dos niñitos, únicos que tuvieron de su matrimonio.

No hay dolor por más intenso que sea, que

no exista lenitivo o remedio radical que lo combata.

Así también, no hay amor que otro amor no sea sustituido.

Es de creerse que todavía frescas las lágrimas salidas de los ojos de Paco a impulsos del recuerdo de tan infausto dolor, pues solamente habían transcurrido cuatro meses escasos de la inhumación de su desaparecida esposa, cuando los dardos del destino interpuestos por el dios Cupido, se clavaron en su dolorido corazón y lo hicieron volverse a casar.

Su Excelencia el Presidente de la República Don Antonio López de Santa-Anna (años después) también tuvo que "lamentar" la muerte de su consorte la Excelentísima Señora Doña Inés García de López de Santa-Anna y casi al terminar las grandes y suntuosísimas honras fúnebres de cuerpo presente efectuadas en la Puebla de los Angeles, el dios Cupido clavó su flecha, como lo hizo con su ahijado Paco, en el corazón siempre rejuvenecido del maduro General Santa-Anna y cuando se hacía llamar Alteza Serenísima inflamando nuevamente su amor con una jovencita que apenas contaría sus diez y seis primaveras y de nombre Doña Dolores Tosta.

¿Era pues, verdadero cariño que profesaban esos Generales para con las primeras así como para sus segundas esposas?...

A los lectores corresponde juzgar, desafiando la incógnita, ya que no existen barreras.

Santa-Anna al enviudar de Doña Inés García, efectúa nuevas nupcias el tres de septiembre de 1844 con Doña Dolores Tosta, precisamente a los "Cuarenta días" de fallecida la primera. La suntuosísima ceremonia religiosa se verificó a las siete de la noche de ese día en el magnífico Salón de Audiencias del Palacio Nacional, con asistencia del Ilmo. Señor Arzobispo de México y apadrinando el acto, el Presidente de aquellos días, Don Valentín Canalizo; (1) concluida la referida ceremonia del matrimonio, le siguió un espléndido ambigú.

Su Alteza Serenísima o sea Santa-Anna, nació en Jalapa el 21 de febrero de 1795 y murió (ya ciego) en México, el 21 de junio de 1876 en la casa núm. 6 de la calle de Vergara, (hoy de Bolívar) de ahí salió el humilde cortejo fúnebre con dirección al Panteón del Tepeyac (Villa de Guadalupe) en donde a la presente, existen inhumados sus restos en unión de su segunda es-

(1) Don Valentín Canalizo transitoriamente desempeñó la Presidencia por muy corto tiempo.

posa Doña Dolores Tosta que expiró el 11 de agosto de 1886 y en cuyo lugar se ostenta un sencillo monumento. Parece haberse remarcado la ironía de la vida, pues no obstante que el desaparecido ocupó la primera Magistratura de la República, en varios períodos, sus restos fueron conducidos de la referida casa mortuoria al indicado Panteón, con extremada humildad y hasta cierto punto con desaire, ya que por dolientes, únicamente se contó al Gral. Don Miguel Blanco, su sincero amigo y leal colaborador, puesto que fué uno de sus Ministros, quien ocupaba el carruaje de acompañamiento que le seguía.

Distintos períodos en que ocupó la Presidencia:

- 1a. época: del 16 de mayo al 2 de junio de 1833
- 2a. " del 16 de junio al 5 de julio de 1833
- 3a. " del 27 de oct. al 15 de dic. de 1833.
- 4a. " del 24 de abril 1834 al 28 de enero de 1835.
- 5a. " del 18 de marzo 1839 al 10 julio de 1839.
- 6a. " del 10 oct. 1841 al 26 oct. de 1842.
- 7a. " del 5 marzo 1843 al 4 oct. de 1843.

8a. época: del 4 de junio al 12 septiembre de 1844.

9a. " del 22 de marzo al 1o. de abril de 1847.

10a. " del 20 de mayo al 16 septiembre de 1847.

11a. " del 20 de abril de 1853 al 11 agost. 1855, y última vez, que tomó parte en la política del país.



CAPITULO CUARTO

EL CANONIGO ZUBIZARRETA EN RELACION CON LOS PRINCIPIOS DEL CURA RODRIGO

VICENTE de Paul Zubizarreta vino a Nueva España a los catorce años de edad en compañía de su padre Don Baldomero; ambos nacidos en un bonito y exhuberante poblado de Valmaceda, situado a unas cuantas leguas de distancia de Bilbao, correspondientes a las Provincias Vascongadas de la madre patria. Los habitantes de aquella región han sido siempre, en su mayoría, de una raza vigorosa; amantes del hogar, de empuje, tenaces y atrevidos para los trabajos que emprenden y acometedores de empresas grandes y pequeñas.

El padre de Vicente, en aquel lugar de su anterior residencia, sufrió su viudez por espacio de cuatro años escasos y resolvió trasladar-

8a. época: del 4 de junio al 12 septiembre de 1844.

9a. " del 22 de marzo al 1o. de abril de 1847.

10a. " del 20 de mayo al 16 septiembre de 1847.

11a. " del 20 de abril de 1853 al 11 agost. 1855, y última vez, que tomó parte en la política del país.



CAPITULO CUARTO

EL CANONIGO ZUBIZARRETA EN RELACION CON LOS PRINCIPIOS DEL CURA RODRIGO

VICENTE de Paul Zubizarreta vino a Nueva España a los catorce años de edad en compañía de su padre Don Baldomero; ambos nacidos en un bonito y exhuberante poblado de Valmaceda, situado a unas cuantas leguas de distancia de Bilbao, correspondientes a las Provincias Vascongadas de la madre patria. Los habitantes de aquella región han sido siempre, en su mayoría, de una raza vigorosa; amantes del hogar, de empuje, tenaces y atrevidos para los trabajos que emprenden y acometedores de empresas grandes y pequeñas.

El padre de Vicente, en aquel lugar de su anterior residencia, sufrió su viudez por espacio de cuatro años escasos y resolvió trasladar-

se a la América en busca de mayor fortuna; pues contaba con bastantes reales que había acumulado del producto de su honrado y rudo trabajo, así como de una corta herencia recibida con anterioridad.

Puso en práctica su proyecto resolviéndose a pasar el resto de su vida en la Ciudad de México la que le preponderaron.

Así, padre e hijo único que le dejó su difunta mujer, arreglaron sus bártulos y se embarcaron en el Navío que zarparía al día siguiente; pues solamente le faltaba completar su carga y pasaje para levar anclas del Puerto de Santander, haciendo la travesía en el tiempo e itinerario acostumbrado de aquella época y atracar en el Puerto de Veracruz de la Nueva España, después de los días transcurridos en la navegación.

El trayecto se hizo sin ninguna novedad que lamentar, pues sopló buen viento y la nave en donde iban los dos Zubizarretas, a quienes les tocó en suerte disfrutar de un mar tranquilo en aquella vez, se pusieron listos para bajar a tierra ya que la referida embarcación atracó momentos después, en el Fuerte de San Juan de Ulúa frente a Veracruz.

Llegaron nuestros viajeros y obtuvieron hos-

pedaje en una casa de posta de la población porteña, ahí mismo ajustaron con un fletero, unos caballos de rienda y dos mulas de carga para que los condujera a la Ciudad de la Puebla de los Angeles. La caminata que efectuaron en caravana con unos arrieros que también salían por igual rumbo, fué llena de molestias y penalidades para los dos viajeros pues estaban muy poco acostumbrados a esta clase de transportes.

Permanecieron en la ciudad indicada en el párrafo anterior alrededor de tres meses y al cabo de los cuales, continuaron para la Capital Virreinal. Tres días emplearon de camino que lo fué muy pesado pero, salvo lo aporreados, no tuvieron mayores contratiempos para su arribo.

Padre e hijo se instalaron, provisionalmente, en una casa que les fué brindada con todo gusto por un buen paisano; pues hay que advertir que desde tiempo inmemorial la raza española en su mayoría y aún más que otras razas, es muy unida y hospitalaria; cualidades que aumentan cuando se trata de sus conterráneos quienes, mutuamente, se prestan ayuda ya que, desconocen, por completo, el antagonismo tan perjudicial de otras naciones respecto de sus

mismos habitantes o en relación con otros afines a la lengua que profesan.

Las providencias tomadas desde luego por Don Vicente, fueron hacer los preparativos y gestiones del caso para establecer una tienda de telas, la que, ayudado por su buena suerte abrió en un local bastante aceptable, tanto por el lugar de su ubicación como por las condiciones del mismo; pues estaba en la manzana del "Parían".

El "Parían", en aquel entonces, era uno de los centros comerciales muy frecuentados por las principales familias de la Capital; pues toda la manzana estaba ocupada, en su exterior, por comerciantes en grande escala, predominando el elemento español que en aquella época era el más rico e impulsor del comercio.

El edificio que nos ocupa que se inauguró en 1695, fué derribado por orden del Gral. Santa-Anna en el año de 1843 y de dicho edificio quedó únicamente, el recuerdo de sus actividades comerciales desarrolladas por las referidas tiendas las que, en una ocasión, fueron saqueadas en su totalidad por el populacho capitalino instigado por elementos carentes de conciencia y desenfrenadas tendencias hispanófo-

bas (1) completamente injustificadas, esto ocurría años después de consumada la Independencia. Esos actos reprobables perjudicaron los intereses de familias mexicanas ya que los propietarios de aquellas tiendas, casi en su totalidad, eran españoles y estaban casados con mujeres nacidas en el país y los hijos, aún sin embargo de provenir de padres españoles, también eran mexicanos. Todo el conglomerado formado de una raza de sangre ligada con las mismas costumbres, tendencias y el habla.

Esas costumbres se remontaban desde la llegada de los Conquistadores quienes, si bien es cierto que cometieron errores, en cambio introdujeron enseñanzas para implantar una mejor civilización que la anterior que imperaba en la antigua Anáhuac.

La cooperación de la Madre Patria para México, no nomás fué en la rama de acción comercial, sino también en las ciencias y en las artes pues entre otros muchos, se mencionan, (en el principio de los años que abarcan estas narraciones) los grandes Maestros como Don Ra-

(1) El motín e incendio del "Parían" fué el 4 de diciembre de 1828. Los autores intelectuales del bochornoso saqueo, lo fueron Lorenzo de Zavala y José María Lobato. En el centro del mismo "Parían" se encontraba establecido el "Baratillo grande".

lael Jimeno y Planes, gran pintor y Director de la Academia de Bellas Artes de San Carlos; Don Jerónimo Antonio Gil, notable grabador y maestro en su arte de la Academia aludida y Don Manuel Tolsa, insigne Escultor y Arquitecto de quien, en otros capítulos, ya se hicieron reminiscencias de algunas de sus numerosas obras grandiosas, así como de el cargo que desempeñó, por varios años, de Director General de la Academia ya repetidas veces indicada.

No obstante que aquellos honrados comerciantes fueron inicuaente despojados de su patrimonio, se ensañaron con ellos de tal manera, que a algunos los expulsaron del país sin preocuparles en lo absoluto que al arrancarlos de sus familias, éstas quedaban abandonadas a su suerte, sin apoyo ni afectos paternales, sino en el caos de la desolación y ruina empujadas al arroyo de la mendicidad.

Nos hemos distanciado con la anterior descripción pero la debemos conocer por varios motivos, a fin de poder juzgar los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella época, ya que se trata de personas merecedoras de la estimación y respeto, para las que se dedican algunos renglones y también como antecedentes y comparaciones relacionadas con Rodrigo, por

ser uno de los principales protagonistas de la presente narración histórica.

El muchacho o sea Vicente de Paul, carecía de carácter comercial indispensable, pues era ajeno por completo para ese trabajo.

Por otra parte, el padre de este joven era de un criterio elevado y por lo tanto, no obligó a su hijo a desempeñar esa clase de actividades, o sea poniéndolo en la tienda; primero para aprender y después, ya práctico; para luchar por la vida.

Contrario al bienestar y brillante porvenir de su hijo, fué su condescendencia al grado de fomentarle sus manifiestas inclinaciones para ser fraile.

En obsequio a la verdad, el hijo de Don Baldomero poseía una verdadera y arraigada vocación para el sacerdocio y su conducta era intachable. Esas inclinaciones quizá fueron nacidas por las largas temporadas que con mucha frecuencia pasaba al lado de su tío el Canónigo de la Catedral de Burgos (España), quien profesaba a su sobrino, único vástago de esa línea de los Zubizarreta, una predilección muy grande de afecto.

El Canónigo reconoció en Vicente que poseía una extraordinaria inteligencia y con algu-

na indicación de él (el Canónigo), ingresaría su sobrino a la Universidad de Salamanca u otra en España, pero su padre se opuso, contra su voluntad, por las circunstancias de quedar sólo y no tener compañía, así como no querer marcharse aislado en esas condiciones a México; pues se recordará que el viaje a la última ciudad mencionada lo hicieron en Navío padre e hijo, porque la edad de Don Baldomero ya era mayor de los cuarenta años y no quiso distanciarse de su hijo Vicente para poderlo guiar personalmente, en su futuro bienestar.

Don Baldomero para darle gusto a su hijo, llenó los requisitos necesarios y puso a aquel en el Seminario Conciliar.

Nuestro seminarista se encontraba satisfecho porque se le concedió abrazar la carrera eclesiástica y, con ese motivo, se empeñó bastante en sus estudios los cuales fueron premiados, desde el primer año, con muy buenas calificaciones por sus adelantos manifiestos a virtud, además de su empeño, por sus grandes dotes intelectuales.

Como el primer año de estudios fueron los siguientes con la particularidad que en ellos descailló el máximun de su inteligencia, dando por resultado el que se ordenara después de

brillantísimo exámen que sustentó; hecho que le valió, además de haberse realizado sus deseos, el que lo nombraran Profesor de algunas materias en el mismo Seminario.

Ocupó algunas parroquias de la Capital asumiendo el cargo de Vicario, éste por corta temporada y otras el de Cura.

Su Ministerio lo desempeñó con gran acierto y a satisfacción de los feligreses; pues era un gran orador en asuntos sagrados, aún cuando no lo parecía a primera vista por ser su personal figura humilde y sencilla con una alma noble que encerraba en ella su privilegiada sabiduría y ejemplares virtudes.

Muy orgulloso estaba el padre de nuestro sacerdote por los progresos que había alcanzado, ya que al poco tiempo lo elevaron a la categoría de Canónigo de la Catedral Metropolitana.

Como era de esperarse y recordarán los amables lectores, la noticia por la dignidad eclesiástica de Vicente de Paul, llegó hasta Burgos enterándose de ella el Canónigo, tío de aquel, siendo motivo para que en sus cartas, que con alguna frecuencia se cruzaban, lo felicitara y elogiara calurosamente.

Por una de esas casualidades, el Canónigo Zubizarreta (el de México), tuvo la oportunidad

de conocer a un jovencito de nombre Rodrigo, quien era atractivo y simpático; hijo mimado de Isabelita, personaje que al principio de esta narración ya conocemos. Los motivos que sirvieron para entablar amistad con esta matrona, fueron el afecto que el Canónigo demostró tener por el jovencito Rodrigo y éste respecto y admiración por el citado Canónigo.

Empezaron las visitas de Isabelita y su hijo Rodrigo en unión de los demás hermanos de éste a la casa del Canónigo, aprovechando éstas para invitar a su dignidad pasara a la casa de ella a tomar el chocolate de la siesta. A los breves días fué atendida la invitación antes citada y como era de esperarse, el Canónigo para corresponder la atención, hizo análoga petición o sea que Isabelita y sus hijos fueran a su casa a merendar, deferencia que fué, a los dos días, cumplimentada.

La casa del Canónigo se encontraba con vista al sur, frente a la manzana ocupada por la Catedral, en la calle de las Escalerillas; este nombre era de tradición y aún sin embargo se le cambió por el que lleva ahora o sea "Avenida de la República de Guatemala".

En la referida casa vivía también el padre del Canónigo y después de la muerte de aquel

quedó, para atender al propio Canónigo, su media hermana ya que era únicamente hija del segundo matrimonio de Don Baldomero; pues él había sido casado antes y desde que llegó al país renunció a su viudéz porque le simpatizó una criolla de nombre Salomé Ganancia Valdominos y Chimalpopoca.

Con la narración expuesta, se tiene ligeramente el conocimiento y antecedentes muy satisfactorios del ilustrado Canónigo Zubizarreta, quien después sirvió mucho a Rodrigo aún cuando infructuosamente por los resultados posteriores que en seguida veremos.

Recordando, tenemos: que Rodrigo es el hijo predilecto de Isabelita; que estudió medianamente Teología y que se ordenó contra su voluntad sólo por complacer a su madre a quien adoraba y obedecía ciegamente.

Desde los siete u ocho años de edad, principió como Monaguillo en la Parroquia del Sagrario de la Capital, en la cual se exhibía, en algunas horas, uniformado con su sotana de paño rojo, roquete de tela blanca muy limpio, bien planchado y adornado de recamados encajes de hilo; medias de popotillo blancas y calzado bajo de piel negra con hebillas de plata bruñida.

Más grandecito, pasó al Coro de la Catedral como componente de él, pues lo solicitaron debido a su buena voz para el canto y, además, porque conocía algo de música la que su madre, medianamente, le enseñó.

En ese gran Templo Rodrigo conoció al Canónigo Zubizarreta (ya lo referimos en párrafos anteriores del presente capítulo) de quién se dió a querer; en la inteligencia que Isabelita aprovechó la buena amistad que se prodigaban las familias, para molestar al Canónigo a fin de que por su conducto su hijo Rodrigo pudiera ingresar al Seminario Conciliar, con objeto de que internado en ese plantel se le distanciara de su hermano Paco que lo sustrata del estudio para emplear su tiempo en paseos y excursiones que a menudo inventaba su referido hermano Paco. Además, la propia Isabelita deseaba que su hijo Rodrigo, aún sin embargo de que no tenía vocación para ello, siguiera la carrera eclesiástica y eso cuanto antes deseaba hacerlo para que no siguiera el ejemplo de Paco, quien era muy desobediente, incapaz e indomable.

Por la valiosa recomendación del Canónigo, Rodrigo entró al Seminario; lugar que para el joven estudiante era de reclusión y fastidio ya

que, amaba la libertad de acción por su manera de discurrir.

En esa casa de estudios teologales lo embargó la tristeza y con frecuencia se le veía en los corredores del edificio muy pensativo, dando vueltas alrededor de ellos sin conciencia de lo que hacía; pues procuraba apartarse de sus compañeros de clases, contrastando a su antigua actitud cuando era monaguillo y por ende obediente con su madre.

En el Seminario permaneció Rodrigo algún tiempo, no por los aprovechamientos de sus estudios que más bien eran fastidiosos para él y le reportaban un sacrificio, sino que casi lo empujaron con el fin de conseguir ser favorecido para acabar en cualquier forma la carrera que detestaba.

Como sucede en muchos casos que se gradúan personas que medianamente han cursado la carrera que les hicieron elegir, Rodrigo, que se encontraba en este dilema, recibió las órdenes sacerdotales.

El Canónigo Zubizarreta que fué quien gestionó el ingreso de Rodrigo al Seminario, nuevamente lo recomienda, pero en este caso, para que se le diera el cargo de un Curato. Con tan buena recomendación, inmediatamente se

le nombró para ocupar uno de tercera categoría en un pueblo cercano a San Angel; (esta población ya es conocida de nuestros lectores) curato que correspondía a la Arquidiócesis Metropolitana.

Muy a su pesar, Rodrigo se trasladó al lugar citado para empezar a ejercer su ministerio, el que no le agradaba porque le gustaba otra vida más divertida ya que, como antes, frecuentaba las ferias y no faltaba a ninguna de ellas en toda la temporada; pues el caballero Sulpicio lo inclinó a esas diversiones. A raíz de su arribo, finalizaba la feria en San Agustín de las Cuevas (Tlalpam), por lo que no dejó de asistir, de cuando en cuando, a ellas.

Le agradaba pasar el tiempo en esa clase de entretenimientos, así como las peleas de gallos en las que ya interponía apuestas: unas veces al negro de crestas recortadas y otras al jiro de amarillas plumas en la golilla; en la ruleta le gustaba seguir a su número predilecto que lo era el cinco, porque con mucha frecuencia le atinaba, a los toros asistía porque le llamaban la atención y a los coleaderos como participe de ellos, y raras veces en éstos salía revolcado; pues la mayoría de las ocasiones lo sacaban en hombros por el triunfo obtenido;

como charro, era de los buenos ya que sabía muy bien montar y competía con los Señores Barrios de la Blanca en Texcoco, como otros muchos "guapos" de renombre en esa época; en fin superaba con creces, como mejor jinete a su hermano Paco y, con demostrar esto último, se dijo todo.

Con la predilección del Cura a esas fiestas, como acabamos de exponer, será fácil darse cuenta de la atención que podía tener en su iglesia la que dejaba al cuidado de su segundo o sea el Sacristán.

La parroquia no podía sostener a un Vicario, ya que sus ingresos apenas alcanzaban para cubrir los del Cura, que el sacristán y algunos otros gastos indispensables del Curato, y como los emolumentos del Cura eran reducidos, los empleaba éste en unión de otras cantidades de su bolsillo particular, entre los pobres de su feligresía; pues no necesitaba de dicho estipendio ya que disponía de bastantes recursos pecuniarios, y su buen corazón, justificaba su filantropía; toda vez que con sus caridades aliviaba las penurias de los desamparados de la fortuna. En resumen: no le gustaba vivir metalizado como otras personas adineradas que desgraciadamente abundan en este mundo y llevan el anatema de avaros.

Esas bellas cualidades que adornaban la persona del Cura, fueron heredadas de su madre Isabelita como del virtuoso Canónigo Zubizarreta; únicas y buenas enseñanzas que pudo recoger Rodrigo. No dejaba de tener sus debilidades y defectillos, cosa común en todo ser humano ajeno a la perfección; así pues, confesamos que el principal de ellos era su inclinación al tapete verde, tal vez le provenía de lo decepcionado que se encontraba viviendo en un medio extraño a su persona y sólo así conseguía amortiguar sus penas con esas distracciones.

Hay una máxima antigua y muy sabia, que dice:

"NO DAREIS A VUESTROS HIJOS ESTADO CONTRARIO A SU VOLUNTAD". Ya sabemos que la carrera eclesiástica impuesta por Isabelita a su hijo Rodrigo, no debían esperarse lisonjeros resultados.

Por los antecedentes de la conducta observada por el Cura Rodrigo, respecto a su Parroquia, ésta indudablemente que no podía proseguir como lo previenen los Cánones Episcopales; pues las faltas observadas por el Cura referido se sumaron al grado de que, so-pretexto de atenciones parroquiales fuera del templo, iban sus pasos acelerados rumbo a las ferias en las

que perdía su tiempo que reclamaban los fieles del lugar y, con ese motivo, hasta los domingos o días festivos no había misa en la Parroquia a su cargo.

Como era de esperarse y no obstante que los vecinos del referido lugar eran buenas y sencillas gentes, se alarmaron por el manifiesto abandono del Cura para sus obligaciones y después de los comentarios y hablillas tuvieron una reunión formal, encabezada por los más caracterizados del poblado para discutir lo que debían hacer a fin de terminar ese estado de cosas; se acordó por mayoría, dar cuenta al Arzobispado de México para lo cual, con todas las reverencias del caso formularon un escrito y lo mandaron con un propio a su destino.

Pasó una corta temporada y el resultado de la queja no fué el que se esperaba, el Cura seguía como de costumbre y, como era natural, lo mismo la parroquia. Mucho se suzurró entre los vecinos esta anomalía, ya que unos opinaban que no hicieron caso las Oficinas de la Mitra para imponer el castigo correspondiente o por tratarse de recomendaciones influyentes, y otros, que el propio Cura era muy respetable de sus superiores porque era también muy rico.

Nuestro "sencillo Cura se volvió enamorado

de Birján, pues era jugador empedernido y como tenía posibilidades, despilarraba fuertes sumas de dinero en una casa de juego en San Angel, la que se encontraba ubicada a inmediaciones del curato; es decir, a unos veinte minutos de camino; además, de vez en cuando visitaba el "Templo de Baco", (dios del vino) libaba en demasía sus copitas de mistelas compuestas" y para no ser visto por alguno de los vecinos del pueblo que lo tenía de reajo, se acantonaba en la trastienda del mejorcito establecimiento comercial del pueblo aquel y, ya noche, salía de la misma tienda en forma un poco inconveniente; montaba inmediatamente su caballo y tomaba rumbo a su curato en donde tenía sus habitaciones.

Al día siguiente... pues... no salía por estar "muy enfermo" del estómago.

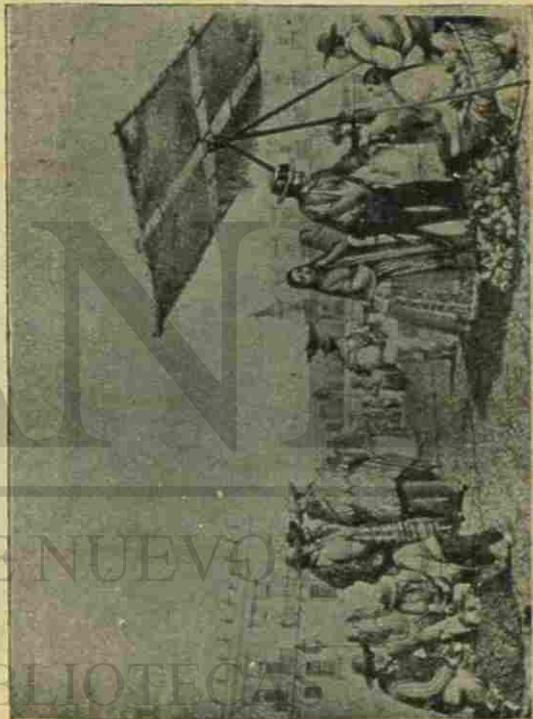


Lámina XXVIII.—SIMONA DE JESUS EN SU PUESTO PROVISIONAL CERCA DEL VOLADOR



Lámina XXVII.—ALTAR MAYOR DE LA IGLE-
SIA DE LA PROFESA, OBRA DE TOLSA.

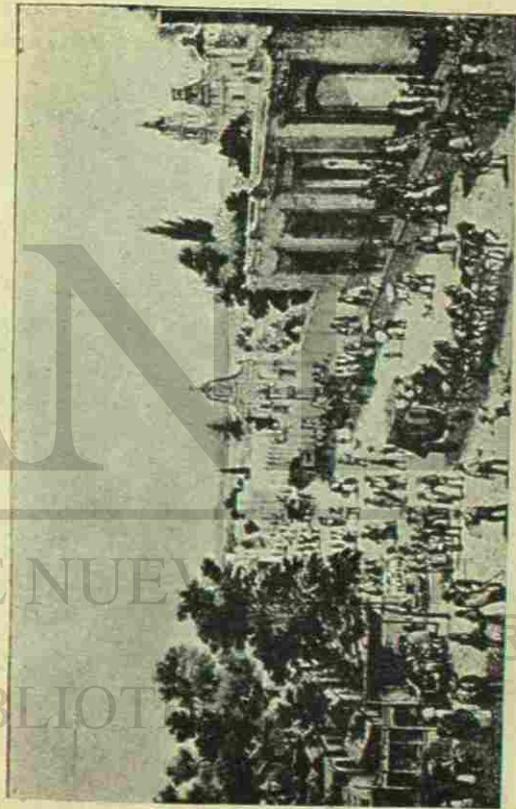


Lámina XXVI.—FERIA EN SAN AGUSTIN DE LAS CUEVAS (Tlalpam) DONDE
ASISTIA EL GERAL, SANTA-ANNA, COMO EL CURA RODRIGO

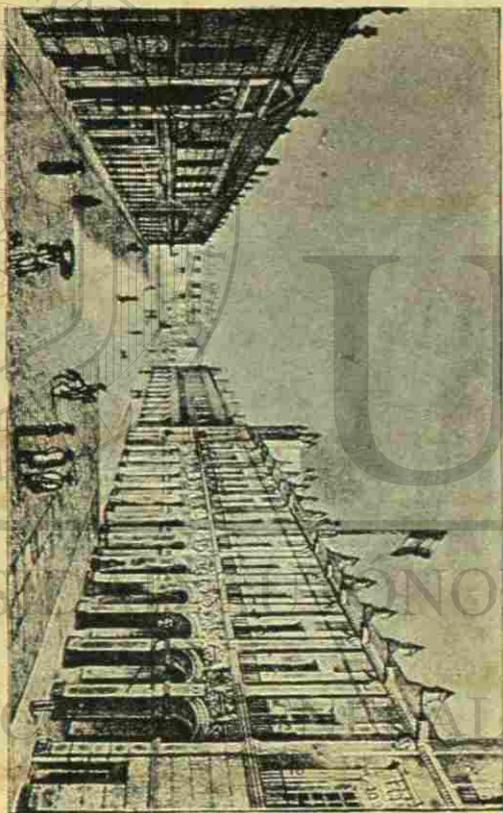


Lámina XXV.—PARIAN Y CASAS CONSISTORIALES (desaparecido el primero y reformado el segundo llamado Palacio del Ex-Ayuntamiento).

CAPITULO QUINTO

LA LIMOSNERA AGUEDA, SU HIJO ADOPTIVO Y LA FRUTERA

ERA huérfano desde su niñez, de ignorados padres que no llegó a conocer; recordaba haber vivido cuando era muy chico y hasta los 9 años de edad, en una accesoria miserable por el rumbo del Convento de Religiosas de San Jerónimo (1) y cerca de la Parroquia de San Miguel Arcángel, (2) haciéndole compañía, y las veces de madre, una viejecita de nombre Agueda, limosnera aislada y sin más familia que su perrita faldera y su silla baja de madera con asiento de tule.

Se estacionaba a las afueras del pático de

- (1) Iglesia y Convento de San Jerónimo, su fundación data desde 1585.
- (2) Iglesia de San Miguel, su dedicación fué el año de 1714.

la Iglesia de la Profesa de los Padres Felipenses, (3) la que está situada en la esquina de la calle de San José el Real y la tercera de San Francisco (Hoy Avenidas de Isabel la Católica y de Francisco I. Madero, respectivamente).

Agueda pasaba casi todo el día en ese sitio apuntado para recibir las dádivas de los felipenses y transeúntes que la favorecían. Sus sentimientos humanitarios y también caritativos, a pesar de su condición y pasando con tristeza sus últimos años de su vejez, fué la que amparó al huérfano Toribio; lo llevó a bautizar y le puso por nombre el mismo de su difunto marido. Ese muchacho contaría a lo sumo unos tres años, más o menos, cuando lo recogió en la calle por estar en mitad del arroyo lo llevó con cariño a su accesoria que le servía de habitación; ahí lo alimentaba, lo chiqueaba y lo vestía con la ropita que solía conseguir de sus benefactoras. La caritativa anciana ya se consideraba con familia y naturalmente con un apoyo.

Así pasaron algunos años y al final de ellos, Toribio nuevamente quedó sin madre adoptiva

- (3) El Altar Mayor de la iglesia de la Profesa fué construido por Don Manuel Tolsa, así como la Purísima en madera colorido, que se conserva en uno de los altares del mismo templo. La Profesa u Oratorio de San Felipe Neri fué fundada al P. de la Iglesia Catedral en 1592.

porque Agueda pasó a mejor vida dejándolo de nueve años de edad; todo desamparado y sin ser alguno que velara por él.

La renta de la accesoria en que vivieron reunidos Agueda y Toribio durante seis años, se ignora si ella o alguna protectora la pagaría; pues la finca pertenecía a una Archicofradía y el Mayordomo de Monjas encargado de cobrar las rentas de aquellas casas, a raíz de la muerte de la anciana limosnara, se presentó a recoger el alquiler de 2 pesos y 2 reales, de una mensualidad. Dicho sujeto, de nombre Jeremías Barceló y Guzmán (pero no el bueno) era de aquellos que merecen describirse:

Un individuo sucio y descuidado en su persona, bajo de cuerpo, santurrón e hipócrita; guardaba en un bolsillo de la chaqueta, su rosario y libro religioso y en la otra bolsa de la misma prenda, varios papeles en unión de su gran pañuelo; bastón encorbado en la diestra para amortiguar el dolor producido por las reumas y los callos de sus piés y bajo el brazo de la siniestra, un libro forrado de gamusa y por añadidura, mugroso, llevando en él, el pormenor de las cuentas de los inquilinos de diversas casas que cobraba como se dijo antes, quienes en su mayoría, estaban molestísimos con dicho exi-

gente Mayordomo que parecía, en lugar de un ser humano un especie de pajarraco, porque, de contado, era de un genio insoportable y sin corazón para los desvalidos; ya que el muchacho o sea Toribio no podía defenderse del atropello de que iba a ser objeto y, sin tener persona que hablara por él, fué echado a la calle juntamente con los pocos y miserables cachivaches que se encontraban amontonados y en desorden en la mencionada accesoria la que, sin embargo de estar destruída, sirvió de albergue tanto a la limosnera como a su hijo adoptivo.

El muchacho carecía de lo más indispensable y mucho menos para pagar al casero aquella suma que, virtualmente, no le correspondía cubrir.

Empezó su calvario de vicisitudes. Ambulaba por mercados y plazuelas sin rumbo determinado, descalzo y mal vestido, con ropitas sucias; no inspiraba confianza y quizá, cuando mucho, alguna compasión de un ocasional caritativo que le proporcionara una moneda de poco valor; comía cáscaras y desperdicios de alimentos (si así puede llamarseles) que se encontraba en el suelo, tirados al azar; dormía en los quicios de los zaguanes de casas de los barrios y de medianas condiciones, no en el centro y menos en las puertas principales de mansiones señoriales

las que estaban vigiladas por los Serenos o guarda faroles quienes se lo impedían. En las primeras, al llegar la noche o rendirle el cansancio, se entregaba al intranquilo sueño en forma desamparada y sin abrigo para campear los rigores del frío.

Una mañana acongojado por el hambre, se le ocurrió a Toribio ir al mercado, haber si podía conseguir algo para alimentarse, porque la vigilia que venía sufriendo, poco a poco parecía que era interminable, ya que sus alimentos consistían en las dádivas que le hacían, raras veces en fondas, consistentes en sobrantes en general y algunas vendedoras de frutas le regalaban uno o dos piezas de las que por su estado pasado, no tenían salida en venta sino únicamente de regalo o de desperdicio para el muladar.

Ese mercado se le llamaba del "Volador", el cual fué inaugurado el veinte de enero de mil, setecientos noventa y dos, algunos años antes del principio de la presente narración histórica.

En la actualidad no quedan vestigios de él, sino únicamente como recuerdo del pasado, el terreno, (1) ya que sólo se ocupaba con carác-

(1) El terreno está ocupado por el edificio de la Suprema Corte de Justicia, inaugurado el 10 de Junio de 1941 habiendo principiado las obras en 1936.

ter accidental para las corridas de toros y como estaba ubicado frente a la Universidad y de uno de los balcones del lado sur del Palacio de los Virreyes, arrancaba un **pasadizo** de madera el que servía para comunicarse a los Tribunales (1) construidos en el coso para el Excelentísimo Señor Virrey, el Visitador y Novilísima Ciudad donde se solzaban con sus familias al presenciar las corridas taurinas.

Ahí en el Volador, consiguió Toribio acomodado en un puesto bien surtido de frutas propiedad de una buena mujer de nombre Simona de Jesús, quien brindó al muchacho protección, ya que éste le había contado los pormenores de las miserias sufridas y el abandono en que se encontraba; lo tomó a su servicio para hacer mandados.

Todos los días desde la mañana hasta el mediodía, llevaba en una canasta las frutas que tenía que entregar en las casas de los marchantes acomodados. La frutera conservaba numerosa clientela porque su puesto era uno de los mejores en dónde se vendían las frutas esquisitas y maduras, como: mameyes, sandías, melones, chicozapotes, plátanos, naranjas, pitahayas, mangos y otras. Se surtía de algunas de estas frutas, para

(1) Tribunales, sinónimo de Palcos. "Historia del Toreo en México" Por Don Nicolás Rangel.

su "puesto", de las provenientes de Cuernavaca, zona de tierra caliente.

Al muchacho, en su nuevo destino, veíasele argente y comedido ya con los marchantes como principalmente con Simona, de quién se granjeó la buena voluntad y el querer, por lo que ella compartía su comida con Toribio y además le proporcionaba un lugarcito en el mismo puesto para que pasara las noches. Le quitó el repugnante aspecto que tenía cuando se presentó, días antes, sucio y harapiento; lo cambió de indumentaria; pues le compró calzones y camisa de manta nueva, algodón, sombrero de palma, huaraches con correas de timbre, y su sarapito corriente de lana color gris, para abrigarse a la hora de dormir; además se le proporcionó una canasta nueva, con mecates, para el reparto de la fruta pedido en el día.

Simona estaba contenta con el muchacho y éste, aparentemente, satisfecho con su nueva actividad en los entregos de fruta que hacía a las casas porque de éstos recibía gratificaciones las que guardaba en un morralito colgado en el costado izquierdo de su cuerpo dentro de la camisa, pero con todo lo que se desarrollaba en su favor, es de suponer que no estaba completamente contento; pues se le habían despertado bastardas ambiciones. Ya adquirida la absoluta

confianza de la frutera, Toribio empezó a sustraerle dinero del depositado en una jicara, producto de las ventas; hoy un medio real, mañana uno y así fué en aumento sus hurtos hasta que un día lo sorprendió la frutera; ésta, escrupulosa y honrada a carta cabal, creía al muchacho con la misma conducta que ella observaba siempre, de lo que se equivocó, ocasionándole por consiguiente, un coraje del cual no se pudo contener y descargó sobre Toribio una tunda de bofetadas que le hizo salir la sangre por nariz y boca, amén de haberle aplicado otra de palos por su mal comportamiento.

Como Simona, era muy querida en el mercado y sabedores desde luego los demás comerciantes de lo que había pasado, éstos aprobaron su proceder; el alguacil y el administrador no se presentaron al puesto o se hicieron de la vista gorda para dejar en tal estado los acontecimientos.

Simona corrió al muchacho ya que éste le había pagado con ingratitudes. Así paga la mayoría de la humanidad, aún cuando en distintas formas, los favores recibidos, pues ésto es moneda corriente.

Toribio pasó como dos meses en la vagancia y los ahorros de lo que honradamente había ganado, así como las sumas de los pequeños

robos cometidos a su protectora, se le agotaron y hasta su presentación cambió; pues andaba cubierto con ropas hechas jirones, sucias y mal olientes, sin sombrero (éste lo perdió), su cabellera muy crecida y en desorden.

Para comer y mal dormir, Toribio barría los frentes de algunas tiendas y recibía por este trabajo, cuando mucho medio real, insuficiente cantidad para cubrir sus imperiosas necesidades. Urgaba las montañas de basuras acumuladas en el mismo centro de la ciudad y frente al Parían, con el fin de encontrar algo que pudiera vender o cambiar para proporcionarse alguna cosa de comer, pero con tan mala suerte, que no conseguía sacar ni siquiera una llave vieja, una cuchara de metal, una alcayata de fierro oxidada u otra chuchería cualquiera. Había noches que las pasaba en claro sin haber comido gran cosa durante el día y otras no podía entregarse al sueño por estar cerca de los referidos nauseabundos basureros, así como por el escándalo que provocaban los Serenos o guardafaroles al perseguir encarnizadamente a tanto perro callejero; éstos sujetos tenían encargo de matarlos a palos y por esto eran acredores a recibir sus gratificaciones de cuatro pesos por el ciento de caninos. Al día siguiente de esas matanzas nocturnas, se veían a la orilla de la banqueta de

las Casas Consistoriales (Edificio del Ayuntamiento), una hilera de estos animales sacrificados. En abril y mayo de mil, setecientos noventa y dos mataron gran cantidad de perros al grado que casi los extinguieron.

Toribio en las condiciones de vida que llevaba por su conducta, enflaqueció y llegó a enfermarse seriamente del estómago a consecuencia de una aguda diarrea que adquirió. Después de muchos trabajos, consiguió ingresar al Hospital de San Andrés, en donde permaneció algún tiempo expuesto a perder la vida y gracias a que la frutera, a pesar de la ingratitud recibida, ya que conocemos sus detalles, pudo con grandes trabajos y dejando de atender el puesto, indagar el paradero del descarriado muchacho. Varias veces lo fué a visitar y auxilió en su enfermedad, con lo que demostró la frutera su buen corazón, cariño y compasión que inspiraba el muchacho por el estado de gravedad en que se encontraba. Después de algún tiempo, al salir ya aliviado de ese establecimiento de caridad, lo primero que hizo Toribio fué dirigirse al mercado, para saludar a Simona y rogarle lo admitiera nuevamente en el puesto como había permanecido antes; ella lo aceptó comisionándolo únicamente para los entregos acostumbrados, aper-

cibido de que no tendría intervención en las ventas de la fruta y menos autorización para quedarse en el mencionado puesto por las noches, pues sabía del pié que cojeaba el rapaz y por lo tanto estaba recelosa de él y no quería se repitiera la acción anterior.

Con la intervención de uno de los marchantes, Simona de Jesús, adquirió un lugar en el Hospicio (1) para Toribio, establecimiento que se encontraba cerca de la Alameda, abierto para los pobres. La inauguración de aquel asilo fué el diez y seis de diciembre de mil, setecientos noventa y ocho, pero se empezó a recibir asilados desde el 19 de marzo de 1774.

Zanjadas algunas dificultades, ingresó el muchacho al referido Hospicio; ahí aprendió a leer, hacer garabatos por escritura, algo del oficio de sastre y de carpintero, principios de cuentas de las que no andaba mal porque en el puesto de frutas se enseñó a recibir y dar el vuelto sin equivocarse, así como hacer la cuenta de la fruta que llevaban los marchantes.

Después de algún tiempo de permanencia en el Hospicio, el asilado Toribio dió en portarse

(1) Hospicio. Fundado por el Dr. Don Fernando Ortiz Cortés, Chantre de la Catedral de México. La construcción del edificio principió el 12 de septiembre de 1783.

mal y peor; se volvió pendenciero e irrespetuoso hasta con los superiores, debemos comprender que en sus primeros años no tuvo buenos principios y una mano enérgica que lo corrigiera, pues, ¿que podía hacer la anciana Agueda en favor de su hijo adoptivo? Cansertirlo nada más en los últimos años de decrepitud que le restaban de vida.

Toribio andaba en reyertas con los compañeros a quienes golpeaba, por lo que el Administrador lo castigaba con frecuencia encerrándolo en el lóbrego y húmedo calabozo lleno de sabandijas del que algunas veces salió para ir a la enfermería. El reducido cuarto estaba con un sinnúmero de agujeros ejecutados por tantas ratas y ratones que ahí anidaban y, en una de las reclusiones que sufrió el huérfano que nos ocupa, uno de estos repugnantes animales le mordió un brazo cuando se encontraba dormido y a riesgo que se lo amputaran debido a la infección que recibió.

Aburrido y desesperado ideó en fugarse de aquel establecimiento, cosa bien difícil por la vigilancia que ejercían los superiores; en las visitas que Simona hacía a Toribio, llevándole frutas y otros efectos de comer, éste le rogaba lo sacara de ahí, pues no quería permanecer más

tiempo, porque lo maltrataban sin consideración alguna y se quejaba de que muy seguido lo encerraban en el calabozo aquel; se lo enseñó a la frutera y vió que efectivamente salían las ratas, corrían por el patio y se metían a la cocina y salones.

La Simona le daba consejos al muchacho con el fin de obtener un cambio en su proceder dentro del Hospicio y en relación con sus superiores y compañeros, y le ofreció si se portaba bien, arreglar su salida; él continuó con sus malas inclinaciones y como la frutera no deseaba que Toribio abandonara el asilo, ningunas gestiones hizo en ese sentido.

Seguían pasando los días y los meses en su encierro, pero no se le quitaba la idea, que abrigaba en su cerebro, de fugarse el día menos pensado.

Llegó pues, ese día anhelado para realizar sus intenciones y la casualidad vino en su ayuda; como escaseaban los víveres en el Hospicio y había que hacer el repuesto de ellos, el Administrador ordenó que saliera del edificio un grupo de asilados para ir, en compañía del escribiente, a la tienda que estaba situada en la esquina de San Ramón y Puente de Balvanera a dos cuadras de distancia del Convento y mer-

cado de la Merced, tienda en donde fiaban al Ayuntamiento, ya que éste era el que pagaba después la mercancía de mala calidad que sería transportada por aquellos muchachos que hacían de cargadores. Formaba parte de ese grupo Toribio, quien al salir de la referida tienda cargado con un bulto mediano cuyo contenido era frijol picado, lo tiró al suelo abriéndose el costal y por consiguiente quedó regado su contenido. Acto continuo echó a correr Toribio; el escribiente, algo cegatón, no se dió cuenta sino hasta que salió de la tienda en la que se habían entretenido esperando los regalos para su persona, que envolvía el dependiente y que según el indicado escribiente, le correspondían por comisión del pedido aquel.

Con lo mencionado en el párrafo anterior, Toribio realizó su idea fugándose esa misma mañana tan propicia y sin que pudieran perseguirlo, porque sus compañeros posesionados en los primeros momentos de su asombro y cargados con sus respectivos bultos a la espalda, así como por la sorpresa de ver regado el frijol lleno de "gorgojos" y que tuvieron que recoger para marcharse con un mandadero sustituto del desertor; no se fijaron que dirección llevó en su huida; ignoramos como se las arreglaría el es-

cribiente al dar parte de la fuga de Toribio, pero lo más probable fué que el amanuense se puso de acuerdo con los asilados cargadores para que no hicieran mención del muchacho que faltaba al regreso con la mercancía y en esa forma, eludir la responsabilidad que se le acarrearía y por saldo de cuentas lo dispidieran del empleo que con trabajos había adquirido hacía diez y siete años atrás.

El desertor, muy conocido en el mercado, no se presentó por ahí temeroso que lo aprehendieran; a la mañana siguiente lo fueron a buscar precisamente al puesto de la frutera, pues en el Hospicio ya había sido descubierto el enjuague del escribiente quién fué denunciado por uno de los mismos asilados que sirvió de cargador el día anterior. Toribio que capáz que enseñara las narices por el mercado, menos en el sitio de Simona y, como era muy zagáz y atrevido, escogió otros barrios para esconderse, lo cual efectuó por los primeros días, al cabo de los cuales entró a una panadería para prestar sus servicios por cinco meses, sin salir a la calle. Con ese ardid consiguió estar a salvo de la tenaz persecución ejercida en su contra.

La busca del muchacho seguía con resultados infructuosos, no obstante que se insistía en

aquella no tanto por la fuga, sino por las prendas de ropa que llevó consigo, pertenecientes al Hospicio. La desertión del asilado se descubrió hasta el día siguiente porque el escribiente no dió parte de la evasión oportunamente debido al temor de que a él se exigieran las responsabilidades consiguientes, sin perjuicio de cubrir el importe de las prendas de ropa propiedad del susodicho Hospicio y que se llevó puestas el fugitivo, y como dicho escribiente no pudo adquirir en el baratillo las tantas aludidas prendas, tuvo que pagarlas de su raquíscico sueldo y como el valor de aquellas no era para desembolzarlo él inmediatamente, muy a su pesar se lo descontaron en partidas hasta completar el precio de ellas.

Sin embargo de haber tenido que pagar las ropas antes citadas, se congratuló de que algún Santo de su devoción, le hizo el milagro para que no lo despidieran de su humilde empleo porque además de carecer de él, lo dejarían sin hogar ya que en el Hospicio vivía y se le ministraban sus alimentos, aparte de gratificaciones o regalitos periódicos que recibía del dueño de la tienda del Puente de Balvanera.

Nosotros seguimos con apacible calma el trascurso de los largos meses que Toribio trabajó en la panadería y de la cual obtendría recur-

sos pecunarios que más tarde podrían servirle para algo, ya que, como recordarán los lectores, no contaba en su bolsillo ni con un real.

A los cinco meses salió del amasijo muy sucio y revolcado de harina nuestro joven o sea Toribio, resuelto a no seguir por más tiempo en ese trabajo tan rudo para él y porque las desveladas continuas y siempre cerca del calor que despedía el horno de la panadería, así como hasta el mismo pan, le habían fastidiado; así es que, sin decir adiós... a los amos ni a los compañeros, se fué para no volver. El se lamentaba mucho, además de los motivos expresados, de que en su encierro lo trataron mal, tal y como tenían costumbre los citados amos con todos los trabajadores de esa panadería.

Como se dijo antes, Toribio se deshizo de las prendas que llevaba consigo el día de su fuga y que pertenecían al Hospicio, tanto porque estaban inservibles como por lo sucio que quedaron en los cinco largos meses de martirio en la ya mencionada panadería.

Al verificar lo anterior, lo hizo en cuánto compró ropa para cambiar su indumentaria y su presentación; pues en una barbería que encontró más inmediata, lo pelaron y de allí se marchó a comprar sus zapatos de gamuza.

Ya una vez medianamente arreglado, se presentó en una tienda del Paríam a solicitar se le diera acomodo en calidad de mozo, pues no obstante que para ese puesto no eran sus aspiraciones, no tuvo más remedio que decidirse a trabajar en ese destino y, como fué aceptado, se puso a las órdenes de un español, que era el propietario de dicha tienda, el cual ya era bastante conocido de todo el centro por ser de genio muy fuerte y regañón.

Toribio, conforme avanzaba el tiempo aumentaba su flojera y desatención; pues en lugar de prosperar iba descendiendo en sus actividades.

En esa tienda pasó las de Caín, al extremo de que algunas ocasiones fué golpeado con la vara de dura madera que servía para medir los géneros, por el amo que, sin miramiento alguno se la aplicó varias veces en las espaldas y de los golpes recibidos, Toribio sufría en silencio y no decía nada porque no perdía la esperanza de robar al español, aún sin embargo de que el cajón de las ventas tenía chapa y no era comparable con la jícara de la frutera que ya conocemos.

Durante las noches, el amo y el dependiente dormían encima del mostrador de la tienda y To-

ribio la hacía en el suelo; éste tenía un sueño muy pesado porque, acostándose, no despertaba sino hasta el día siguiente, quizá se debía al resabio que le quedó de las desveladas sufridas en la panadería; así es que en las altas horas de la noche no podía hacer de las suyas con el cajón de los dineros que tanto codiciaba éstos para que llegaran en esa forma a sus manos y no por medio del trabajo honrado y tan difícil le era robar el producto de las ventas, teniendo sueño de piedra y cerrado con llave dicho cajón, cuánto más que el español y el dependiente aludidos, poseían un sueño tan ligero que no se les escapaba ni el ruido de una rata que discurría por las arazones.

A la frutera no volvió a visitarla Toribio por lo que con ingratitud le pagó los favores recibidos. Por otro lado, también puede ser que no lo hizo por temor de exhibirse por el mercado, lugar en que era muy conocido, inconvenientes ya apuntados y lo pudieran atrapar para que nuevamente pasara internado al Hospicio de donde se había fugado y al cual no deseaba volver por ningún concepto.

Las intenciones perversas de Toribio resultaron fallidas en esta nueva tentativa, porque el español no era de los que se dejaban robar tan

facilmente, pues a pesar de sus años, tenía agallas y por lo consiguiente, siempre alerta de sus caudales.

Como Toribio tenía obsecación al robo y al comprender que no podía cometer sus hurtos en aquella tienda, resolvió separarse y liquidó cuentas con el amo.

Un conocido de Toribio, que lo vió al azar, en la calle, le ofreció, en cuánto supo que carecía de trabajo, el colocarlo como ayudante en una oficina y el ofrecimiento se cumplió al día siguiente, pues empezó a trabajar con el carácter antes dicho en una dependencia de las Casas Consistoriales; (hoy Ex Ayuntamiento de México) cuya oficina estaba en los bajos del referido edificio con entrada por la antigua Callejuela.

En la actualidad, la acera de enfrente al costado del indicado Ex Ayuntamiento o sea la referida Callejuela, desapareció debido a la acertada disposición dado por las Autoridades competentes que aprobaron el interesante proyecto para abrir al tránsito una bonita y espaciosa urbe que por nombre lleva: "Avenida del 20 de Noviembre", a la presente en ambas aceras se han levantado edificios de varios pisos de mo-

derna construcción, (1) ostentando en los bajos de todos estos, importantes casas comerciales donde diariamente acuden numerosísimos transeúntes, (digo peatones como ahora se estila) a admirar sus aparadores llenos de telas de diversos colores, confecciones, calzado y otros artículos cuyos aparadores están protegidos por grandes cristales instalados en las tiendas de toda la mencionada Avenida que desemboca en la Plaza de la Constitución, precisamente al centro del monumental e importante Templo de la "Catedral de México"; edificio que le tocó en suerte a Don Manuel Tolsa terminar haciendo las consiguientes reformas en él, así como al proyecto anterior; dicho señor recibió el nombramiento como Director de las obras de conclusión en mil, setecientos noventa y tres, seis años antes del principio de estas narraciones históricas; a además de las modificaciones emprendidas y complementarias de esa grandiosa obra, orgullo de México, cabe citar aún cuando en forma suscita ya que este libro no reúne esta especialidad, la siguiente:

(1) Están por terminarse las obras de un grandioso edificio, esquina del 20 de noviembre frente a la Plaza de la Constitución, propiedad del Gobierno del Distrito y destinado a sus Oficinas, es suntuoso y parecido al antiguo del Ex-Ayuntamiento.

El genial Tolsa, con su indiscutible inteligencia y capacidad, ya que, como se dijo en el párrafo anterior, modificó el proyecto primitivo de la fachada principal de dicha Catedral y construyó su esbelta Cúpula central de peraltada linterna agregando las balaustradas colocadas en el coronamiento del indicado edificio y por otra parte, como en la actualidad se admira, el del frontispicio encuadrado con el cubo del reloj y como remate el incomparable grupo de los Tres Virtudes Teologales y cuyas estatuas representan: "La Fé" que se levanta arrogante con su casco, "La Caridad" apoyando a su pecho una criatura y a otra de más edad, protegida con su mano izquierda y, "La Esperanza" que busca un apoyo en el símbolo del áncora; las tres figuras lucen los pliegues de sus ropajes en forma magistralmente. Moles de piedra transformadas por la concepción y el cincel en tan diestra mano, del artífice Tolsa, que al ver la luz primera en Valencia,—España, estaba designado por el destino, para que México disfrutara la herencia que éste dejó con sus obras de arte; así pues, no cabe duda que la Catedral con la nueva Avenida del Veinte de Noviembre, ahora ha ganado mucho, ya que reproduce una bella y atractiva perspectiva, completándola con la

reformada iglesia de San Bernardo (1) reliquia del antiguo y desaparecido Convento de Religiosas de su nombre, la que ostenta una fachada de recamados y cincelados adornos de cantería y reputada hasta por los profanos en el arte, de una verdadera joya arquitectónica de su época y con todo esmero y cuidado fué repuesta la parte afectada con la apertura de la avenida mencionada. (Hoy forma esquina con la indicada Avenida del Veinte de Noviembre y la antigua Calle de San Bernardo.)

En aquella oficina (dependencia de las Casas Consistoriales) siguió Toribio por algún tiempo en su cotidiano trabajo, pero no se le apartaban las pésimas costumbres adquiridas de sus malas compañías y en ese ambiente fué creciendo hasta que, ya separado de la oficina en cuestión, ocupó la plaza de Cabo en el Cuartel de un Regimiento de Dragones.

El sistema que empleó en el mencionado Cuartel, fué de imperativo e injusto para los inferiores o sean los reclutas y soldados de línea y, sumiso con demasiada bajeza para el superior.

(1) La Iglesia de San Bernardo se fundó en el año de 1636. Hasta la fecha está destinada al culto católico como antaño.

Con estos antecedentes, al poco tiempo, como era de esperarse, logró ascender a Sargento Primero y se le encomendó el pago de los haberes de su Escuadrón, así como la adquisición de los forrajes que consumían las acémilas y caballos pertenecientes al mismo Regimiento, no obstante que eran labores o atribuciones que correspondían al Teniente Forragista pero suplió temporalmente a éste por causa de enfermedad.

A los dragones que dependían de Toribio, los trataba pésimamente mal y les quitaba (llámese robo) medio real a cada individuo por semana y llegó hasta tracalearle al dueño del Mesón de Forrajes del Puente de la Leña que era quien surtía las pasturas destinadas a los animales pertenecientes al Cuartel.

Se ignora de qué medios se valió tan rápidamente que de la noche a la mañana, como vulgarmente se dice, de Sargentón, con reducido mando, resultara Coronel, aún cuando con ese grado no se le llegó a ver uniformado.

Fácil es explicarse: en aquella época eran muy frecuentes los pronunciamientos y las caídas de los Presidentes; así pues, es de creerse que Toribio se "vendía" y al deleccionar se pa-

saba con todo y gajes al enemigo, recibiendo por ello premios y ascensos.

Las características de Toribio eran desagradables, porque su proceder muy bajo, ruin, adulator y convenenciero, imprimía para todo el interés; en resumen: desconocía por completo la dignidad como ya lo vimos en párrafos anteriores al tratar de sus inclinaciones delictuosas. Con su referida bajeza y demás medios a su alcance, se introdujo con los compañeros de armas y superiores, quienes por no echarse la enemistad de este repugnante sujeto le toleraban cierta consecuencia que él no se merecía.

Así las cosas, resolvió establecerse en México fuera del servicio activo y para ello solicitó de las Autoridades Militares, de quienes dependía, licencia la que le fué concedida.

Aprovechando su licencia, siempre en mala lid, ideó y puso un Obraje para que le sirviera a la vez de negocio como encubridor de una casa de moneda de mala Ley. Ese era el objetivo principal que perseguía y estaba enteramente de conformidad con sus estudiados planes de ladrón.

Todo se le proporcionaba a las mil maravillas, pues encontró y desde luego tomó en arrendamiento una casa amplia, aislada con salidas

y entradas escusadas que correspondían al Pedregal de San Angel, muy convenientes para casos urgentes e imprevistos en que, llegado el momento, se obtuviera una evasión sin ser vistos ni dejar sospecha o rastro de ella.

Esa casa vieja y destruida por el abandono de su dueño, se encontraba a extramuros de la población pintoresca del ya referido San Angel, con sus huertas, flores, sus zanjas regadoras de aguas limpias y cristalinas que bajaban serpenteando de las vertientes de San Jerónimo; la que por estar al último de la serie de construcciones urbanas y cerca del Río de la Magdalena y con aspecto miserable, Toribio escogió dicha casa.

Hizo sus preparativos de cambio al enviar grandes mesas de madera blanca, sillas de tule propias para la costura, armazones de madera que contendrían el paño y géneros indispensables; paquetes de hilo, botones, agujas, cintas y otras cosas; candiles para el alumbrado y menesteres de cocina; muebles para el despacho y para la habitación que ocuparía el encargado. Se procedió desde luego, pero ante-todo, a la mudanza que se hizo en una noche oscura y que fueran bien empacados los útiles como los volantes que se emplearían en la fabricación de moneda los que, al llegar, serían introducidos

a la cueva por los mismos interesados en guardar el secreto, ya que ese subterráneo era a propósito para el caso.

Ya instalados en el obraje, se empezó a confeccionar las prendas de los oficiales del ejército que habían mandado hacerlas, ensanchada la industria con una contrata que consiguió para hacer uniformes de munición destinados a la tropa; colocó a un numeroso contingente de costureras las que obligó a que trabajaran todo el día y parte de la noche, pagándoles un mesquino sueldo insuficiente para subsistir medianamente; pues un real y medio era el salario por día asignado para cada una de aquellas mujeres las que dejaban la salud con qué entraban para salir algunas de ellas, con los pulmones hechos pedazos, las que pasaban al Hospital para curarse de la tisis. A Toribio no le importaba las miserias humanas; él era número uno en todo y trataba siempre de sacar para sí la mayor ventaja posible.

El negocio, en la forma descrita, le dejaba un gran porcentaje de inmorales utilidades. Tómese en cuenta sus procedimientos. Además, adquiriría a bajo precio los géneros y paños necesarios para la confección de los pedidos que le hacían en grandes cantidades.

El Cortador y encargado del obraje que había llevado Toribio, era un sujeto delgado, chupado, cuerpo de sietemesino y de nombre Nazario Mendoza, (Mendozita) a quién después veremos en otro oficio de tallador muy listo y astuto para las triquiñuelas aplicadas a la barraje compuesta.

Toribio se hacía pasar como Coronel, Empresario y Sastre; lo primero no llegó a confirmarse si tenía efectivamente ese grado y, lo último, no se le vió que alguna vez en el obraje, se pusiera a cortar una prenda de ropa, pero ni unos calzones de manta cosía. En el Hospicio, cuando fué asilado, era distinto, pues medianamente pudo coser y acortar varios pantalones para que sirvieran a otros internos; entonces hacía remiendos mal hechos y fruncidos por lo que el Maestro Sastre le propinaba coscorrones y pellizcos.

El tal Toribio, era un gran tunante de sietemesino con fachas y actitudes de capatáz.

No se le olvidó de que fué sargento mandón y que en el obraje ejercía su autoridad en perjuicio de las pobres y tímidas costureras a quienes trataba mal usando palabrotas de cochero y sólo para aquellas cuyas facciones atractivas le simpatizaban, era deferente y las enamoraba a

la usanza de un cargador, pero estas trabajadoras aún sin embargo de su humilde condición no se comparaban con las maritornes de baja categoría y que buscaba ese "Don Juan".

Ese era el lado flaco del Coronel y tan acostumbrado estaba ya, que no podía sustraerse a él, por lo que sostenía tres casas, las cuales más adelante se hablará de ellas, ya que disponía de regulares sumas provenientes del vestuario y de la casa de moneda falsa que regenteaba la que, como ya sabemos, instaló en la cueva o subterráneo, teniendo de cómplice a un platero que consiguió, por medio de sus astucias y dinero, sacarlo de la cárcel no obstante que estaba preso por el fraude cometido en la falsificación de Papel Sellado para cuyo trabajo tenía unos troqueles que, como era buen grabador, él mismo los hizo y en todo le fué muy útil a Toribio.

El negocio principal de este truhán consistía en la acuñación fraudulenta, que se llevaba a cabo únicamente durante las noches y para la misma permanencia el platero de nombre Vérulo Valiente, (no hacía honor a su apellido como hombre valiente) quien salía en la madrugada antes de la hora de entrada a las labores de las costureras y aún cuando las puertas de

acceso al interior del obraje podían dominar el lugar reservado para penetrar al escondite, se tomaba toda clase de precauciones por lo que no llegó a saberse de la existencia de esa casa de moneda falsa en San Angel, lugar en dónde no circulaba un sólo peso de fabricación fraudulenta, pues su circulación se verificó en la capital y en algunas poblaciones de importancia del interior.

Virtualmente hablando, el obraje fué guardián inconciente de lo que pasaba en el subterráneo a las horas que las costureras se entregaban en sus respectivas casas al Dios Morfeo o sea al sueño y a pesar de que tantas mujeres entraban y salían en el propio obraje, ninguna de éstas sospechó las maquinaciones del Coronel. Para evitar suspicacias exageradas en la casa en dónde iba a dormir durante el día, el platero se hacía pasar como velador del referido obraje, pero ese ardid fué para despistar sospechas y al día siguiente, después del sueño reparador, reanudar sus faenas nocturnas.

El Coronel era un gastador muy despilfarrador.

Cuanto dinero llegaba a sus manos se esfumaba por exhalación y no es de extrañarle porque algunas veces y muy seguido, se vió

en apuros para cubrir sus compromisos, además los contraídos por sus mujeres a las que sostenía con relativo lujo y los ineludibles que eran el pago de las rayas semanarias del obraje.

Todos estos contratiempos, los zanjaba en el Empeño con alhajas que llevaba por el momento de apuro y que pertenecían a su esposa Doña Trinidad, con la que sí estaba casado como Dios manda; también extendía libranzas que le reportaban réditos muy crecidos, impuestos por los agiotistas que sabían aprovecharse de las circunstancias, pues ellos jamás se tientan el corazón para aliviar los apuros ajenos y, por el contrario, son inflexibles para el cobro de sus créditos.

Las otras dos mujeres, verdaderas sabandijas, sacaban todo el dinero que podían hasta dejar sin ningún real al Coronel y por consiguiente era más que difícil que prestaran a aquel cantidad alguna por insignificante que fuera; en cambio, siempre en acocho y exigentes, empleando para satisfacer sus ambiciones, las amenazas, ya que conocían muy bien al Coronel como cobardón y pusilánime.

Realmente y no obstante la astucia del Coronel cayó éste en las garras de dos buitres disfrazados de amantes mujeres, de corazón ne-

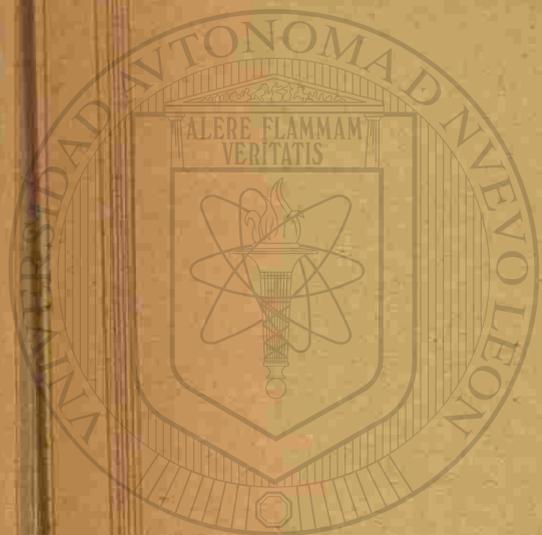
gro y pelo en pecho; una de ellas, "La María" ex-amante del portugués Manolete e hija de la lavandera de Isabelita o sea Angela, la del barrio de la Palma, que tenía la lengua rayada como las víboras de cascabel y que por herencia, la hija salió peor que la madre, presentándola de cuerpo entero en la siguiente obra novelesca que por todos conceptos, es muy interesante y su amena lectura será del agrado de los amables lectores, quienes quedarán satisfechos.

La paga de los uniformes de la tropa andaba atrasada porque el Gobierno de aquel entonces disponía de un presupuesto muy exiguo, pero después de hacer un sinnúmero de gestiones, conseguía el Coronel que se los pagaran, pues se aprovechaba de intermediarios que le cobraban muy caras sus influencias; pudo reunir suficiente dinero, producto del vestuario, así como el adelanto que le hicieron a cuenta de otra contrata en la que intervino un sujeto listo de los mismos militares y obtuvo las dos cosas mediante participación como es natural, que le ofreció el Coronel Toribio. Con esos fondos ya aumentados y con los de la pequeña casa de moneda falsa y esquilados éstos en parte por las dos voraces amantes, se propuso

y lo llevó a efecto, abrir una gran casa de juego a todo lujo en el mismo San Angel, que la describiremos con todos sus detalles en el capítulo siguiente y último de la presente narración y en esa nueva casa figura el sastre y tallador Mendozita, que éste sí era realmente sastre y que fué encargado del obraje aquel, el que, con motivo de la apertura de la casa de juego, la cerró con doble objeto; pues se sospechaba ya de la fabricación de monedas falsas. Traspasó el negocio del vestuario a otro militar de más agallas.

Volvamos nuestra atención al Cura Rodrigo y demos rienda suelta para completar, con los antecedentes ya apuntados, los manejos del huérfano Toribio que en párrafos subsecuentes nos ocuparemos al exhibirlo ya transformado en sus actividades, pero siempre en la pendiente tortuosa de su marcado destino.





CAPITULO SEXTO

TORIBIO SASTRE CORONEL,

SU EFIMERA CASA DE JUEGO EN SAN ANGEL

EL FIN DE ESTE Y DEL CURA RODRIGO

UNA mañana los habitantes de la parte poniente de la población de San Angel, se dieron cuenta de la presencia de un tipo ridículo y repugnante, vestido de estrafalaria manera.

El hecho de presentarse en el poblado ese individuo no les llamó tanto la atención su pésima presentación, como antes se dijo, sino lo altanero e insulso, pues con muecas y palabras alti-sonantes se movió de todos los expactadores que lo veían transitar por esos lugares.

Ese individuo encabezaba a un grupo de trabajadores, los que llamaban la atención por el número crecido de sus componentes, así como

de que iban provistos de sus herramientas correspondientes, ya que se trataba de albañiles, pintores, carpinteros, fontaneros y otros más de distintas labores pero relacionados con las construcciones y arreglo de jardines y huertas.

Dicha caravana llegó a la plazuela de Colosía y ahí hicieron tiempo mientras abrían la puerta principal, que dá al mediodía, de una casa señorial en dónde tenían que presentarse. Una vez franca la entrada, penetraron aquellos hombres para dar principio a los trabajos que de antemano se habían señalado por los maestros respectivos.

Es de advertir que al desaparecer el tumulto formado por los trabajadores indicados, terminó en la plazuela la expectación de los vecinos, quienes se retiraron a sus casas o lugares de actividades, pero siempre picados de la curiosidad por lo que pasaría dentro de la casa en dónde se introdujeron los referidos trabajadores, máxime de que no podían indagar desde luego el motivo por el cual había ese movimiento de gente, tan extraordinario.

Una vecina de las que estaban en el grupo, de nombre Crescenciana a quien con todo cariño y por su edad, pues frisaba en los sesenta y ocho años, la nombraban con diminutivo y le

anteponían el Doña para hacerla gran persona y por lo tanto, Doña Crescencianita, tuvo la suerte o más bien la zagacidad de informarse de todo lo que había motivado la presencia de el ya indicado tumulto de trabajadores. Sabedores los curiosos de que la misma Doña Crescencianita les sacaría de dudas tan amargas que experimentaban por su curiosidad tan manifiesta, le formaron rueda y guardaron todo el silencio que era de esperarse para no perder ningún detalle.

Ella (Crescencianita), empezó por el ceremonial innato de la gente pueblerina y les dijo que aquellas gentes iban a trabajar para establecer una casa de juego cuyo empresario era nada menos que el individuo que recibió en la mañana, las burlas de los vecinos y que ya conocemos en párrafos anteriores pues se trataba de nuestro Toribio, el llamado Coronel y Sastre, y no era ni lo uno ni lo otro, misma persona que ocupaba una casa a la orilla oriente de la población en la que tenía el obraje que días antes traspasó.

Como era de esperarse y ya satisfechas de su curiosidad, aquellas gentes le agradecieron sus informes a Doña Crescencianita, pero no dejaron todos de hacer comentarios por su cuenta.

Después que dieron término a las composturas e instalaciones necesarias, emprendidas en la susoacicha casa destinada a "Garito", y a las dos semanas de abierta al público, Toribio entabló aparente amistad con una persona rica (aquí aparece nuevamente el Cura Rodrigo) a quien invitó a comer a su casa y estas invitaciones se sucedían con frecuencia, ya que la amistad, aún sin embargo aparente, era muy estrecha no por la personalidad del Cura, sino a los dineros de él.

Diariamente Toribio, o sea el "Coronel", pasaba por el Cura al curato cercano, porque se hicieron muy amigotes. Así son algunas amistades que quieren aparecer como sinceras, pero lo único que buscan diversos sujetos es el oro o cuando menos adorar al becerro del mismo metal tanpreciado y para quedarse con la ilusión de lo ajeno.

Hay muchas personas que se desviven por sus semejantes, los avasallan y como si fueran santos, los ceremonean y hasta aplican en ellos, virtualmente hablando, el incienso embriagador, no precisamente por la bondad recíproca, sino por ver que pueden sacar del prójimo aún cuando de él, a sus espaldas, se expresan con pestes y denuestos.

En cambio, otras personas de principios, de moral y de educación, en cualquiera de las circunstancias o eventualidades de la vida, siempre guardan, por su conducta intachable y ejemplar, la gratitud y el cariño; desprecian el interés mesquino y ruín que, sujetos llenos de prejuicios y arraigados en ellos, siembran la murmuración y la discordia con lo que dividen a las familias que son afines desde muchos años ha.

Por lo descrito anteriormente se podrá analizar; especialmente, en qué manos cayó el Cura Rodrigo para ser víctima de ese chacal vestido con exagerada elegancia. Lo exhibiremos: ostentaba una gruesa cadena de oro que, pendiente del ojal del chaleco de tela color verde fantasma, terminaba en el reloj de oro (Molleja de Guajolote) que guardaba en la bolsa respectiva; brillantes de tamaño poco común en dedos de ambas manos y un gran fistol prendido en la corbata de seda de un color muy chillante; calzado de charol de corte de una pieza con resorterías; pantalón de casimir claro con dibujos a cuadros y pieleras que evitaban se subiera éste; además, una flor roja y grande en el ojal de la ancha solapa de la levita. He aquí al figurón del Coronel vestido de paisano (ya

se dijo antes que no se le llegó a ver con uniforme de Coronel) y por su manera de presentarse, tan extravagante, le decían: en son de broma, ¡Qué fachas te traes Toribio!... ¡Pareces dueño de algún Circol

Nada hay en la vida que perdure, ni mucho menos que sea completamente perfecto; son ilusiones vanas. Todo acaba y sólo queda para los que le siguen, conservar los recuerdos gratos de los seres que se condujeron con buenas acciones; para aquellos del pasado que hicieron sufrir injustamente a los demás, se les honra con la indiferencia o con la amarga memoria.

La vida escabrosa de Toribio, fué siempre andar a caza de incautos adinerados. Era todo un pillo. Esa es la expresión, puesto que le conocemos desde su niñez.

Para agasajar a sus presuntas víctimas organizó un gran banquete y al efecto se dirigió a una casa de "Música para Bailes", situada cerca de la esquina de la calle de las Ratas (hoy de Bolívar) con la calle del Puente Quebrado (por ahora Calle de la República del Salvador); ahí contrató dos buenas orquestas bajo compromiso de estar en San Angel en la noche del sábado próximo y hechos todos los preparativos, se llevó a cabo la fiesta y en la mente de

Toribio se fraguaba el deseo de que el referido festín fuera seguido de otras noches más de juego; como se verá en los párrafos subsecuentes, no sucedió así.

A Toribio no se le escapaba detalle alguno y precisamente escogió el sábado para verificar el mencionado banquete seguido de la partida, porque coincidía con el día de paga que les hacían a los miembros del ejército como a los empleados públicos.

Igualmente, abarcando sus fines de especulación, invitó a los principales Jefes de las corporaciones militares como a los de la Civil; a los propietarios ricos y personas de posibles que se habían quedado en México, inclusive el Cura Rodrigo a quien tenía bien cogido y no se le escapaba de las manos y, a todos les había echado el ojo como buen cazador.

La intención preconcebida de Toribio era la de desplumar por entero a los habitantes ricos de México por medio de la casa de juego que tenía en San Angel. Esa casa, como algunas de fuera de la Capital, que se llaman de recreo, tiene vista a dos calles y un camino que fué muy transitado en aquel entonces; la construcción que se ve en la esquina con frente a la Plazuela de Colosía o de los Licenciados, es só-

lida con gruesas paredes; sus fachadas son sencillas, puede decirse rudimentarias, y que no obedecen a ningún estilo determinado; el exterior, aparejado con la pátina del tiempo y su aspecto no corresponde con la importancia del interior; pues se ven las rejas de hierro, toscamente forjadas, colocadas en toda la serie de ventanas, sin pintar, así como una puerta de grandes dimensiones y gruesa, que servía para la entrada directa a la huerta y paso de las carretas; el zaguán principal, ancho, de puertas pesadas, de madera de cedro algo despin-tadas que ostentaban pequeños tableros con clavetones de bronce en forma de campana.

Esta casa solariega pertenecía, en las pos-trimerías de la época Colonial y principios de la Independencia, a la Marquesa de Selva Nevada, cuya finca, hace algún tiempo, pasó a ser propiedad del Conde de Brai, quien murió años después e ignorándose su actual poseedor.

La superficie del predio aludido no ha sido modificada desde hace muchos años y es de cincuenta mil varas cuadradas.

Pasemos al interior: tiene varios salones y numerosas habitaciones que estaban bien decoradas con sus cielos rasos de manta, pintados al temple y de sus centros colgaban los en-

ganchados candiles de cristales; mesas de bo-liche; caballerizas, pajar y cochera hasta para cuatro carruajes; jardines espaciosos y bien atendidos en sus cultivos de plantas florales y arbustos; invernadero lleno de macetas pequeñas de barro con plantitas en embrión que recibían el sol a través de su techo de vidrios; fuentes con surtidores; estanque con peces de colores; estatuas y jarrones de metal; rosaledas, jazmines llenos de flores perfumadas, madre selva; árboles frutales con finas manzanas, perales de varias clases y especialmente las de Vergamota, aguacates, plátanos de ornato, frondosos y corpulentos fresnes con follaje verde esmeralda de sus retoños que proporcionaban una vista agradable al espectador; castaños, morenas y nogales con sus frutos maduros de la estación y la abrigadora sombra de éstos tan saludable en los días del Estío; además un kiosco rústico formado de troncos y ramas, con techo en forma de cono cubierto de paja de trigo y en su interior, una mesa y bancas de madera a la rústica; se podía ver en sus entradas y colocadas sobre bases de piedra labrada, cuatro estatuas que representaban a: Diana, Marte, Júpiter y Saturno.

Esta gran casa con todas las comodidades

de la época, fué escogida por el empresario que ya conocemos y destinada para su cuartel general, teatro de sus bastardos planes de ambición.

Toribio hizo un viaje expreso a México para surtir la despensa. Compró vinos y diversos licores, pavos, liebres, pescados, quesos finos, frutas secas, diferentes conservas en lata y otros menesteres. Ajustó a dos cocineros extranjeros: uno francés y otro italiano que vivió en la Pastelería situada en el Puente del Espíritu Santo, entre el Coliseo Viejo y calle de Cadena, (hoy Avenida de Isabel la Católica, calle del Diez y Seis de Septiembre y de Capuchinas, respectivamente).

Aumentó el número de meseros y demás servidumbre para atender a los invitados al banquete, el que se encontraría lleno de viandas exquisitas, fiambres, estofados, pasteles, nieves, canutos y otras golosinas propias para el caso, así como en renglón aparte, los vinos y licores.

En San Angel, lugar recreativo de todas las familias, cuando se trataba de las fiestas del Patrono del lugar, se dieron cita todo lo grande de la Capital y, por tal motivo, parece exagerado decir, que no había lugar disponible para los visitantes, pero ni hospedajes se encon-

traban para las familias que, forzosamente, por sus criaturas, necesitaban alguno bajo techo.

Huelga decir que la mayoría de aquellos moradores, eran provenientes de la Capital como de algunos lugares circunvecinos de la población en que se verificaban los festejos.

Esa temporada de vehementes recuerdos de jóvenes de aquel entonces como viejos actuales, si es que la parca del destino les permitió vivir, llevan impregnados en sus mentes la felicidad y ventura del ser.

En resumen: El bullicio aquel de inusitada alegría, recibió con notas alegres, llámense de oro la noche venidera.

Por fin, llegó esa noche deseada... El reloj tocó las diez campanadas bajo el impulso de su insólita maquinaria pero con tal gravedad que todos los oyentes y moradores del lugar, como si se tratara de la Oración, la acogieron con profunda veneración.

En la casa de Toribio era en dónde se encontraba la selecta concurrencia.

Por otra parte, será ironía del destino o qué se yo... En la propia casa, o sea de Toribio, se preparaban, también con inusitada algarabía, como se trataba de los dominios principales de

Birján, a recibir a su Rey con el esplendor y gala que siempre, para ellos, era objeto.

La suntuosa residencia de Toribio, albergue de tan escogidas y galanas personas, de pronto se vió interrumpida por los acordes ejecutados de las grandes orquestas instrumentales dirigidas por profesores bien connotados de la época y contratados especialmente para esa ocasión.

Las notas que lanzaron, con arpegios armoniosos, al espacio, fueron las de un alegre dancón que, dicho sea de paso, estaba de moda en ese tiempo.

Ese momento fué de trascendencia para los concurrentes, pues unos como otros se acordaron, indistintamente, del pasado como del presente, ya sea en pro o en contra, pero el caso es que todos, se esbozaban pretextos para estar alegres.

La alegría fué aumentando paulatinamente a su estado máximun, e hizo que los corazones de las personas allí reunidas reflejaran sus sentimientos con sus propios actos, pues unos se conformaban con recrear sus miradas con las de las damas jóvenes, de cuando en cuando, las cruzaban; otros, llenos de esperanzas y ambición por obtener una fortuna mediante el jue-

go, se hacían ilusiones de que en breve ya verían realizados sus deseos y, los más, muy adictos al Dios Baco, refrescaban sus gargantas con los espumosos vinos que en cuanto los corchos de las botellas que los aprisionaban volaban al espacio, eran servidos en sus respectivas copas cristalinas de límpido Baccarat por tratarse del anciano Champagne que muchas y selectas generaciones habían saludado desde antaño. Otros vinos también fueron descorchados y, entre ellos se mencionan el Carlón, Jerez Misa, Moscatel, Mistelas, etc.

Para beber no se imponía medida ni condición; pues el pedir era una orden que inmediatamente se cumplía.

Los meseros no parecían tales en virtud de que su presencia era muy distinta al puesto que desempeñaban ya que en lugar de representar al genuino y fiel sirviente, constituían un remedo del elevado y honorable amo.

Todo el conjunto en torno de aquellas mesas, en el comedor y en los Cenadores contiguos, formaban un espectáculo encantador y más si se agrega a ello los adornos que por ser de plantas y flores, purificaban el aire con sus nítidos aromas.

Los adornos del lugar contribuían, en su es-

fera de acción, a la magnitud de la fiesta; pues se veían disparcidas en admiradas posiciones las macetas con plantas de sombra elevadas por sus altas columnas y como todo estaba circundado por diversos cristales, se reproducían las siluetas de los contertulios y era motivo para centuplicar los asistentes al dicho ya, gran banquete y baile.

También para esa fiesta se colgaron de varios árboles del jardín, farolillos de papel de diferentes colores y de formas caprichosas, los cuales, dotados de velitas de cera y encendidas durante la noche, producían un efecto maravilloso y singular.

Los preparativos no eran por demás, no obstante que todo estaba ideado de exprofeso, ya que las galas, matices, jaspeados y otros adornos ostentados en el lugar, era precisamente un atractivo para las familias y un gancho para los adictos de Birján.

Su mira especial era la de congratularse con Ministros, Generales, Coroneles y personas de dineros con el deliberado propósito de despojarlos de sus caudales y si era posible, dejarlos hasta en la cuarta pregunta, ya que contaba con un grupo escogido de talladores que hacían filigranas con la baraja para que em-

pleando medios punibles, todas las fortunas de los incautos jugadores quedaran en ese centro de vicio.

El lector comprenderá que esa casa de juego era un desplumadero atróz que, por medio de artimañas y trampas, desvalijaban a todo parroquiano que por su malhadada suerte llegaba a ese propio lugar.

Sí que era de lamentar el predicamento en que quedaban las estoicas familias que sin tomar parte directa en las sucias maniobras de aquellos ladrones disfrazados, pagaban con la miseria los tesoros que en el tapete verde y en forma ruín dejaban sus familiares.

Además de todo ésto, en los garitos no nomás se pierde el dinero que lleva consigo quien en mala hora osó asistir, sino que los hogares forzosamente reflejan el perjuicio, ya que en las apuestas se versan, además del propio dinero ya dicho, los bienes metálicos y patrimonio de la familia; pues hubo casos en que un jugador empedernido, decepcionado de la diosa fortuna, después de haber agotado sus recursos pecuniarios, personales, siguió con los de su familia incluyendo las alhajas, propiedades y hasta el honor, ya que, en una apuesta pro-

puso y fué aceptada, en caso de perder, su esposa.

Es tan mal consejero el vicio del juego que, no obstante el perderse el dinero, bienestar y honra, llega a tal extremo que sus adictos, olvidados por completo del pundonor, se suicidan creyendo que con un pistoletazo se olvida todo lo acontecido sin preocuparse de que a los seres queridos dejados en el mundo, les quedó el anatema imborrable del fin que tuvo el progenitor.

Hay países que por su cultura se consideran madres de la civilización y sus gobiernos persiguen entre otras lacras la fatídica del juego, ya que éste es el mal social que lleva aparejado otros de terrible consecuencias para los habitantes del lugar en donde tiene raíces dicho mal.

Otras de las lacras sociales son: la prostitución, el fanatismo arraigado en los seres de apocado espíritu y poca inteligencia, la embriaguez que es la devastadora de la humanidad, ya que los vástagos provenientes de los viciosos, además de heredarlos, son los propulsores de toda clase de crímenes que, aún sin embargo que se les combate con guerra sin

cuartel, desgraciadamente son los favoritos de un sinnúmero de moradores del universo.

Eran las doce de la noche, hora en que terminó el banquete de que hablamos antes y los concurrentes a él se apresuraron a ocupar los mejores sitios de los salones de juego que ya mencionamos con el suntuoso "Templo de Birján".

Sentados en sus cómodos asientos, en derredor de las largas mesas con sus respectivos tapetes verdes, como se estila, esperaron a que diera principio la formidable partida.

Las cajas de caudales, del empresario Toribio, estaban con suficiente dinero para responder a cualquiera de las cantidades que se cruzaran en apuesta por los numerosos jugadores.

Se oía el retin-tin sonoro de las onzas de oro que en sumas de varios miles de pesos estaban amontonadas en trinchas de cortas cantidades para facilitar con toda rapidéz, el pago de las apuestas que obtuvieran éxito por parte de los puntos, (así se denominan a las personas que del público toman parte en las apuestas) y ese ruido aumentaba por el que hacía el público al contar sus dineros para apostarlos.

Dió principio, en seguida, la gran partida.

El famoso tapete verde en un momento que-

dó cubierto de dinero proveniente de los jugadores que pulsaban por adquirir; medianamente un momento de buena suerte, irrisorias cantidades.

Aquellos salones de juego, se trocaron en centro de operaciones, pues se veían personas que exponían sus alhajas al azar de la suerte y si les era adversa, como a otros muchos, extendían libranzas para posteriormente (máximo veinticuatro horas) liquidarlas.

Pingües utilidades recibía el montero o sea nuestro ya conocido y no perdido de vista "Coronel", quien supo escoger a buenos y astutos talladores como los gurrupíes que sabían secundar perfectamente a los primeros y los nunca bien vistos y ponderados "Paleros", quienes, algunos de ellos, eran parientes por afinidad del montero y, con mayor razón, cooperaban para engañar al público sembrando en ellos la ambición y codicia por ganar, pero todo lo contrario les pasaba ya que hasta las humildes alhajas familiares de poco valor y de grande estima, dejaban porque sus bolsillos quedaban exhaustos sin medio real.

A las dos de la mañana las cajas de Toribio se encontraban repletas de valores: oro, alhajas, libranzas y compromisos por fuertes su-

mas, garantizadas con fincas; pingüe resultado de lo que se había jugado en las dos horas transcurridas.

El ambiente en los dos salones ya descritos, era sofocante; estaba la atmósfera viciada por el constante fumar y beber de tanta gente, así como del humo producido por el profuso alumbrado.

Aquella reunión, de jugadores, había sido extraordinaria.

Habíamos dejado al Cura Rodrigo quien, magnetizado por Toribio, se encontraba acomodado en un asiento cerca del tallador Mendozita. El gurrupí después que partió la baraja, la pasó al tallador aludido el que, con la destreza acostumbrada, rápidamente tiró cartas sobre el tapete verde; ésto acontecía a eso de las dos de la mañana y como el cura estaba inmediato y dada su perspicacia, (había de ser hijo de Andaluza inteligente) no perdió detalle en los movimientos de Mendozita, por lo que esta vez fué más listo Rodrigo que dicho tallador y descubrió que la baraja estaba "compuesta"; ésto le bastó para indignarse. Violentamente se paró de su asiento y con voz sonora y energética, habló a todos los jugadores ahí sentados y les indicó que aquella casa era de tram-

pas y bribonadas, como lo demostraba con el descubrimiento que había hecho del cochino sujeto que tenía al lado o sea el tantas veces repetido tallador, cómplice del gran falsario Toribio.

Ese informe fué la chispa que encendió los ánimos de sus oyentes e inmediatamente se suscitó un fenomenal escándalo del cual tomaron parte los ahí reunidos; hubo gritos ensordecedores, blasfemias a granel y como en río revuelto, ganancia de pescadores, algunos "listos" como aves de rapiña, se apoderaron de las repletas cajas del Montero "Coronel" y en un momento las dejaron vacías.

Los militares que se encontraban en aquel lugar, Generales y otros de menor graduación, desenfundaron sus pistolas e hicieron fuego al aire con la intención de imponer el orden, pero lejos de conseguirlo aumentó el desorden; pues toda tentativa y esfuerzo empleados, resultaron inútiles por la confusión.

Unos jugadores bien abarrotados sus bolsillos con oro y alhajas de alto precio, optaron por huir precipitadamente en varias direcciones.

Otros furiosos tahures en unión de espectadores ocasionales que se introdujeron a la casa,

especialmente los primeros con pistola en mano y los restantes, grupo numeroso, armados con patas de sillas que habían roto para el efecto, buscaban a Toribio por todas partes por sospechar que estaría escondido ahí mismo y con el deliberado propósito de encontrarlo para matarlo; pues esas eran las intenciones de varios individuos que deseaban castigar, por propia mano y como una justa venganza aplicada, según ellos, a ese fanfarrón y pillo descarado.

A Toribio, no obstante su cuerpo representativo de un Titán, luciendo el grado de "Coronel", que decía tener, pistolón al cinto que siempre ostentaba como manequí en escaparate, en esa ocasión de apuradas circunstancias, de nada le sirvió su aparente arrogancia, porque tomó el ejemplo de los cobardes faltos de valor civil que desaparecen como los artistas de teatro al retirarse de la escena según el cuadro que representan y tienen la necesidad de bajar violentamente por el escotillón del tablado; así fué como se esfumó Toribio, pero con la agravante de vergonzosa huida.

Realmente existía una especie de escotillón debajo del gran brasero central de azulejos de Talavera en la cocina de aquella casa, hasta

entonces y transitoriamente, ocupada por ese ladrón y sus numerosos cómplices, inclusive hasta algunos meseros que sabían escamotear los abrigos y otros objetos propiedad de los parroquianos de aquel lugar. En el brasero indicado era fácil ver, agachándose, una puertecita cuadrada de madera de dos tercias por lado, colocada al nivel del piso de la misma cocina en donde principiaba un túnel que despedía humedad al abrir el referido cuadrado de madera; ese subterráneo, misterioso, terminaba en el interior de un jacal pegado a una Troje, situado a la orilla del antiguo camino a Acapulco.

Ahí, en el jacal, estaba la salida cubierta por otra puertecita que no llamaba la atención.

Estamos seguros que Toribio la utilizó para escaparse en las tinieblas; máxime que eran, aproximadamente las tres de la madrugada con un cielo sin estrellas y estaba encapotado con gruesas nubes.

No se le volvió a ver por San Angel; pues abandonó la casa mencionada ya que así le convenía por las muchas cuentas pendientes que tenía con la justicia.

Volvamos nuestra atención a la casa del desorden: Por las detonaciones y los gritos angustiosos de algunas señoras que habían concu-

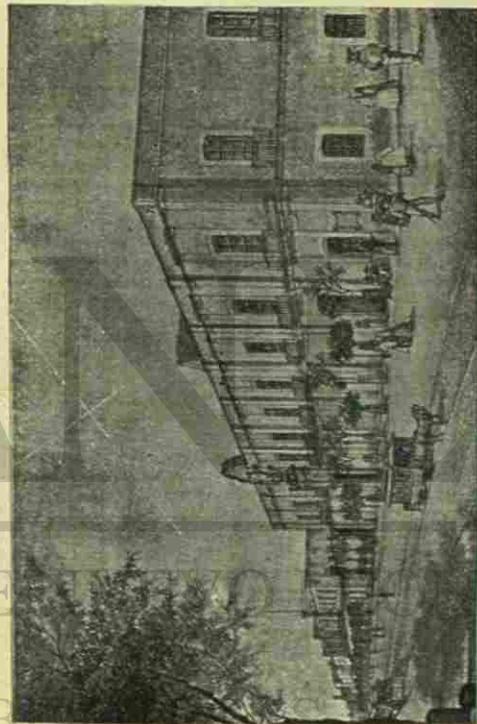


Lámina XXIX.—EX-ACORDADA Y HOSPICIO DE POBRES QUE EXISTIERON CASI FRENTE A LA CAPILLA DEL CALVARIO.

Lámina XXX.—PLAZA DE SAN JACINTO EN SAN ANGELO, (ilustración antigua del año de 1834.)

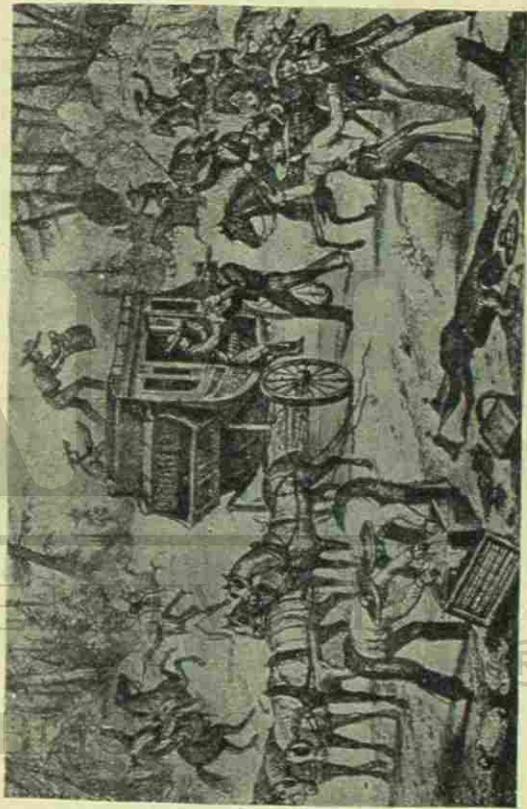
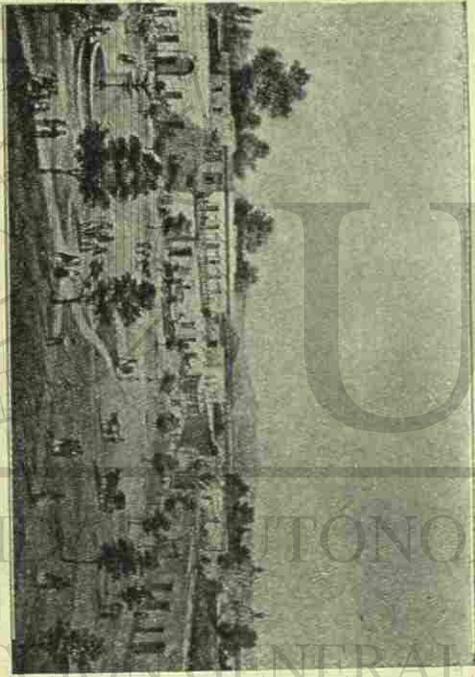


Lámina XXXI.—ASALTO A LA DILIGENCIA A UNA LEGUA DE SAN JUAN DEL RIO.

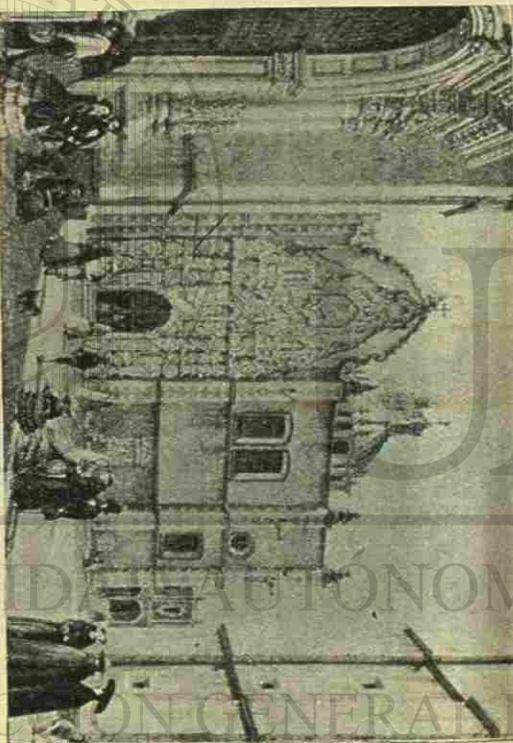


Lámina XXXII.—FACHADA DE LA IGLESIA DEL ANTIGUO CONVENTO DE SAN FRANCISCO.

rrido, entre las cuales se encontraban las más timoratas, desmayadas; los mirones que estaban en la puerta de la casa y los que llegaron poco después del zafarrancho, se introdujeron e invadieron todos los salones. Tal parecía la actitud de la gentuza desenfrenada que dispusieron de todo cuanto encontraron; pues su botín abarcó: Copas, platos, cubiertos, floreros, botellas de diversos vinos y licores y hasta las que estaban empezadas y semi-vacías; las viandas que se encontraba intacto su contenido, también arrasaron con ellas y, en fin un verdadero saqueo ya que no desaprovecharon el desorden y la confusión existente en el mismo lugar.

Los meseros y la demás servidumbre en consorcio con los trasnochadores que se colaron, se aprovecharon llevando consigo las botellas de vinos que se guardaban en la bodega, así como las vajillas propiedad del negocio y otras que fueron alquiladas en esa vez.

Tan escandaloso fué el saqueo que, pasados unos cuantos minutos, las mesas estaban sin patas, las sillas rotas; en los salones de juego se veía, en el piso, pedazos de botellas, de vasos, de copas, de platos, así como barajas rotas, fichas regadas por todos lados, y el aspecto que presentaba el lugar de los acontecimientos

tos, parecía un campo de agramante después de enconada batalla.

El Cura en su calidad sacerdotal no llevaba arma alguna para su defensa personal; pero, presentada esa ocasión, se armó de lo que primero encontró a mano, siéndolo una pata de mesa con la cual arremetió de golpes esquivando los que a él le dirigían con toda furia los gurrupíes que manifestaban sus iras contra él por haberlos descubierto en sus malos y pésimos manejos. Ellos, los cómplices, desde ese momento se consideraban sin trabajo, pues no necesitaron ser despedidos ya que de hecho los pusieron en la calle con el desmoronamiento del flamante negocio de la "Casa de Juego".

Después de batirse en la forma antes dicha, el Cura también pudo escaparse por una tapia de las de atrás de la huerta que correspondía a una calle y por ella se marchó ignorándose el lugar que optó de refugio. Es de dudar se haya ido con dirección al curato por ser el sitio que menos le convenía, ya que inmediatamente sería molestado por los enconados perseguidores.

Pasó algún tiempo y ya cuando nadie se acordaba de Toribio, porque no daba señales de vida, éste volvió a resurgir pero, en esta vez, como capitán de una partida bien organizada

de bandoleros que contaban con armas y municiones y operaban cerca de San Juan del Río (1) del Estado de Querétaro.

No se olvidó de sus antiguos camaradas a quienes asoció para sus actividades rateriles.

Sus fechorías las llevaban a cabo en el camino real en donde desvalijaban a los pasajeros que viajaban en las Diligencias que hacían sus recorridos de la Capital al interior y viceversa.

En los caminos solitarios paraban las Diligencias y obligaban a sus ocupantes que bajaran del vehículo para despojarlos por completo, llevándose todo lo que encontraban en sus personas como en la referida Diligencia. Igual cosa sucedía a los jinetes pero, a éstos, los dejaban sin cabalgaduras y menos mal, porque además de robar, ultrajaban y asesinaban a los inermes viandantes.

Con relativa frecuencia Toribio daba sus descolgaditas, como él decía, a México, para vender, cambalachar o empeñar, el producto de sus robos en aquella zona, así como para cambiar las monedas de oro por plata y pasar, a

(1) Se erigió en pueblo el año 1557 adquiriendo más tarde, los títulos de Villa y Ciudad.

guisa de descanso, unos días en alguna de las tres casas que ya sabemos sostenía.

Igualmente aprovechaba su estancia en la capital para aleccionar a los secuaces que llevó consigo para que bajo sus indicaciones y dirección, sin responsabilidad aparente para él, cometieron asaltos en las casas que previamente señalaban para que sus moradores fueran sus víctimas y, como lo determinaban, a las altas horas de la noche o en las primeras de la madrugada, cometieran sus robos.

En todos estos "trabajitos", (nombre dado por la banda a los robos efectuados en la Ciudad) Toribio personalmente no concurría por temor de salir perjudicado ya que, en capítulo anterior, vimos que era muy cobarde y temía ser aprehendido, pero ejecutados los ya dichos trabajos, reclamaba el producto y del cual se quedaba con la mayor parte.

Para borrar la pista de él y sus secuaces, inmediatamente mandaba a los suyos al lugar escogido de refugio y conseguía con ello, esquivar la persecución para no ser delatado y caer en manos de la justicia.

Al par que otros bandidos y asesinos de su calaña, parece que Toribio estaba predestina-

do a terminar sus días en el cadalso como resultado de su mala conducta y de su fatalidad.

Después de muchas pesquisas infructuosas, al fin no faltó quien delatara el escondrijo de los bandidos los cuales se encontraban en un antiguo mesón o posta semidestruida, situada a una legua de los suburbios de la población de San Juan del Río.

Obtenido ese informe, salió del propio San Juan del Río en donde acampaban, una patrulla de soldados para aprehender a todos los bandidos incluyendo a su temible y sagáz Jefe.

Los bandoleros avistaron las fuerzas que se aproximaban a su madriguera y se vieron en el caso de jugarse el todo por el todo, haciendo resistencia. Se parapetaron atrás de unas troneras las que perforaron en los pretiles de las azoteas del indicado mesón, pero no les valió esto porque, gracias al numeroso contingente de soldados enviado, se logró cercar a aquellos; hubo algunos muertos por ambas partes y sólo escaparon dos bandidos quienes montados en buenos caballos emprendieron desenfadada fuga rumbo al monte.

Los malhechores que quedaron con vida dentro del mesón, fueron capturados e internados en la cárcel del mismo lugar y como el número

de presos fué de diez y siete individuos entre los cuales se contaban Toribio y su segundo Verulo Valiente, los vigilaron estrechamente para evitar una posible evasión.

A los dos días fueron remitidos a México los dos sujetos antes aludidos porque las autoridades de la Capital tenían que juzgarlos por los muchos delitos cometidos hasta la fecha.

Pocos días transcurrieron y no pasaron éstos de ocho o diez sin que fueran juzgados los ya tantas veces mencionados delincuentes y cuya sentencia fué la de acabar sus vidas en el "Garrote" que para el efecto se preparó en la Plaza del Ejido.

Esa plaza del ejido ya no existe y en sus terrenos, muchos años después, se principiaron los trabajos de construcción del Palacio Legislativo y últimamente se aprovechó la parte central de la armazón de hierro, revistiéndola de acuerdo con los proyectos aprobados, para erigir el monumento a la "Revolución".

Los cuerpos inertes de los dos individuos sujetos a la pena del "garrote", fueron trasladados al Panteón de Santa Paula para darles sepultura.

Dicho panteón estaba ubicado hacia el norte de la ciudad, adelante del Puente del Zacat-

te, (últimamente calles de Santa María la Redonda) establecido este panteón en el año de 1784 y clausurado en mil ochocientos setenta y uno.

Cegada la existencia de Toribio en las circunstancias descritas, dejó viuda a su esposa Doña Trinidad, buena mujer quien afortunadamente, no tuvo sucesión y como única herencia de su pésimo marido le quedó el estigma y una situación económica muy difícil.

Las otras mujeres que sostenía Toribio, principalmente las más aprovechadas, siguieron una vida escabrosa sin acordarse del Coronel, el filón que les produjo granjerías; al saber la aprehensión de éste, lo abandonaron, especialmente la especuladora e insaciable María, hija del portugués que conocimos en el capítulo quinto de la presente narración, quien tenía la cara cortada con motivo de sus frecuentes riñas y de la que haremos mención en la siguiente obra que pronto entrará en prensa.

A los cuatro días de los sucesos desarrollados en la casa de juego de San Angel, en donde se tuvo un saldo de un muerto, varios heridos y lastimados, el Cura Rodrigo no podía tranquilizar su espíritu y por ello no salía de su Curato en espera de las consecuencias que

ya su corazón le anunciaba serían desagradables.

Las autoridades de la población veraniega hicieron algunas detenciones de individuos que resultaron ser los ladrones o cómplices de ellos en el saqueo, porque les encontraron en sus domicilios, varios muebles, objetos y utensilios pertenecientes a la casa de juego.

Al noveno día llegó un propio a caballo al curato con llamado urgente para que Rodrigo se presentara a las Oficinas del Arzobispado de México sin excusa ni pretexto; era apremiante. Como día domingo y hora de comer, dejó pasar el resto de éste, pero el lunes muy temprano, montó en uno de sus buenos caballos y emprendió el camino para cumplir aquella orden.

A medida que corría, más se ponía nervioso.

Llegó al Arzobispado todo fatigado; dió su caballo al mozo para que lo cuidara y en seguida se presentó ante el Prelado. Un chorro de agua helada que hubiera caído en su cabeza, menos impresión le causaría que recibir de labios de su Ilustrísima, que era de pocas pulgas, una filípica de **padre y muy Señor mío** quien acordó destituirlo del cargo, así como del sacerdocio por haber sido el principal promotor del zafarrancho en San Angel diez días an-

tes y, por lo tanto, en ese mismo momento se le recluía en una celda del Monasterio de San Francisco, (1) lo cual se verificó. (Toribio, como un reconocido cobarde, escogió su víctima a la que despojó de la mayor parte de su caudal y su porvenir).

Casi dos años duró Rodrigo en su encierro y al cabo de los cuales, pidió como gracia a sus superiores permiso para trasladarse a España, lo que consiguió, pero en esos días de preparativos de viaje, (Dios le anticipaba otro) cayó en cama a consecuencia de una pulmonía que adquirió en el lóbrego Claustro que le servía de obligada habitación; arrepentido de sus culpas, se confesó y, momentos antes de morir, suplicó al Provincial le enterrasen ahí mismo. Se cumplió la voluntad postrera del finado sepultándolo en un nicho de la iglesia del Señor de Burgos, Capilla que formaba parte del gran Monasterio de San Francisco y que años después, casi en su totalidad fué derribado; le tocó igual suerte a la referida capilla del Señor de Burgos en donde se erigió la casa número trece de la calle de San Juan de Letrán, cerca

(1) San Francisco, se fundó en México la Orden Tercera el 20 de Octubre de 1615.—Datos de la Obra de Don Marcos Arroniz.

de la esquina con la entonces nueva Calle de la Independencia.

El origen de la apertura de esta última calle, obedeció a la denuncia de un supuesto complot fraguado en el interior del Convento indicado por uno de sus religiosos. (El Padre Lecona).

La demolición se ejecutó para abrir la calle en cuestión, siendo ésta durante la época en que ocupó la Presidencia de la República el General Don Ignacio Comonfort.

En la actualidad, dicha calle de San Juan de Letrán, está enteramente transformada con la modernización que impera ahora pues no queda nada de lo que fué, ya que desapareció la iglesia del antiguo Convento de Religiosas de Santa Brígida ubicada enfrente de la también derruida Capilla del Señor de Burgos.

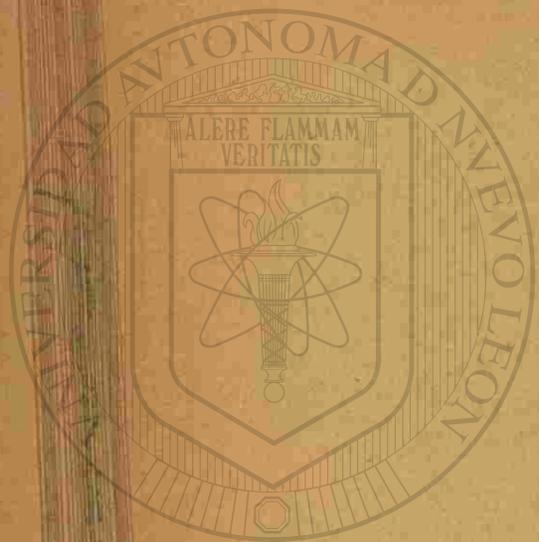
Nota: El autor de éstas narraciones históricas, en noviembre de mil, novecientos quince, presentó al entonces Gobierno del Distrito Federal, que al frente de él se encontraba el General Don César López de Lara, un proyecto precisamente para esa calle de San Juan de Letrán, ampliándola desde la segunda, rumbo al sur; aumentar la anchura de la primera de la Palma, tomando el alineamiento de la segunda de ese nombre (como ahora ya está eje-

cutado) y, por último, la urbanización y apertura de calles en el barrio de Romita.

Cristalizó años más tarde, el aludido proyecto realizándose pero ampliando aún más la Avenida de San Juan de Letrán, muy importante arteria comercial de la capital que se prolonga hasta más allá de la "Calzada del Niño Perdido", actualmente tiene un intensísimo tránsito de vehículos y por sus anchas banquetas van y vienen a todas horas, numerosísimos transéuntes o peatones; con referencia a la de la Palma, en la misma dirección, se han abierto nuevas calles con el nombre de "Palma Norte" y que desembocan a la antigua calle de la Cerca de Santo Domingo (hoy de Belisario Domínguez); de Romita, ya fueron varias abiertas comunicándose con las de la Colonia Roma.



FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EPILOGO

A L año siguiente de los últimos acontecimientos narrados y coincidiendo con los treinta y tres años, más o menos, de franca amistad principiada en aquella primera velada del entresuelo, Fernando decepcionado y triste, por varios motivos ajenos a su voluntad, parte en la Diligencia como había venido años atrás, con la diferencia de los años de edad, de los desengaños sufridos en su azarosa vida y el recuerdo perenne de aquellas nacientes ilusiones del pasado, casi muertas.

Se dirigía a un paraje cercano a la capital de uno de los Estados del interior sin más compañía que su fiel perdiguero favorito, su arcón de cedro de la Habana, enfundada su escopeta, buena dotación de pólvora, tacos (1) y municiones; y, para conseguir con el aislamiento el olvido de sus penas, buscaba el acercamien-

(1) Tacos, de cartón o fieltro destinados a la carga de las armas de fuego.

to del más allá entre el verdor de los campos cultivados, de los tupidos bosques de encinos y pinares en dónde, de rama en rama y cerca de sus nidos, rebototean los pájaros cantores, gorgoteando y lanzando al espacio sus claras y diminutas armonías al son del producido eco, constante, del murmullo monótono del arroyuelo de aguas cristalinas que rosan con los guijeros en su curso.

Eran las siete de la mañana de un invierno de intenso frío; pues se contaban los últimos días de diciembre y ya habían pasado algunas horas de molesto viaje dejando la Capital a la que nuestro médico no regresaría más.

Llegó la Diligencia a esa hora con sus siete mulas jadeantes y sudorosas, llenas de polvo del camino, a su primera posta; ésta era el lugar de almuerzo de los pasajeros y remuda de las bestias de tiro.

Se encontraba cerca de ese sitio, y acampado, un Regimiento en el Caserón algo destruido de la hacienda de "El Fresnillo", propiedad del Conde de Peñablanca; rara coincidencia, ya que al emprender nuevamente la carrera de la Diligencia para abandonar ese lugar, la música del regimiento principiaba a tocar el Himno perdiéndose el sonido de las vibrantes notas

de la primera estrofa, entre el chasquido del látigo del Sota-cochero y el rodar del pesado carruaje. El médico, en cuanto se dió cuenta de que tocaban el Himno, levantó la cortina de cuero y asomó la cabeza por la ventanilla; los recuerdos del pasado, cuando estudiante, se agolparon en su mente, ya que esa misma estrofa fué su predilecta en la mocedad desde que Isabelita se la tocó en el Clavecín de su casa.

Años más tarde, en aquella soledad de voluntario retraimiento, Fernando el médico entregó su alma noble y generosa al Creador.

Fué sepultado, según voluntad postrera, cerca de un arroyo que corría el pie de un añoso fresno cuyo ramaje proporcionaba una agradable y fresca sombra. Ese mismo árbol fué testigo mudo de sus pensamientos y evocaciones al atardecer, ya que muchas veces se le vió sentado al pie de dicho árbol, luciendo su luenga barba de sedosas y prematuras canas, con las que parecía un ermitaño simpático.

Así pues, sin ceremonias luctuosas por el triste acontecimiento que presentó la humildad en consorcio de escasos dolientes, el despojo humana, separado del alma que animó el vaivén mundanal, amortajado y dentro de una sencilla

caja de madera, cortada en aquellos montes cercanos y labrada apresuradamente por las manos piadosas de un improvisado carpintero, bajó a la tierra fría.

Después... el mismo árbol quedó, (no se sabe cuántas décadas más) como señal del lugar escogido para descanso de su mortal osamenta.

El médico, durante su vida, tuvo la cualidad de tener gratitud para aquellas personas que lo distinguieron; desinteresado, de nadie murmuró ni conoció el rencor para sus muy contados enemigos gratuitos sin que estos llegaran a tres, los que recibieron del mencionado médico, señalados favores cuyo pago fué la ingratitud.

Nunca pidió a persona alguna, préstamos pecuniarios ni mucho menos haberlas sorprendido para comprometerlas. Jamás manejó ni representó bienes ajenos pues fué siempre refractario, desprendido y soberbio en tratándose de intereses de los que no tuvo ambiciones ni con los suyos propios que los consideró transitorios; sembró el bien en lo que humanamente pudo y murió olvidado, como lo referimos en párrafos anteriores del presente epílogo.

De las tres hijas del médico dos contrajeron matrimonio; una de ellas se enlazó con un Mi-

nistro y sólo lo más chica, Joaquina, sin tener vocación, entró de novicia al Convento de Religiosas de Santa Inés de México, (1) y profesó de velo negro con el nombre de Sor María Joaquina del Espíritu Santo.

Ingresó al indicado Convento sumamente decepcionada por los desdenes de un ingrato galán, quien jamás supo que Joaquina lo adoró ciegamente y fué el predilecto de sus pensamientos pero con una efímera esperanza de truncadas ilusiones, aún sin embargo que muchos y apuestos varones fueron sus admiradores rechazados; ésta, al encerrarse tras de las gruesas y lóbregas paredes de Santa Inés, en donde vivió con el corazón oprimido, mató al principio toda esperanza a ese respecto, ya que, con ese acto de clausura, se apartó para siempre del bullicio inquietante de la sociedad.

Seres de apocado espíritu que por una decepción, marchitan y sacrifican su vida entera en un Convento; llámese: eclesiástica prisión perpetua.

Esto pasaba en el primer tercio del siglo XIX, época en que todavía existían los Con-

(1) El Convento de Sta. Inés se fundó en 1600 y el Templo se dedicó el 20 de Enero de 1790.

ventos, ya en la Capital, como en las demás poblaciones del resto de la República.

A la caída de la Presidencia de su Excelencia el General Don Antonio López de Santa-Anna, el ahijado Paco, que ya conocemos perfectamente y quien lucía la banda de General con sus respectivas condecoraciones, se dió de baja por ignorados motivos. Se dirigió al Valle de Tlacolula, Oaxaca, por que no deseó continuar más en la Capital.

En su viaje de radicación, llevó a los hijos de su ya fallecida primera consorte (en el capítulo tercero de la segunda parte, se indicó su muerte) y a su segunda esposa con sus pequeños vástagos.

Al principio de establecida Isabelita en el Valle de Tlacolula, Oaxaca, y a pesar de tener nueve hijos, se volvió a casar con el Mayor de Artillería Don Gabriel de Garayzábal y Gomar, conocido ya de nuestros lectores, resultando con este matrimonio, ser padrastro del General Paco y a la vez su subalterno.

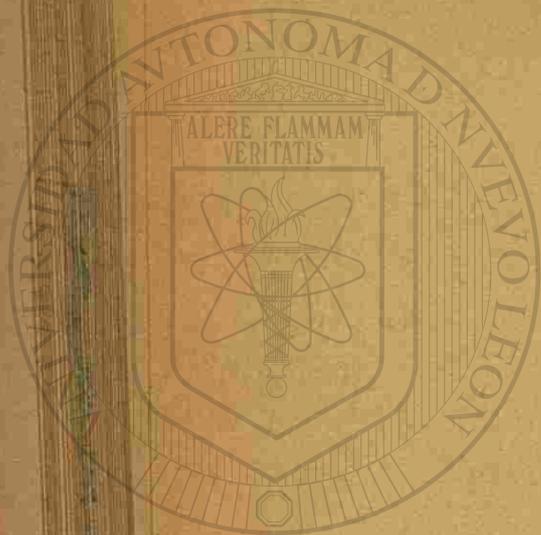
Isabeltita tuvo más familia; otros dos, así es que aumentó ésta a once hijos.

Por haber sido una española de constitución muy sana y fuerte, llegó a los ochenta y siete años de edad, pero siempre quitándose seis

cuando menos, ya que era Andaluza y el renglón predilecto de ellas y todas las mujeres, es aparentar la juventud aunque estén en la ancianidad. Así abandonó, (ya viuda por segunda o tercera vez) este mundo de vanidades y mentiras el dos de enero de 18... Los funerales y exequias fueron en la gran Capilla de la hacienda principal en donde residió sus últimos años; asistió a esta ceremonia luctuosa, el Obispo de Oaxaca acompañado del Capellán de la misma finca.

La desaparecida fué muy querida por su manera de ser tan bondadosa, caritativa y de fina educación; cualidades que demostró con su trato especial para todas las personas de la comarca y muy cariñosa con sus numerosos servidores que bastante la lloraron.

Pasaron algunos meses del fallecimiento de Isabelita y coincidiendo precisamente con el aniversario de su natalicio, regió mausoleo se erigió en su tumba, la que se encontraba en la misma capilla de la hacienda porque ese lugar fué escogido para sepultar sus restos mortales; además, se colocó una placa de mármol de Carrara de dos varas de largo por una de ancho con la inscripción de su nombre, ostentando el siguiente alusivo epitafio:



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

INDICE

PRIMERA PARTE

DEDICATORIA	I
PERSONAS QUE FACILITARON LOS ORIGINALS DE LAS LAMINAS QUE ILUSTRAN LA PRESENTE OBRA	II
INTRODUCCION	III
PROLOGO CRONICA DE LA PRENSA CAPITALINA	V
CAPITULO PRIMERO.—Viaje y llegada de Fernando a México	1
CAPITULO SEGUNDO.—Casa de la joven Isabel y lo que sucedió	14
CAPITULO TERCERO.—Casamiento del Médico con Doña Lorenza	31
CAPITULO CUARTO.—Encuentro del Médico con Isabelita	39
CAPITULO QUINTO.—El Médico y la Lavandera de Isabelita	44

CAPITULO SEXTO.—Botica, Pulquería, Casa del Médico y sus Tertulias	51
CAPITULO SEPTIMO.—La Fanática Doña Lorenza y sus visitas a las Iglesias ..	73

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO.—El Origen de los bríos del Militar Paco	93
CAPITULO SEGUNDO.—Campana en la Villa del Carbón, comandada por Paco ..	105
CAPITULO TERCERO.—Matrimonio del General Paco con Luz	125
CAPITULO CUARTO.—El Canónigo Zubizarreta en relación con los principios del Cura Rodrigo	141
CAPITULO QUINTO.—La Limosnera Agueda, su hijo adoptivo y la Frutera	159
CAPITULO SEXTO.—Toribio Sastre "Coronel", su efímera Casa de Juego en San Angel, el fin de éste y del Cura Rodrigo	193
Epílogo	227
XXXII Láminas intercaladas.	

Fe de Erratas

Pág.	66	dice—Achicofradía—debe decir Archicofradía.
"	68	dice—entiendieron—debe decir entendieron.
"	95	dice—esa—debe decir era.
"	98	dice—atraviados—debe decir ataviados.
"	99	dice—esto—debe decir esta.
"	99	dice—los—debe decir las.
"	110	dice—contada—debe decir contado.
"	116	dice—vean—debe decir veían.
"	118	dice—indmeditamente—debe decir inmediatamente.
"	119	dice—una Calzada en realización—debe suprimirse.
"	128	dice—artísticamente—debe decir artísticamente.
"	130	dice—militar toque—debe decir militar el toque.

- " 131 dice—rocía—debe decir rocío.
" 141 dice—vino a—debe decir vino a la.
" 141 dice—símple—debe decir siempre.
" 142 dice—viento—debe decir tiempo.
" 161 dice—diestra—debe decir diestra.
" 172 dice—habían—debe decir había.
" 174 dice—a él se—debe decir a él le.
" 176 dice—aufentaba—debe decir au-
mentaba.
" 177 dice—la—debe decir lo.
" 186 dice—medicamento—debe decir
medianamente.
" 194 dice—de que—debe decir porque
iban.
" 232 dice—Isabeltita—debe decir Isabe-
lita.
" 234 dice—Garayzábal—debe decir Ga-
rayzábal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

